



Luis Orrego Luco

# Casa grande

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis Orrego Luco

## Casa grande

### Escenas de la vida en Chile

Tomo II

- VIII -

Era el escritorio de Justino Vanard uno de los más concurridos en la calle de Bandera, por lo cual sus amigos habían dado en llamarle «pescadería». Multitud de individuos, de toda especie de cataduras, edades, sexos y profesiones le aguardaban sentados en la sala de espera, y le asaltaban con peticiones cuando aparecía con el gran cigarro puro en los labios, la cabecita parada, el paso menudo y rápido de un hombre de afiebrada actividad, y el cuerpo muy pequeño y regordete, tanto que un soldado, al verle pasar, había dicho: «A ese habrá que tirarle con municiones...» Era una actividad la suya más aparente que real, el eterno moverse, en todos sentidos, con poquísimos provechos, pero dejando en el ánimo la impresión de ardilla provista de cigarro. Asaltábanle mujeres, preceptoras en busca de un empleo, profesoras y maestras de escuela; no le dejaban descansar los hombres, maestros o empleados de instrucción pública, armados de memoriales en que pedían este mundo y el otro, pues era conocida su consagración a las cuestiones de instrucción pública y su influencia en la Cámara de Diputados, de la cual era miembro. También aparecía el tipo de algún correligionario pobre en busca de auxilios pecuniarios; Vanard se registraba los bolsillos y rara vez dejaba de ayudarles en su mala fortuna, con lo cual y saludos cariñosos y apretones de mano que prodigaba, era, en realidad, uno de los hombres más populares de Santiago.

Al entrar, acercósele un empleado con la correspondencia que Vanard firmaba, sin enterarse de ella, echando humo del cigarro puro, un enorme Cazador de «Corona». A cada instante resonaba el teléfono, con rápido campanilleo, comunicando órdenes para compra de acciones, suspendiendo otras, preguntando cotizaciones; y lo llamaban de todas partes, del Club, del Cuartel General de Bomberos, del cual era miembro entusiasta, del Estanco de Alcoholes, del Ministerio de Hacienda y del de Instrucción, de la Escuela Normal, de la Bolsa de Comercio, y a todas respondía en tono rápido, con dos palabras y alguna indicación, siguiendo, al mismo tiempo, los asuntos más diversos y al parecer sin ilación alguna. A cada instante salía para ir a los Bancos o a la Bolsa, provisto de papeles y de cheques o recibía la rápida visita de otro corredor que se asomaba, con dos palabras: «Cajas 6..., a cuarto, compro... Chile, cincuenta acciones, cinco octavos... -No, medio...- Conforme.-» El agente salía y entraba otro con un paquete de títulos impresos en tinta verde, por las litografías Norte Americanas; contábanlos, pasábanle cheque y a otro. Había ocasiones de grandes marejadas, cuando alguna casa de comercio suspendía sus pagos. De repente, entraba otro corredor: -«Vanard..., ¿sabe?, le están dando una gran correteada al

Chile y Hungría... -Estos extranjeros que sólo traen su plancha y un balde, exclamaba Vanard, se llevan ciento quince millones de depósitos a su tierra, y cuando les cobran, gritan como las gallinas cuando las despluman...» Y luego partía como un chiflón para la Bolsa, a paso cortito y ligero, en el instante en que los demás corredores acudían apresurados al llamado de la campanilla eléctrica a la hora de la rueda. Una masa negra y confusa llenaba las aceras en dirección a la Bolsa, codeándose, empujándose, pues reinaba en esos momentos visible nerviosidad. Las acciones de Malveo habían bajado a diez pesos, de veinticinco a que estaban dos días antes. Era un derrumbe enorme, atendido al considerable número de acciones vendidas a plazo, en desenfrenado juego. En un grupo se comentaba la cosa; Vanard les hizo saludo imperceptible, con las manos en los bolsillos, como se acostumbra entre hombres de negocios, sin que ni un músculo de su rostro se moviera. «Ahí viene la 'Banda de Pitos' -dijo un caballero algo sordo, muy querido entre los hombres de negocios -a ver qué nos cuenta...» Y se acercó cierto joven de aspecto simpático, alegre y bullicioso, con las manos metidas en los bolsillos: «-Sólo sé que estamos fregados... y sin novedad. La casa de Wilfisch ha quebrado en seiscientas mil libras... ¡Felices los que pueden quebrar en esa suma..., allá me lo quisiera yo!... ¡Adiós Vanard!...» Pero éste no le oyó. Atravesaba la calle para saludar a Emilio Sanders con grandes sonrisas y apretones de mano, preguntándole por su mujer... Y entró luego a la oficina de otro corredor, llamando por teléfono, y habló algunas palabras con el agente de negocios, de fisonomía triste, afligida, largo y flaco, al parecer abrumado por grave melancolía, pero tal era su rostro habitual, aun cuando ganase el dinero a canastadas: «¡Vanard, hombre, le gritó uno de rostro placentero y acento germánico..., no me haga correg, hombgre..., migre que la vida es corgta... y los zapatos están muy cagros...!»

Vanard tocó nerviosamente la campanilla del teléfono, llamando a Ángel Heredia. Había novedades..., gran baja de Malveo... Y entró a ocupar su asiento entre los corredores. Notábase cierta nerviosidad en los diversos grupos que iban tomando posiciones. Uno hablaba, con su vecino, en voz baja y trémula de indignación en contra de los bajistas que, según él, habían arreglado un informe para producir el derrumbe. Y decía horrores. Otro, más allá, con igual calor, sostenía todo lo contrario, con más indignación todavía. Habíanse formado grupos de alcistas, que se concentraban para defenderse, y grupos de bajistas. Ahí estaba Cristóbal Raigada, flaco, el rostro amarilloso, la sonrisa irónica y desleída, de enfermo del hígado, jugando casi siempre a la baja: era un mozo inteligente, muy entendido en especulaciones y que tenía la más triste idea de los hombres de negocios, en general, y de los chilenos en particular... Se meten a cuanto asunto se presenta, decía, sin saber por dónde van tablas... Organizan directorios con gran lujo y reparto de acciones liberadas. Enseguida le meten el tonto a los amigos, como haciéndoles gran favor, y los clavan con quinientas o mil acciones a cada uno. A veces las acciones salen con prima. Entonces todos tienen las caras risueñas. Y suben, y suben sin límite. Allá van la comida donde Gage, con champaña; salen al parque las victorias con llantas de goma, arrastradas por caballos ingleses. Y la mujer se abre cuenta donde Pra o Muzard por cinco mil pesos que probablemente se pagarán en el día del juicio... ejecutivo. Pero un buen día, que fatalmente llega, cuando los directores sólo conservan el número de acciones reglamentarias, se produce la baja, pues viene a descubrirse que no hay estaño, ni cobre, ni salitre, ni ganados, en aquellos tan estupendos negocios... Sólo quedan el hoyo pelado y los títulos impresos. Y entonces viene el crujir de dientes, las lamentaciones de los perdidos o de los arruinados a quienes los bancos no ejecutan porque de hacerlo vendría la ruina general y ellos se

quedarían en definitiva con el tonto. En Chile tenemos la desgracia de ser demasiado listos, pero como todos hacemos el mismo juego, resulta, al fin, un fracaso lastimoso. Allí tiene Ud., por ejemplo, si uno planta viñas, y le va bien, los demás se meten a plantarlas y arruinan el negocio; si uno pone depósito de carbón y leña, al día siguiente se llena la ciudad con negocios de la misma especie; si uno planta melones, al día siguiente, amanece Santiago enmelonado. Así pasa con los negocios de Bolsa... Nos hemos empapelado todos, engañándonos los unos a los otros con nombres sonoros, sociedades auríferas en donde apenas hay agua y... piedras; ganaderas en bosques inaccesibles, a no ser para las águilas, y no faltan en la Bolsa, minas al por mayor en Bolivia, la República Argentina, y gomeriales en el Acre!!! De todo se forma sociedades: una de hielo en el Polo antártico, otra de adoquines de aire comprimido, y la de «Pompas Fúnebres Consolidadas»..., sin duda para enterrar a todas las demás...

La campanilla eléctrica había cesado de tocar. Los corredores estaban en sus puestos, el Presidente detrás de su mesa, y los secretarios listos. Una multitud considerable de especuladores se agrupaba detrás de las barandillas de madera, y era tan compacta que apenas sí podía pasar el muchacho con los telegramas de Valparaíso, para distribuirlos entre los destinatarios.

En cuanto Ángel recibió la tarjeta de Vanard, buscó sombrero y bastón y guantes, poniéndose en movimiento hacia la Bolsa con aire febril. «Enorme baja. Malveo, le decía, véngase, espero orden.» Estas pocas palabras bastaron para trastornarle por completo, causándole fortísimas palpitaciones de corazón y cierta punzada desagradable en los tímpanos, acompañada de un temblor en las piernas que vacilaban como negándose a sujetarlo. Habían bastado pequeños detalles, como el carácter de la letra toda trémula, el hecho de enviarle su tarjeta a esa hora desusada y hasta el azoramiento del mandadero que llegaba a todo escape, algo insignificante y trivial, para provocar en él la visión del próximo peligro, ya que no catástrofe. Recibida de sorpresa y cuando menos lo esperaba, esa tarjeta de Vanard le producía impresión de golpe dado por la espalda, de algo inexorable, repentino y feroz. La fortuna, y su expresión el dinero, son los resortes principales de la sociedad moderna, en cuanto encarnan exterioridades de vanidad más importantes para los hombres que necesidades esenciales de la vida. Más de una vez, leyendo novelas, se había sonreído de la sencillez con que sólo contemplan la existencia humana con el aspecto simple y único de algún episodio sentimental, de dificultades de corazón surgidas de repente, y prescinden, de manera absoluta, de esa complejidad extraordinaria de intereses, de apetitos, de ambiciones, de vanidades que constituyen el tejido más fuerte y la verdadera trabazón de la existencia. Ángel era el producto genuino de un estado social de transición en Chile. Perteneciente a familia ilustre, muy enorgullecido con su nombre y posición social, recibió de su padre, hombre de fortuna, el débil apoyo de una fianza para negocios de campo en los cuales no le acompañaba la fortuna. Había pasado algunos años en la Universidad, para conseguir el título de abogado, estudiando flojamente, como casi todos los alumnos, al final del año, para calentar los exámenes: el resto de su tiempo lo empleaba en paseos, en el café, en bailes o en calaveradas más o menos estrepitosas. Igual existencia llevaban todos los demás jóvenes de su misma situación social. Los padres no se habían ocupado en darles una educación ruda y práctica, adaptada a la lucha de la vida, sino en convertirles en caballeros de paseo, adornados de título vacío, de un pedazo de papel inútil. ¿De qué le servía, vamos a ver, su diploma de abogado, cuando no poseía las

condiciones de paciencia humilde y de labor obstinada del escribiente que pasa años de años junto al abogado de nota, para aprender el oficio? Si sólo veía campo en el comercio o en la agricultura, ¿para qué las leyes y los años perdidos en estudios ociosos? Sin preparación alguna, sin educación de trabajo, Ángel tenía demasiado orgullo para presentarse, como otros jóvenes hijos de padres ricos, en demanda de un empleo público, para quitarle su pan a jóvenes pobres. Prevenciones inveteradas de familia impedíanle seguir ciertos ramos lucrativos de comercio. ¿Qué habrían dicho sus amigos o parientes si le hubieran encontrado vendiendo o vigilando en casa de Muzard o en otra parte, con el propósito de prepararse para establecer, a su turno, un almacén? Eso le parecía tan absurdo que apenas lo imaginaba en el descendiente de hidalgos españoles. ¿Qué hacer? No hallaba carrera en la diplomacia, en la cual sólo surgen, hoy día, los diputados y senadores a quienes se manda, por conveniencia política, para que hagan y digan todo género de desatinos, por cuenta de la nación chilena, en una carrera que ignoran. ¿Acaso no se había leído Santiago entero de un reportaje en que un Ministro Plenipotenciario había dicho todo género de atrocidades? El Ejército era tan míseramente remunerado... Ángel miraba en torno de sí, hallando como únicas expectativas los trabajos de Bolsa y el matrimonio con muchacha rica. La Bolsa, es decir, vida de juego y de engaño, desmoralización lenta e inconsciente de juegos de azar, enmascarados con hipocresía y nombre de trabajos; el matrimonio con mujer de fortuna, es decir, dependencia del marido convertido en mujer; abdicación, en muchas ocasiones, de la dignidad, de ese orgullo tradicional de los Heredia. Y aún, casos se daban de jóvenes casados con hijas de padres ricos que sólo venían a recibir herencia cuando se habían convertido, a su turno, en ancianos. Ángel había hecho un matrimonio excepcionalmente feliz, dentro de ese género de ideas. Pero las particiones se habían dilatado, con un largo juicio que se arrastraba por las secretarías de los Tribunales, en complicaciones de artículos, de notificaciones y nulidades, poniéndose y retirándose de la tabla. Ángel había recibido, por parcialidades, doscientos mil pesos, a cuenta de la herencia de su mujer -y en esto había andado con mucha suerte-.

En los mismos días comenzaba en Chile esa fiebre de negocios de 1905, uno de los más extraños fenómenos morales para los historiadores futuros. Se encontraban ya prontos los fondos para la conversión metálica y los Bancos tenían repletas sus cajas con ese objeto; pero todos temían esa operación financiera, a pesar de que el cambio internacional se encontraba muy cerca de la par. Hubo un Ministro de Hacienda que diciéndose partidario del oro, postergó la conversión y arrojó cuarenta millones más de papel al mercado. Los hombres de negocios comprendieron que el descenso del cambio venía, teniendo que subir considerablemente la cotización bursátil de los valores y acciones con base de oro. Los Bancos, en cuyas cajas se desbordaba, inútil, su propio dinero y el depósito del Fisco, abrieron la mano a todo el mundo, se echaron a la calle a ofrecerlo... Vino entonces el alza afiebrada, repentina, enorme; las acciones subían diez puntos en una rueda. Todos compraban y vendían acciones exigibles, sin tenerlas a la mano, y sin garantías de ningún género. La Bolsa era una inmensa mesa, en la cual todos jugaban, por el momento, a la alza, y como las acciones subían y subían sin término, se fundaron sociedades nuevas, a millares, cotizándose con premio sus acciones antes de lanzadas. ¿Acaso no recordaba el joven que una noche, mientras tomaba una copa en el mesón del Club se habló de una nueva sociedad ganadera que podría formarse en el centro de la Patagonia, inexplorada todavía?

Pues, a la mañana siguiente, cuando entraba a la sala de periódicos, un corredor de comercio le ofrecía diez pesos de premio, o sea dos mil pesos de ganancia, sin abrir el bolsillo, por la cesión del derecho a ser accionista de una sociedad por formarse y que nunca se formó, en parajes inaccesibles y desconocidos.

Con el alza general todos ganaban, el champagne corría, algunos partían a Europa, todos eran millonarios. E viva la gioia..., el vino spuma gigante, nel bichiero schientillanti...

Hubo un momento en que Ángel creyó haber clavado la rueda de la fortuna. Los corredores le buscaban para ponerle al frente de sus negocios, de las sociedades anónimas o en los directorios de comunidades en formación. El nombre de Heredia caía bien, era antiguo, honorable, prestigioso, daba confianza a los accionistas. Ángel recibía doscientas o trescientas acciones liberadas, por ser amigo, y suscribía mil haciendo propaganda entre sus íntimos, a quienes aseguraba, con la mayor buena fe, que esa sociedad, cuyos minerales y ubicación él no conocía, era la más rica del mundo. Por cada diez pesos pagados, afirmaba, se recibirían quinientos. Y metían, entre él y los demás directores, a sus hermanos, amigos íntimos, padres y parientes, embriagados todos por aquella palabra mágica: la fortuna... Todos querían ser ricos de golpe, sin trabajo, sin esfuerzo, sin sacrificios de ningún género. Ahí estaban las tres o cuatro fortunas de salitreros y mineros improvisados, exhibiéndose insolentemente, haciendo resonar las trompetas de sus automóviles, derramando el champagne a torrentes, tirando el dinero a manos llenas por la ventana. ¡Y cómo la sociedad de mejor tono se inclinaba ante ellos, solicitándoles, invitando a su mesa, con orgullo, a esos aventureros averiados que no habían dejado fechoría por cometer en Antofagasta, falsificando títulos, raspando registros notariales, inventando nombres, resucitando muertos, improvisando familias a los difuntos! Muchos títulos eran legítimos, bastantes negocios honorables, no faltaban los de buena fe, pero la sociedad los confundía, concediendo igual aceptación y prestigio a los serios que a los malos, pues los aventureros tenían buen cuidado de poner en los directorios de sus empresas a las personalidades más honradas y conocidas, por aquel principio de que la bandera cubre la mercadería. Y los hombres buenos hacían, con ánimo ligero, el negocio de los pillos, en el mareo del oro y de la fortuna, seducidos al final de un banquete, o por el entusiasmo de un hijo a quien se hace gerente, o a quien se entregan acciones liberadas. En la fiebre de los negocios, lanzábanse a la calle de la Bandera, repleta de gente, de rostros ávidos, congestionados, de individuos que manoteaban y gritaban, salidos muchos no se sabía de dónde. «¿Le apunto doscientas acciones de La Colorado? -¿Salitres, ganaderas, qué cosa? -No pregunte... -Apúntelas». Dos horas después, las acciones, aún no firmada la escritura, ya tenían diez puntos de premio. Así seguía la fiebre de especulación y de la aventura sacudiendo a la población entera, como sobrecogida de un vértigo. Hasta las mujeres se habían metido a especular desenfadadamente. Repetíanse, de boca en boca, las anécdotas de millonarios improvisados; zutano está inmensamente rico en su operación sobre azúcares de Viña: compró a 23 y están a 130..., mengano se va a Europa, ya no sabe qué hacerse con la plata. Se hablaba de un abogado que acababa de invertir trescientos mil pesos en un chalet de campo; otro personaje había regalado setenta mil pesos a una bailarina. Las señoras se echaban al cuerpo todo cuanto pillaban en las tiendas, vestidos, encajes, sedas, collares de perlas. A una niñita de ocho años le habían comprado un collar de doce mil pesos. Abríanse cuentas en todos los almacenes y tiendas de la ciudad, gastando sin tasa ni medida. «Bueno, hijita, solían decir algunos, para eso trabaja y suda su negro..., gaste no más...» Y salían

nuevas y mejores sociedades, cada cual lanzando la suya. Creose la fábrica de diamantes, aprovechando un invento que aún no se había ensayado, la sociedad de máquinas purificadoras de aire, destinadas a transformar la higiene de las grandes ciudades, y por último, la famosa fábrica de «Adoquines de aire comprimido», con un capital de dos millones de libras esterlinas, suscritas, y una primera cuota de diez chelines por acción pagada. Y las tales sociedades, aun las más absurdas, hasta las más descabelladas, eran suscritas inmediatamente y revendidas con prima, sin que nadie se parase a examinarlas, ni a discutir las. En el Directorio figuraban los nombres más honorables y conocidos de la sociedad santiaguina.

La calle de la Bandera se había convertido en un hormiguero, inundada de rostros desconocidos y hasta de algunas fisonomías patibularias. Los corredores no alcanzaban a cumplir todas sus órdenes, ganando cuanto dinero querían y especulando por su propia cuenta. Y como las acciones subían cuatro y cinco puntos en la misma rueda, caía más de uno en la tentación de apropiarse la ganancia de órdenes ajenas, con lo cual se iba infiltrando un airecillo sutil de inmoralidad entre las corrientes desenfrenadas de jugadores. Y los Bancos seguían prestando el dinero a manos llenas.

La sociedad entera se sentía arrastrada por el vértigo del dinero, por la ansiedad de ser ricos pronto, al día siguiente. Las preocupaciones sentimentales, el amor, el ensueño, el deseo, desaparecían barridos por el viento positivo y frío de la ansiedad de dinero, de mucho dinero. Y las almas veían desaparecerse de la existencia todo sentido espiritual, barrido por el hecho concreto, por el apetito feroz y desenfrenado de lucro, por un sensualismo desatentado para el cual desaparecía todo valor que no fuese de Bolsa. ¡Y con qué admiración no se abría calle, para que penetrase al Club de la Unión, como soberano, el famoso Pacheco, individuo de reputación dudosa a quien nadie hubiera dado la mano seis meses antes, enriquecido de repente con la compra de títulos salitreros a vil precio, hecha de primera mano, a familias que se hallaban en la miseria, dándoles quinientos pesos por lo que había revendido a diez mil libras. Todos sentían la sed de fortuna, jugando al alza en la Bolsa... El vértigo continuaba y los papeles seguían subiendo. La venta de acciones a plazo permitía el uso casi ilimitado del crédito. Ángel, como los demás, se veía arrastrado por el vértigo del juego de Bolsa, poseído del ansia de dinero, para él de todo punto indispensable, condición esencial para el mantenimiento de su rango social. Gabriela figuraba en todas las fiestas, era invitada a las grandes comidas, tenía carruajes y palco, organizaba kermeses de beneficencia. En ese medio social no era posible mantenerse sin considerable suma de dinero, ni vivir al nivel de sus amigas, muchas de las cuales poseían una fortuna sólida, haciendas o minas. Luego entraba la competencia de los trajes y de los sombreros. Gabriela había sido una de las mujeres más elegantes, de soltera; ahora, casada, su lujo era necesariamente mayor y el rango de la casa más costoso. Las primeras pruebas que habían sacudido ese hogar, donde la felicidad hacía promesas eternas, fueron cuestiones emanadas del dinero. Ángel había recibido doscientos mil pesos, parte principal de la herencia de don Leonidas, todavía en particiones. Pero la vida era cara; mantener una casa como la suya, y caballos de carrera, y coches, costaba un dineral. Su capital, invertido parcialmente en bonos hipotecarios, le daba diez y ocho mil pesos de renta anual. A fin de año comenzaron a llover las cuentas y el joven vio, con espanto, que los gastos del año subían de cuarenta... Hubo explicaciones; el marido trató de exponer su verdadera situación económica. No podían seguir en ese tren de gastos, pues en tres años se quedarían sin un céntimo. Gabriela,

sorprendida, abrió tamaños ojos; aquello sobrepasaba la medida de sus ideas y de su educación económica de vieja cepa española. En las Monjas le habían enseñado un poco de gramática, bordado y algo de historia y de geografía, bastante catecismo, nombrándola «Hija de María»; pero no se cuidaron mucho de su aritmética, de la cual sólo recibió nociones ya olvidadas: ni siquiera conocía bien las cuatro operaciones elementales, y no entendía de sacar intereses ni de cuentas. Le parecía ordinario y plebeyo eso de llevar cuadernos con apuntes del gasto. Por otra parte, con las preocupaciones y hábitos desordenados de una familia rica, ella se contentaba con entregar a la llavera, a la «Tato», ama que la había criado y la quería ciegamente, el dinero necesario para el gasto. Era honrada y no le robaría ni un céntimo. En cuanto a los gastos de modista y demás, «eso era indispensable» y no se discutía. Así, pues, el lenguaje de su marido había causado a la joven una sorpresa mezclada de estupor. ¡Y cuán pequeño y sórdido lo sentía en aquellos momentos! Le veía bajar de su pedestal de enamorado atento y cumplido de antaño, para convertirse en un vulgar y prosaico pescador de dotes, preocupado de cuestiones de tanto por ciento y de dinero... ¡Aj!... Sentía casi asco, náuseas íntimas imposibles de disimular, irritación de todo su ser que se traducían en movimientos de repulsión física. Ángel había sentido como una puñalada en aquel instante, al notar desinteligencias irreductibles entre ambos, y por cuestiones de dinero... Y no podía dejar de sentir una complacencia amarga, viéndola tan elegante, el cuerpo incitante ceñido de seda que moldeaba sus caderas llenas, golpeando nerviosamente el suelo con su largo pie. Aquel animalito de fina sangre necesitaba vivir en el lujo, con cuidados de caballo de carrera, con pesebreras, alimentos y preparadores especiales... Luego él había tratado de borrar la mala impresión de aquella saludable advertencia, echándolo todo a la broma; se habían reconciliado dirigiéndose juntos al paseo.

Las cuentas fueron llegando, poco a poco, de todas partes, las unas pequeñas e insignificantes, las otras crecidas; algunas eran dobles, muchísimas exageradas. Ángel tuvo disgustos y desabrimientos con Gabriela, a quien expuso la necesidad de moderar un tanto los gastos de lujo, para proporcionarlos a las entradas y no concluir en dos años el capital entero. Ella le recibió altanera, casi despreciativamente, con los labios apretados en un gesto que ya conocía en boca de su suegra: «-Tienes admirables condiciones para Ministro de Hacienda -le dijo la joven con ironía-. Es que no podremos seguir viviendo así...» Y mientras se miraban con las pupilas clavadas, notaba el marido un despego completo, hasta ráfagas de odio en aquellos ojos que viera lánguidos y cargados de amor, ahora duros y punzantes. Es que por ley humana, cuanto nos procura satisfacciones y placeres, mueve dentro de nosotros los resortes del cariño, y cuanto es desagradable y áspero se convierte en semillero de odios y de ocultas antipatías. Los sentimientos iban naciendo y desarrollándose, así, en forma inconsciente, y germinaban solos en las horas de reflexiones calladas y de involuntarias meditaciones mudas, ahondando, ahondando cada vez más el espacio que los separaba al uno del otro. Era un motivo de crueles ansiedades para el marido eso de tocar los asuntos de dinero, tan difíciles y espinosos para él pues al fin y al cabo la fortuna era de ella.

Mas, de repente, surgieron las horas de bonanza, con lo que habían dado en llamar el resurgimiento del país. Los millones amontonados en los Bancos para la conversión de la moneda de 1905, salían a cancha, incrementados por las nuevas e inesperadas emisiones. Las sociedades se formaron a destajo, locamente y sin examen, suscritas al minuto. Ángel

se metió en la vorágine de los negocios con todo el empuje de los desesperados, convirtiendo en papeles los dineros todos de la herencia. Necesitaba crearse fortuna rápidamente, para evitar la catástrofe que preveía, con los gastos exagerados de la casa. Y cerraba los ojos, creyéndose en camino de salvación. Un corredor de comercio amigo suyo, de cabeza encanecida por los años, hombre honorable y serio, le afirmaba, con toda sinceridad y buena fe, que casi todos los negocios eran buenos; sólo se necesitaba un poco de paciencia para esperar su desarrollo. Las salitreras darían dividendos enormes de un cuarenta o más por ciento dentro de dos años: uno para instalar la maquinaria, y otro para comenzar la elaboración de salitre. Las ganaderas se demorarían tres o cuatro. Pero los valores duplicarían, a lo menos, en cuanto se iniciara la producción. Ángel veía en los ojos de su consejero el convencimiento de un hombre honrado e inteligente. Metió la fortuna de su mujer en todo género de empresas, auríferas, salitres, minas de cobre, y ganó, como todo el mundo. A los seis meses, su fortuna pasaba de quinientos mil pesos, y se consideraba, a sí mismo, el rey de los financistas, pues la voz pública le corría millonario y los amigos, aun los simples conocidos, le invitaban a beber copas en el mesón del Club para pedirle consejos de inversiones, que daba siempre con voz reposada, tranquila y absolutamente segura como el fallo definitivo e indiscutible de los Tribunales de Justicia.

Pero luego, y de modo súbito, comenzó la baja de valores. Las cajas de los Bancos se encontraban exhaustas y los deudores no pagaban ni siquiera los intereses de sus créditos. Se pronunciaron quiebras y los grandes capitalistas comenzaron a crujir, no muy seguros, mirando para todos lados. Algunos Bancos pedían nuevas emisiones de papel-moneda. Entretanto, como la mayor parte de las acciones sociales sólo habían sido pagadas en parte, llegaba la hora de nuevas cuotas en los momentos en que los Bancos no tenían dinero. Alzábase inmenso clamor, voz salida de todas partes, desesperada y rugiente, pidiendo nuevas y nuevas emisiones de papel-moneda.

Gabriela, ya más tranquila, escuchaba las adulaciones de sus amigas que la consideraban millonaria, y hablaban de las enormes ganancias de Ángel en la Bolsa. ¿Por qué no se iban a Europa, cuando estaban tan ricos? Qué suerte era tener un marido como el suyo, tan hábil para negocios. A él no se le iba una; era de los que ven debajo del agua. Gabriela escuchaba complacida las conversaciones de sus amigas echando indirectas a su marido, a la hora de almuerzo y de comer, respecto del famoso viaje y gastando entre tanto el dinero a manos llenas. Había comprado una pareja de caballos de diez mil pesos, y adquiriría joyas y trajes sin tasa ni medida. Cuando se produjo la primera baja en valores, Ángel se halló preocupado: era necesario reducir gastos, hacer economías, ya no abrían crédito en los Bancos, los negocios no iban bien. Gabriela se encogió de hombros, mirándole altanera y con ceño fruncido. Y a ella ¿qué más le daba? Allí se compondrían solos los negocios, pues todo era cuestión de paciencia, según se lo había oído a él mismo. No debía tocar esas pequeñeces un hombre que manejaba millones..., pues todo el mundo lo afirmaba y ella sabía por cien conductos diversos. No había quién no se lo hubiera dicho a su mamá y a ella. Hasta el banquero Fillmer le había preguntado por qué su marido no compraba el fondo de Pehuan que iba a rematarse en novecientos mil pesos. En vano trataba el marido de explicar a su mujer el estado general de sus negocios; ella se obstinaba en no oírle, se negaba a descender a cálculos que para ella eran griego. Y luego se exaltaba, a pesar de ser tranquila, se tapaba los oídos y daba voces. Ángel, en cambio, se desesperaba, perdía el tino y se hundía más y más en especulaciones aventuradas y oscuras, en el fondo de las cuales

veía relucir el oro de los millones, es decir, la paz del hogar, el fin de las angustias del millonario ficticio, el descanso, el respiro, la consideración de los demás y junto con esto el poder, y el camino de la ambición. Tal como veía constituida la sociedad chilena, se necesitaba gran fortuna para figurar en política, pagar elecciones de diputado o senador. En una sociedad en que sólo cuenta el dinero, se decía, es necesario adquirirlo a toda costa. Y sin quererlo, como otros muchos, iba perdiendo toda noción moral, en lenta e insensible desmoralización que le corroía el alma quemándole como ácido nítrico. Cuando podía esquivar un pago, lo hacía tranquilamente; buscaba salidas capciosas y tinterillescas para eludir compromisos de negocios. Lo que le hubiera repugnado profundamente seis meses antes, le iba pareciendo ahora expediente natural y explicable en circunstancias dadas. Ya entraba en las transacciones y compromisos de conciencia consigo mismo, en el camino de la duplicidad de los seres impulsivos. Un velo, cada vez más denso, iba envolviendo su ser moral y deformando la vista de las cosas.

La tarjeta de Vanard llamándole a la rueda de Bolsa había caído sobre él como una granada de espoleta. Y era tanta la emoción, que sus manos trémulas no daban con el hueco de las mangas al coger el abrigo. Bajó los tramos de la escalera de dos en dos y se lanzó por la calle de Ahumada atropellando la gente, con la vista perdida por la ansiedad amarga de llegar pronto, en la previsión lacerante de una catástrofe financiera en la cual bien pudiera caer envuelto, perdiendo buena parte de su fortuna. Desesperábase con el laconismo de la tarjeta que le dejaba en duda; acaso le hubiera causado un alivio, el saberse arruinado, en vez de aquella ansiedad irritante, sólo comparable con la de los que buscan el cadáver de un deudo en el desastre nocturno del tren. Así, a grandes trancos, llegó a la Bolsa de Comercio, en cuya puerta dos corredores atrasados discutían un negocio, con las manos metidas en los bolsillos, y con voces rápidas. Sin saludarles, hízoles a un lado y se metió violentamente en el salón central, enteramente lleno de individuos de todas cataduras y de trajes negros, amontonados tras de las barandillas de madera que protegen el recinto de la rueda de corredores. El Director de turno presidía, impassible, mientras uno de los empleados leía con voz chillona y monótona una lista interminable de valores ofrecidos, pronunciando los nombres con excesiva rapidez...: 500 Sofías a  $\frac{1}{2}$ , vendo... 1,000 Avanzadas a 6, vendo... -A  $\frac{7}{8}$  compro... -interrumpió una voz desde el fondo...- 200 Cochamó a 30, vendo... 300 Australes a 26... 100 Ormo a 40... Compro 100 Vapores a  $\frac{1}{4}$ ... -A medio, vendo -interrumpió una voz-, ¡Conforme!... -exclamó otra voz, y se oyó golpe seco de martillo, en la mesa, anotándose en la pizarra la operación correspondiente.

Era interminable la lista de acciones mineras, salitreras, ganaderas y auríferas ofrecidas en venta. De tarde en tarde interrumpíala una voz que ofrecía o pedía las acciones a un cuarto más bajo, o más alto, según el movimiento de la plaza. En ciertos papeles muy movidos veíase hasta varios puntos de diferencia en la misma rueda. A cada instante llegaban los mozos con telegramas de Valparaíso, o con tarjetas de órdenes. Había momentos en que las ofertas salían a gritos de diversos puntos de la sala a una voz. «¡Vendo cien Alianzas a 19! ¡Y cien más!... Y cien más..., y doscientas más..., cien más..., quinientas más...»

En cuanto Vanard hubo divisado la fisonomía pálida de Ángel, abandonó su asiento, conduciéndole apresuradamente al vestíbulo. «Era preciso que habláramos dos palabras... Se ha producido gran baja en las Malveo... Hay vendedores a 12... Tú las comprastes a 26...

Esto significa ya buena pérdida... -¿Y a qué se debe la baja?... -Dicen que ha llegado informe del ingeniero Mac-Fersen, enviado por el Banco Alemán, según el cual no habría ni un grano de sales potásicas en todo Malveo... Aquello sería burla, explotación audaz de la buena fe de los accionistas a quienes habrían contado el cuento del tío... -¿Pero cómo será posible esa infamia con un Directorio tan respetable! -exclamó Ángel ingenuamente. El joven no podía aceptar el informe..., aquello debía ser maniobra de los bajistas. Qué de cosas peores no se había visto en Bolsa ¡Dios Santo! Vanard se encogía de hombros; Dios estaba muy lejos y los hombres eran muy malos. Todo podía pasar; el judío Bamberg era capaz de una grande, y los telegramas llovían de Valparaíso, dando órdenes suyas para vender cantidades de Malveo, sin duda en descubierto. -«Pero la cosa apura -agregó Vanard-..., ahora tendremos toros en la Bolsa. ¿Quieres que venda tus Malveo?» -«No», replicó Ángel, resueltamente. El joven había llegado a la Bolsa con el propósito de abandonar todas sus acciones de Malveo, temiendo la horrible baja; ahora mudaba súbitamente de resolución, quería sostenerse, comprar todavía más, pelear a brazo partido con los bajistas. Acaba de oír el nombre para él tan odiado de Bamberg que le había hecho perder dinero en el Comercial, mediante una maniobra poco decente y que además cortejaba a la Biondi.

Bastaba la presencia del odiado personaje entre los bajistas para enardecer la sangre de sus venas. «Me afirmo», dijo rápidamente a Vanard. «Si las Malveo bajan a 8 tomo dos mil más..., y si llegan a 6... -agregó en tono de duda-, lo que me parece difícil, tómeme cinco mil más...» Ángel estaba pálido; Vanard, tomado el apunte en su cartera, le estrechó la mano fuertemente, despidiéndose con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Ambos entraron a la sala. Una luz descolorida caía de lo alto de la claraboya sobre los rostros de los corredores, atentos a la oferta y a la demanda, con el sombrero encasquetado en la cabeza, en algunos echado hacia los ojos, en otros, de lado; algunos agachaban la vista, como dormidos, imitando a los jugadores. Ahí estaba el corredor Vallejos, gordo y colorado, respirando salud y satisfacción, con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco; sentíase contento, pues había recibido numerosas órdenes de compra, y no creía en la veracidad del Informe de Malveo. Por eso chupaba su cigarro puro, que había resultado exquisito, con especial complacencia. Un poco más lejos, el corredor Garrido, nuevo en la Bolsa, y no hecho a tempestades repentinas, estaba un poco nervioso e inquieto; jugaba, también, a la alza como Vallejos, pero comprometía en esta ocasión el capital de unos clientes a quienes había recomendado el negocio de Malveo como el mayor de América. «Las acciones llegarán a mil pesos», les decía en tono de convencimiento absoluto, mientras embolsicaba tranquilamente las acciones «liberadas» de su comisión. Ahora tenía sustos, ¡qué diablos! Las acciones después de alcanzar una prima enorme, vendidas a treinta pesos, habían bajado lentamente a la par, y luego, en veinticuatro horas, de golpe y porrazo, a doce pesos. Mientras tanto, seguía el secretario recitando, con voz apresurada y chillona de letanía, su lista de valores. Sólo se vendía uno que otro, principalmente bonos hipotecarios, resonando, de tarde en tarde, el golpe seco del martillo.

Bajo su aparente indiferencia, todos los corredores se hallaban emocionados. Sabíase que había «máquina», es decir, un Trust de corredores, con fuertes capitales acumulados con el propósito de jugar a la baja con Malveo. Por eso, creyendo falsa la noticia del Informe del Banco Alemán, que nadie conocía, se había formado también otro pequeño trust para defenderse, y de él formaba parte Vanard, quien, naturalmente, había recibido

con júbilo el refuerzo de la orden de Heredia. Vallejos, Garrido, Bellido Hernández y Vanard estaban de acuerdo, secretamente, para sostener las acciones de Malveo en contra de los bajistas encabezados por Raigada y, según se creía, apoyados por todos los capitales y el crédito de Bamberg que representaba otro sindicato secreto de Valparaíso.

La voz monótona del secretario seguía rápida enumerando valores, minas, salitres. Un acento ronco le interrumpió, de repente, desde un rincón: «Cien Malveo compro a 12...» Era la primera vez que se nombraba las acciones en esa rueda... -«¡Conforme!» contestó la voz un tanto atiplada de Martínez Villar. Y resonó el palo. Entre los corredores se daba señales de atención y cesaron las conversaciones de golpe; en la galería hubo instantes de murmullo seguidos de silencio. «¡A 13 compro doscientas Malveo!...», gritó Vallejos... «Y doscientas más», agregó Bellido muy entonado. «Y otras doscientas», decía la voz fuerte de Julio Menéndez. Entre los corredores resonó el murmullo de varios que hablaban; en la galería circular se notaba movimiento y agitación visible. El alza parecía iniciada. Un señor gordo, de barba blanca, envió una tarjeta con órdenes para Vanard. «Bien lo decía yo, agregó al oído de su compañero, esto se va para arriba, se encumbra como volantín. ¡Malveo es una riqueza enorme, señor, es el primer yacimiento de potasa del mundo!» Y gritaba, y gesticulaba, como queriendo imponer sus convicciones a todos. Los alcistas no podían ocultar un sentimiento de júbilo; todo volvía para arriba... Malveo triunfaba. La cara de Cristóbal Raigada parecía más amarilla aún, bajo la luz mortecina de la claraboya, y su sonrisa nerviosa tenía aspecto de mueca, pero no decía palabra. Garrido le miraba de reojo, con aire de triunfo, gozándose interiormente con la pérdida de su adversario, que en esos instantes leía un telegrama, pasándolo a otro. Se nombraron diversos papeles, con golpes de martillo.

De repente, estalló de nuevo el nombre de Malveo: ofrecíanse doscientas a 12..., y doscientas más..., y doscientas más, hasta mil. Johnson, después de enjugarse la cabeza calva con el pañuelo, ofreció quinientas Malveo a 10, con voz reposada. Se las tomaron. Ofreció quinientas más, y también las tomaron. A su turno, del otro extremo de la sala se oyó la voz fuerte de Villalón, el alter-ego de Raigada, que ofrecía Malveos a ocho... Se tomaron hasta seis mil acciones. Algunos corredores se miraban inquietos; habían recibido, en garantía, acciones de Malveo a diez. Diversos agentes las ofrecían a 8 y los corredores, sobrecogidos de pánico, no se atrevían a tomarlas. «A cinco, vendo mil Malveos», exclamó Raigada, con tono despreciativo. «¡Conforme!» le gritó Vanard, y resonó el golpe seco del palo con tono lúgubre. Era el desastre que comenzaba, algunos sentían el temblorcillo nervioso de las grandes pérdidas que hacen flaquear las piernas y cubren la frente de sudor helado. Ángel notó que le palpitaba el corazón aceleradamente, junto con una angustia indefinible, algo lacerante, como en el día de su ruptura con Gabriela. Habían desaparecido la animación febril y los rostros contentos de los días de grandes alzas. Los movimientos eran más pausados, las voces bajaban en rumores sordos de cuchicheos, mientras un soplo de temor indefinido circulaba por la sala. ¡Las Malveo a cinco! Pero eso era la ruina y la desesperación para muchos hogares..., era el hambre..., la quiebra de otros..., el suicidio de algunos... Ahora los ánimos viraban... Por la fuerza del golpe, comenzábase a creer en la efectividad de los informes del ingeniero Mac-Fersen, y si eran verídicos, las Malveo bajarían a dos pesos, a uno, a veinte centavos..., a nada. El estremecimiento nervioso de la duda conmovía a los defensores de Malveo. Bellido había jugado a la alza en los primeros instantes, lleno de fe; mas ahora, viendo el abatimiento profundo de los sostenedores del

papel, y la audacia creciente de los bajistas, encabezados por Martínez Villar y Raigada, tomó una resolución súbita, y cambió de repente de posiciones, jugando a la baja. Los amigos escucharon, con sorpresa, la voz de Bellido que ofrecía, también, mil Malveos a 5 y mil más y otras mil..., hasta diez... La sala se arremolinaba, desencajábanse algunas figuras entre los asistentes de galería. Se veía ojos inyectados en sangre, se palpaba los grandes abatimientos precursores de ruina y de catástrofe. ¡Las Malveo a cuatro!...

Vanard se había puesto pálido, intensamente pálido, pero seguía con sonrisa nerviosa incrustada en el rostro; sentía cólera tremenda en contra de Bellido, a quien hubiera abofeteado de buena gana. Era un chanco..., un infame que faltaba a su palabra traicionando sus compromisos y pasándose al enemigo en plena batalla. En realidad, esa rueda no era otra cosa sino lucha terrible, con muertos y heridos; un batallar desapiadado y frío por arrojarse mutuamente a la miseria y a la calle... Bellido, con cara de palo, miraba hacia el techo, temiendo encararse con los ojos fulgurantes de sus compañeros. Vallejo le buscaba insistentemente la cara, con deseos de abrumarle a fuerza de desprecio, de escupirle: el traidor tendría que amarrarse los calzones, pues si ellos le cogían en algún descubierto le harían sonar. Vanard había tomado una actitud desmayada y flácida, con los brazos caídos, el rostro de color cetrino y la mirada ausente y errabunda; ya no tenía fuerza para fingir por más tiempo... Durante varias semanas había creído en el alza de las Malveo, comprando y comprando sin cesar, primero a 26, luego a 22, a 18, a 15, a 12..., a 8, a 6..., y ahora las veía ofrecidas a 4... Estaba excedido en su cuenta corriente a más no poder; había sacado dinero en préstamo, del Transatlántico, dando en garantía unos bonos ajenos..., y ahora todo se derrumbaba, sin esperanza alguna, en el crack terrible. Su caso se ponía crítico. ¡Santo cielo!, qué no harían sus enemigos para hundirlo en situación semejante. De su frente goteaba sudor helado, pegándole a las sienes sus ondas tupidas de cabello de un negro de ala de cuervo. Vanard conocía el mundo, y su fino tacto, acaso excitado por preocupaciones, creía notar en sus compañeros de Club la frialdad, las miradas errantes, los saludos despegados con que se recibe a los hombres que van a menos, sintiendo, con esto, en su vanidad, que era grande, las más crueles mordeduras, tanto peores cuanto no se pueden castigar a bofetadas como las injurias francas. Ahora comenzaba a sentir que le zumbaban los oídos con el imperceptible campanilleo de las grandes catástrofes. Los bajistas habían triunfado en toda la línea. Martínez Villar continuaba ofreciendo las Malveo a 4... Villalón, el compañero de Raigada, mozo de barba negra, en punta, con voz aguda las ofreció a tres y medio. Un sacudimiento nervioso agitaba a los alcistas: Vallejos, con el rostro encendido, compró varios miles de Malveo a 3; no tenía dinero con qué pagarlas, pero adivinaba en sus adversarios un gran descubierto, y él sabría ponerles las peras a cuatro. Acaso en ese golpe de audacia encontraría la fortuna, pues era imposible que las acciones no reaccionaran de tal sorpresa. Y si le reventaban, ¡qué demonios!, arrancarían a la Argentina...

Al levantarse la rueda todos hablaban a un tiempo, gesticulando, dominados por sus nervios; ya sin poder contenerse. Cruzábanse los llamados, las voces, las actitudes triunfantes de los unos, las caras contraídas de los otros, mientras las anchas fauces de las puertas de la Bolsa vomitaban su alimento humano que salía con paso precipitado y violento, en negra y compacta muchedumbre. Vanard apretó fuertemente la mano de Ángel, poniendo en su gesto un sentimiento de fuerza y de consuelo que ya no sentía dentro de sí. «Era celada de los bajistas que habían armado la máquina para bajar las Malveo, y quedarse

con todas las acciones, con el propósito de subirlas a precios enormes, con gran ganancia, más tarde». «Banda de Pitos», alegre y simpático, voceaba en un círculo refiriendo la historia del trust de Valparaíso, con todos sus nombres; a él no se le iban con chicas, era capaz de cantarle una fresca al lucero del alba... Y movía los brazos, accionando con grandes aspavientos. Alrededor de Vallejos, en la acera del frente, se arremolinaba una ola de clientes, temblando de incertidumbre, ávidos de una frase consoladora en aquel derrumbe súbito e inesperado de las acciones más bulladas del mercado, de aquellas en las cuales se fundaba más sólidas esperanzas de fortuna y preconizadas por sus adeptos como la continuación de la «Mil y una Noches», como la industria de la potasa que sería, para Chile, de mayor importancia que el salitre. En la calle de Bandera, entre Huérfanos y Agustinas, hormigueaba la multitud, atraída por las noticias de la caída de las Malveo. En torno de Vanard se había reunido numeroso grupo de amigos y tenedores de la sociedad en baja; eran los creyentes, los cándidos, a quienes bastaba una palabra de su agente de Bolsa, para encender nuevamente la fe, una fe de carbonero, en la riqueza de los yacimientos de Malveo y en su inmenso desarrollo futuro. «¡Calma!, ¡calma!», les decía Vanard... «La regla es aguantarse y no vender cuando todos venden». Un agricultor, antiguo militar a quien se acusaba de manejos indelicados, el «huaso Miranda», llegaba lleno de fe, el pecho henchido de confianza, a dar órdenes de que le compraran diez mil Malveo a tres...

Cristóbal Raigada aparecía, en esos momentos, en la puerta de la Bolsa; venía saliendo de los últimos, lentamente y sin apresurarse, con la sonrisa que descubría lentamente los dientes apretados y blancos en su rostro amarillento, calzados los guantes oscuros, como de costumbre, y rodeado de una corte, del círculo que cerca y adula siempre a los vencedores, de los compañeros que piden datos, de los clientes que buscan consejo. Parecía triunfador romano. «Me acusan de ser bajista, decía, pues bien, lo soy; pero no combato nunca en contra de las sociedades buenas, sólidas y honradas... En cambio, cuando encuentro en mi camino trampas destinadas a zorzales, grandes pilatunas..., alguna maula formidable arreglada por cuatro pilletes, me le voy encima con todo el cuerpo, y si puedo, la aplasto, si no la bajo, seguro de hacer una buena obra de limpieza pública. Las Malveo son un escándalo...» Y sin agregar palabra, Raigada sacó de su bolsillo una copia del famoso informe, del ingeniero del Transatlántico, tomada a máquina.

Comenzaron a leerla en voz alta, en el numeroso círculo del vestíbulo de la Bolsa. El Informe era horrible: jamás habían existido rastros de sales potásicas en Malveo; aquello era una inmensa burla hecha al candor de los suscriptores de la Sociedad. La noticia del informe se extendía como una mancha de aceite, queriendo todos leerla y comentarla a un tiempo. No faltaban agentes del Directorio que afirmaran, con certidumbre, cómo les constaba que el ingeniero se había vendido y que ni siquiera había estado en los campos de Malveo, haciendo su informe desde Santiago.

Pero ya la lucha era imposible, llegaba la catástrofe, arrastrando a la multitud en el desenfrenado galope del sálvese quien pueda. De la confianza extremada, la opinión de los hombres de negocios había saltado al absoluto escepticismo. Ángel Heredia, todo nervioso, mordiendo entre los dientes el puño de plata de su bastón, presenciaba la reacción del miedo, en que todos se atropellan por vender, si todavía es tiempo. Las órdenes les llovían a los corredores de comercio para vender Malveo a cualquier precio. El joven se sentía poseído de vértigo; todo le parecía turbio, y las piernas comenzaban a flaquearle. Vanard le

cogió de un brazo llevándolo al Club, en donde se sentaron solos, junto a la mesita del rincón. Ángel supo que se habían cumplido sus órdenes. Pidieron whisky y soda, para Vanard, quien se bebió cuatro copas, una en pos de otra, mientras refería a Heredia los detalles de la jornada. Habíanse contraído los músculos de su cara en gesto serio y grave que no le cuadraba. Un aire mustio, cansado, envejecía su rostro simpático, dándole muchos años, de golpe, y como poniendo término a su juventud tan prolongada. Poco antes, nadie le hubiera echado más de treinta y cinco; ahora pasaba ya de los cincuenta, violentamente acusadas las arrugas de su frente y las patas de gallo de sus ojos, a fuerza de trabajos y de preocupaciones. Las ojeras, de tono cárdeno, se volvían violáceas, hinchándose con el mal dormir y el excesivo meditar. Era que el peso grave de sus responsabilidades le abrumaba. En vano había golpeado las puertas de los Bancos que ya no le abrían crédito, pues su influencia política bajaba desde que se hallaba lejos del poder su partido. Quiso recuperar algo del dinero prestado a los amigos, pero como casi todos se hallaban sometidos al oleaje y a las tempestades de la Bolsa, encontró las puertas cerradas. En la mañana había visitado a don Bonifacio Carel, prohombre de su grupo, en el cual gozaba el prestigio de fortuna que pasaba de varios millones; le negó los treinta mil pesos que pedía. Vanard se bebía el coñac copa tras copa, de un sorbo, mientras su mirada vagabunda, envuelta en honda tristeza, erraba por todas partes, sin detenerse en ninguna, y sin fuerzas para los disimulos mundanos, como esos viejos resortes ya vencidos e inútiles que ceden al más leve contacto. Había cumplido las órdenes de Ángel. Ambos sacaron las cuentas en una hoja de bloc: el joven perdía, con la baja de las Malveo, la suma de ciento setenta y tres mil pesos, pues las había comprado, en parte, a los precios más altos. Esto, agregado a las pérdidas de otros papeles, reducía su fortuna, dejando libres solamente unos cuantos miles de pesos del naufragio de tantas y tantas ilusiones, y cuando ya se consideraba millonario en medio del resurgimiento del país que algunos daban como producido con el chorro continuo de millones fiscales. Dominado por la tristeza que le invadía, el joven no paraba mientes en los síntomas de la tempestad moral que sacudía al infeliz Vanard como una hoja triturada por el viento. Hubo un instante en que tuvo en los labios una frase humilde de súplica; lágrimas asomaban a los ojos del pobre vencido, pero no se atrevía a solicitar un préstamo del hombre a quien hacía perder una cantidad enorme con sus consejos desgraciados. Ángel tal vez contaría sus apuros y miserias a Gabriela, a Magda, a todo el mundo, y eso, después de rechazada su petición. Se veía mirado en menos en las casas de tono en donde antes le acogían y no podía resignarse a la compasión de mujeres a quienes había atendido en bailes y acaso cortejado. Su orgullo se sublevaba desesperadamente y sus nervios le hicieron dar un salto en la silla. «¿Que tiene; Vanard?», le dijo su compañero. «Nada», contestó el infeliz, y recuperó la sonrisa de su rostro como quien hace una mueca forzada y terrible.

- IX -

Ángel se despidió del agente en la puerta del Club y tomó por la calle de Bandera en dirección a su casa. Llevaba el rostro con el mismo aspecto de costumbre, la cabeza echada atrás, los bigotes retorcidos para arriba y no se apartaba de sus labios la sonrisa enigmática, en la cual se acentuaba ahora su puntillo de insolencia; sus cabellos rizados, por efecto del

sudor, se le habían pegado en las ondas de las sienas. Por lo demás, nadie hubiera sospechado las horribles ansiedades interiores que desgarraban su alma, ante la cual surgían, de golpe, todos los problemas de dinero y de vanidad social. Sus rentas disminuían de modo enorme, pues parte considerable de su fortuna se hallaba invertida en papeles que no daban dividendos. Era menester, sin embargo, mantenerse en el mismo rango social, con el coche, el palco, los trajes de su mujer, la serie de gastos personales y unos ítems muy fuertes relativos a sus vicios. ¡Vamos!, un hombre de su posición no podía tirar por la ventana a una prima-donna del Teatro Municipal, ni separarse de sus amigos, con quienes comía frecuentemente, ni dejar de tomar los aperitivos, ni las botellas de champagne jugadas al cacho, ni romper, de golpe y porrazo, con los compañeros de poker quienes, en cuanto lo vieran llegar al Club, le llamarían a jugar una mano. Y así como Gabriela, aun arruinada, tendría que hacer los mismos gastos que Marta Liniers, Nina Oyanguren, Olga Sánchez y demás señoras de gran fortuna con quienes vivía en intimidad estrecha, él se encontraba encadenado a sus amigos, aun cuando no tuviera dinero para hacer los mismos gastos, ni el cinismo necesario para vivir de parásito, a punta de humillaciones disimuladas y del eterno adular a los ricos. No, eso no lo haría jamás; tenía demasiado orgullo, concepto muy alto de su nombre y de su prestigio de familia: un Heredia no hacía esas cosas, ni podía descender de esa manera... Involuntariamente surgía a sus ojos la figura del «Senador» Peñalver, arrepanchigado en la mejor de las poltronas, o devorando, a cuenta ajena, la más exquisita de las comidas. Pero qué lucha tan tremenda, qué de tragos amargos no era necesario pasar para atravesar dignamente por situación tan depresiva... Sin embargo, a todo se hace el cuerpo, como dicen.

Ángel seguía pensando, mientras caminaba por la calle de Bandera, y contestando automáticamente los saludos, con sonrisa y movimiento de manos inconsciente, arrastrado por el impulso mecánico de su andar. De súbito, al doblar por la esquina de Agustinas, se topó con Cristóbal Raigada que se encaminaba al Banco Italiano, con un paquete de bonos bajo el brazo. La sangre reflujo a la cabeza del joven cuando Raigada, antiguo amigo suyo, le golpeó familiarmente el hombro; la cólera hizo palpitar violentamente su corazón, como en los momentos en que se preparaba a descargar bofetadas. Una indignación profunda le puso de palidez cadavérica, al sentir el saludo familiar del promotor de la baja, de esa baja infame que llevaba la ruina a tantos hogares... Pero se contuvo.

-«¡Pobre Ángel!», le dijo con voz apacible y suave Raigada. «¿Que también has caído junto con los zorzales que compraban Malveos a cuarenta pesos? Eso era una gran pilatuna, hijo mío...»

Por una rápida transición, Ángel no quiso confesar su ruina, en la sublevación del orgullo. Comprendía que manifestar enojo era darse por vencido en la terrible batalla financiera. Hizo poderoso esfuerzo, y con voz que se anudaba en su garganta:

-«¿Por qué dices eso?», interrogó.

-«Las cifras cantan, hombre», agregó Raigada, pasándole el Informe del ingeniero sobre Malveo.

Ángel lo leyó en silencio, pudiendo apenas sostener el papel entre sus manos que temblaban. ¡Santo cielo! Entonces era cierto cuanto se decía sotto voce, y él tomaba por infame calumnia... Los yacimientos de potasa se encontraban en la mente de Dios; la Sociedad había sido máquina infernal y sus acciones ya no valían un céntimo. Las piernas se negaban a sostenerle y entró, maquinalmente, a un bar en compañía de Raigada. Mientras el sudor pegajoso y frío humedecía su frente, sintió en su ser una reacción súbita. Minutos antes había pensado en golpear a Raigada, con furia, con frenesí, con el más desatentado de los odios, por el mal que le hacía a todo el mundo, sin tomar en cuenta, según creía, sus propios daños; ahora, leído ya el informe, pasaba a una confianza ciega en Raigada y su odio tomaba otra dirección.

«¡Son unos grandes canallas!», murmuró como hablando consigo mismo, y dirigiéndose al corredor:

-«¿Sería posible vender unas diez mil Malveo?»

-«¡Caramba!», le contestó el otro enarcando las cejas, «es grueso. Pero acabo de recibir un telegrama de Valparaíso en que me piden tres mil a cinco... Te venderé las que te quedan... y diez mil más en descubierto... Quedan todavía zorzales... En la semana próxima, las compras a peso y te zafas parte del clavo...»

Separáronse con fuerte apretón de manos, en que ponía Heredia todo su agradecimiento. Raigada, con su paso largo y pausado, penetró al Italiano. Era muy habiloso, conocía todos los recodos y recámaras de la Bolsa, sabía quiénes jugaban grueso, a la alza o a la baja y había leído, en Ángel, como en libro abierto. Por eso, al acercarse a la pieza del gerente, experimentaba la sensación del triunfo más completo de su vida de hombre de negocios en aquel apretón de manos; era el gozo de haber hecho palpitar, a su voluntad, todas las cuerdas de un alma, convirtiendo, con una palabra, un adversario mortal en instrumento ciego.

Heredia volvió en dirección a su casa con el ánimo ya más tranquilo, por haberse robustecido con el contacto de un hombre fuerte. Caía la tarde, los focos eléctricos hacían parpadear su luz como de luna a la hora del crepúsculo. Por la calle del Estado se descargaba una avalancha de coches, a todo trote, con el estrépito del rodar apresurado, de las fustas que sacudían latigazos, de cascabeles y cadenas. Masa negra de gente cruzaba por las anchas aceras frente a San Agustín, o se detenía en los escaparates brillantemente iluminados de las tiendas. Algunas damas, de porte airoso, con el vestido ligeramente alzado, hacían resonar sus pasos menudos; sirvientas de manto, llevando cajas de sombreros, paseantes apresurados, se codeaban a esa hora de agitación en que termina el día. Las torres de San Agustín se perdían en el cielo que comenzaba a oscurecerse.

Ángel se deslizó, con paso firme, junto a los muestrarios iluminados de las tiendas fijando su pupila, involuntariamente, en los dos enormes frascos de líquidos rojo y verde, asomados en una botica. Y siguió, sin apresurarse, por entre la multitud, con el bastón cogido por la mitad, y separado del cuerpo, a la inglesa. Frente a un modisto, se detuvo un instante el carruaje de Nina Oyanguren que descendió con aire elegante, el vestido ligeramente recogido, la cabeza echada atrás, el paso ligero, saludándole con una de esas

leves inflexiones de cuerpo, mezcla de familiaridad y simpatía, usuales en la gente de tono. Manuelita Vásquez descendía del cupé, a su turno, con un gran paquete; el valet de pie cerró la portezuela y ambas se hundieron en la arquería del edificio de moda. A pesar de sus preocupaciones, Ángel no pudo dejar de representarse, en la imaginación, la figura que pondrían las dos elegantes santiaguinas en manos del sastre que les tomaba medidas, les pulseaba el talle, les prendía alfileres y se alejaría para contemplarlas con sus ojuelos de alemán, el continente grave y alzados los bigotes rubios engomados; todo se lo figuraba irónicamente en esos instantes de graves emociones para él. Un poco más allá, cerca de Moneda, se le juntó Polo Sánchez. Púsole cara de vinagre, pero el otro no hizo caso, y siguió a su lado, hablándole de la baja del cambio, del encarecimiento de los artículos de consumo y de cómo la vida se hacía imposible en Chile. Ángel había vuelto a sus preocupaciones, sin cuidarse de lo que el otro hablaba. Polo prosiguió, cambiando de tema, por una asociación de ideas; disertaba sobre el azúcar de betarraga y sus varios métodos de cultivo. Y para forzar su atención, acudía al interrogatorio. ¿Conoces los procedimientos usados en Alemania? ¿Los usados en Francia? Ángel seguía preocupado con el desastre financiero; la enorme pérdida de ciento setenta y tres mil pesos, capaz de tumbar a un Banco, él la resistiría -pensaba para su interior, con cierto sentimiento de vanidad. Pero era un golpe feroz, ¡caramba!, y él lo había recibido como todo un hombre... Sentía admiración profunda de sí mismo, satisfacción íntima al verse fuerte, cuando cualquier otro estuviera desesperado. Mas, como en ese instante le hablara Polo del acontecimiento del día, de la terrible y súbita caída de las Malveo, sintió Ángel una especie de escalofrío, acompañado de sensación de sequedad en la garganta y una pena callada que le invadía lentamente como las rachas de neblina de la tarde. Era la inmensa desgracia de su porvenir destruido, de todas las esperanzas de fortuna derrumbadas como castillo de naipes en el momento en que más seguro se creía de riqueza; con ella se iban hasta las expectativas políticas, los ensueños de ambición formados para el futuro. ¿No había iniciado ya la correspondencia para lanzar su candidatura de diputado en las próximas elecciones? Ahora volverían las luchas tan desagradables dentro del hogar, para moderar los gastos de la casa, para contener los despilfarros de la servidumbre, para limitar los encargos a Europa. Sentía sobre sus espaldas el peso de su enorme tren de rico y sin fortuna, sacando la cuenta: quinientos pesos de arriendo de casa; trescientos, para el coche y cochero; cuatrocientos francos a la Nurse, ciento cincuenta al chef de la cocina, mil doscientos para los demás gastos de la casa. Aquello formaba un total de cuarenta mil pesos cortos, agregados los demás gastos de ropa, teatros, etc. Y no veía de dónde sacarlos, a menos de comerse todo el capital a breve término. Pero muchos otros habían quedado en la calle, con la baja de papeles, en peor situación que la suya. Estas reflexiones, hasta cierto punto, le servían de paliativo en la desgracia propia. Mas luego se representaba, con cruel plasticidad, la lucha que habría de sustentar con su mujer y su resistencia obstinada e insolentemente orgullosa; ella no podía dejar de vivir, como lo había hecho siempre, a la altura de sus demás amigas: al fin y al cabo no era una mendiga ni una pordiosera de calles. Y veía la pelea diaria por cada ítem del presupuesto doméstico y cómo se resistiría la expulsión de la inglesa, la del cocinero, la mudanza a otra casa más barata...

En ese instante le interrumpió Polo en sus meditaciones:

-¿Y tú crees lo que se dice, hombre? ¿Será posible? Respóndeme.

Ángel se encogió de hombros, no sabiendo de qué se trataba, y se despidió de su amigo con un apretón de manos, pretextando asunto urgente. Ahora sentía la necesidad de andar, de moverse mucho, para descargar, con el movimiento, la tensión excesiva de sus nervios. El campanilleo de un carro le hizo detenerse frente a la Plazuela de San Francisco. Los focos eléctricos derramaban un reguero de luz sobre los ladrillos de composición con los cuales se encuentra embaldosada aquella parte del paseo de las Delicias. Los árboles extendían sus largas ramas de esqueleto deshojado en hilera interminable que se perdía, a lo lejos, entre los focos. La torre de San Francisco, toda de rosa y blanco, surgía como un fantasma, y más allá los jardines con sus chorros de agua, una serie de viejos edificios coloniales, construidos en los primeros años del siglo XIX, y el Hospital de San Juan de Dios, lamentable y triste, sin carácter ni arquitectura, como ruina olvidada del tiempo de la conquista. Luego, al fondo del semicírculo, casi al pie del cerro Santa Lucía, divisábase las agujas y las torres góticas de la Iglesia del Carmen Alto. Un soplo helado de viento de cordillera le hizo alzarse el cuello de su gabán mientras, de paso, recibía la bocanada tibia, impregnada de alcohol, de los muchos bares que en aquella parte existen.

El reloj cercano daba en esos instantes la media, con su voz metálica; eso trajo la noción de la realidad a la cabeza recalentada del joven, y como sintiera unos ardores en el estómago, sacó el reloj. Era ya tarde y debía volverse; al llegar a su casa daban las nueve. Tocó el botón eléctrico para el sirviente; llamaba su atención no ver el comedor iluminado. ¿Que Gabriela no había comido en casa? Muy rara vez se quedaba en la de su madre.

-¿Dónde está la señora? -preguntó, comenzando a notar algo raro, sobrecogido de un presentimiento de vago temor. Ya creía notar en la cara del sirviente un no sé qué, fuera de lo usual.

-Ha salido, señor, poco después de llegar. Me dio esta carta para Ud...

Ángel movió la llave para dar luz a su escritorio, cogiendo la carta de manos del criado. Sería probablemente alguna excusa de no comer en casa, pensó entre sí, para tranquilizarse, dominando la inquietud extraña que le sobrecogía.

-¿Y los niños? ¿Están acostados?

-Salieron con la señora.

Ángel quedó estupefacto, y despidió al sirviente con un gesto: «Que pongan la comida...»

Es algo extraño, pensaba, mientras le palpitaba el corazón al abrir la carta de su mujer. Una sorpresa extraordinaria se dibujaba en su fisonomía, mientras iba leyendo. Era larga carta, escrita con mano trémula y con huellas de lágrimas que habían borroneado algunas palabras. Llegaba de casa de una amiga, en donde acababa de saber su escándalo con la Biondini. Se iba a casa de su madre, con los niños, pues no quería vivir, ni un momento más, con él bajo el mismo techo. Era un infame que arrastraba el nombre de sus hijos por el lodo. En todo Santiago no se hablaba de otra cosa sino de su escándalo dado en el proscenio del Municipal, por una mujerzuela... a quien tenía de querida. Su dinero que le escatimaba

para «lo más indispensable» era arrojado por la ventana en la compañía despreciable de viles mujeres de teatro. No volvería a verle en su vida, pues estaba harta de humillaciones y de sufrimientos. La carta seguía mezclando lamentaciones indignadas con una sublevación íntima de todo su ser. Ángel se sentía como anonadado e inconsciente ante el derrumbe total y completo de toda su existencia, su fortuna, su hogar, que desaparecían arrastrados de golpe, a un mismo instante. Bienvenido seas mal si vienes sólo, pensó.

Y la inmensa tragedia se desarrollaba, sin gritos, ni escenas, ni estrépito, como todos los demás sucesos ordinarios y corrientes de la vida común. Un pedazo de papel, unas cuantas líneas, y sentía dentro de sí un vacío negro, algo irreparable. Era como un gran foso que se hubiera cavado en su conciencia, abismo oscuro y hondo en el cual se hubieran sepultado sus esperanzas. No era feliz en su hogar, las disidencias a cada paso estallaban irreductibles entre ellos, y, sin embargo, el paso dado por Gabriela le sobrecogía del estupor más doloroso, de un desgarramiento interno como si con sus hijos le arrancaran pedazos de sus entrañas, y la sentía también, a ella, como se siente el brazo amputado después de una operación quirúrgica. Le abrumaba la consternación más completa, de tal modo le sorprendía y le desesperaba el abandono de su mujer y de sus hijos. La acumulación de las desgracias y de los golpes, en un solo día, sobrepasaba la medida de toda previsión, sumiéndolo en estado de inconsciencia, casi letárgica. Luego surgió en su ánimo esta pregunta: «¿Y por qué se ha ido Gabriela?» No cabía en su criterio que fuera únicamente por haber sabido su historia con la Biondini. Eso databa de hacía varios largos meses, había penetrado en su vida, en sus costumbres, sin que ella lo notara, se había connaturalizado entre ellos como formando parte de su existencia. Por otra parte, él cumplía sus deberes de hogar, sin provocar escándalos inútiles. ¿Y por qué le extrañaba eso a su mujer? ¿Acaso desde hacía dos años no habitaba cada cual su departamento propio, viviendo aislados, de manera indiferente y a su modo? Desde que se había pronunciado, de manera brutal y completa, la disonancia íntima, la incompatibilidad de temperamentos entre ambos, él recobraba, por consecuencia lógica, toda la libertad de sus acciones. Por otra parte, para dar paso tan grave, Gabriela necesitaba pruebas, pruebas positivas y hechos tangibles que señalaran la infidelidad de su marido, y esos, no podía tenerlos, ni era concebible que aceptase simples y sencillos rumores, comentarios o chismografías santiaguinas. Él jamás había dado el escándalo de que se hablaba, y la escena de los bofetones era una fábula ridícula. Sólo era cierto que había señalado la puerta del camarín a un personaje que se había tomado libertades indebidas, pero esto repetido y comentado por clubs, salones y corrillos, se había convertido en escena de pugilato: como de costumbre, de una hebra de verdad se había sacado una montaña de mentiras y de calumnias con las cuales querían aplastarle. No, eso no era posible. Parecíale que la fugitiva, luego que reflexionase, volvería trayéndole a sus hijos por los cuales sentía, en el fondo de su pecho, que se despertaba intensidad de amor precisamente ahora que la pobreza amenazaba su puerta y que la ruina se alzaba como un espectro. Ansia de ternura se desbordaba en el corazón del vencido de los negocios, sed de tener un pecho al cual confiar todas sus congojas y sus amarguras que eran tantas. El sueño tranquilo de esas inocentes criaturas, de su Irene, de su Pepe con el cabello crespo y rubio, cortado en cerquillo por la frente... Avisáronle que la comida estaba lista y penetró en el comedor, sentándose. La cuchara se le caía de las manos, en un estado de completa inapetencia, aterrado ante la idea de permanecer solo, enteramente solo y para siempre. La catástrofe, con la doble fuerza de lo imprevisto, le hería en las profundidades más hondas y sensibles de su alma. Que sentía la disonancia de sus vidas, la

incompatibilidad de sus caracteres; que él había pronunciado palabras rudas, amenazas brutales nunca puestas en vías de ejecución; que ella se mostraba altanera, fría, descorazonada, sin delicadezas ni contemplaciones: eran hechos innegables. Pero se había llegado a un modo de vivir tácito entre ellos, y nada nuevo podía justificar ese horrible paso en que le separaban de sus hijos, de esos niñitos chicos y débiles, el consuelo único de su vida; para ellos pensaba en sus ansias desbordadas de fortuna, asociándolos a su grandeza futura. ¿Acaso no había soñado muchas veces con presentar a su hija, como reina, en verdadero palacio, cuando fuera mujer? ¿Qué padre no sueña con esas cosas? Y ante la mesa vacía, en la cual se amontonaban los platos, sin que pudiera tocarlos, se puso a pensar en su Irenita y en Pepe, comiendo solos en casa de su abuela, mientras su madre se componía, con postizos y esencias, para ir al teatro en compañía de Magda. En su imaginación veía los, con el andar de los días, solos y enfermos, sin que le fuera dado a él tocar su frente ardorosa, ni besarlos, pues, con su egoísmo ingenuo, creía que con sólo verle ya ellos comenzarían a mejorarse. ¿Qué sería de los niños a esa hora? Sin duda estarían acostados y rezando, con las manos juntas, el bendito alabado sea... Y bastó ese pensamiento para que surgiera en su alma, como al golpe de una varilla mágica, el hondo sentimiento de misticismo católico arrojado como semilla de infancia por su madre en aquel corazón de vividor endurecido; era el ardor quemante de espíritu que le abrasaba, exaltado, en las horas profundas y sin remedio; era la tradición de los sentimientos religiosos, ciega y fanáticamente mantenidos en su familia desde el tiempo de los conquistadores. Y de súbito, poniéndose rápidamente en movimiento, salió, llevando maquinalmente en la mano la servilleta, en busca de su gabán y de su sombrero. La impaciencia le espoleaba, era una grande ansiedad de su alma por llegar al puerto, a ese templo, al cual decía con ardor de místico y la pasión de un iluminado: Tú eres la paz...

Así, andando a paso rápido, penetró al templo de San Francisco en donde había esa noche festividades religiosas. Hallábanse encendidas multitud de velas en los altares, arreglados con profusión de flores y grandes candelabros. Un resplandor de apoteosis iluminaba el altar mayor mientras resonaba la voz grave del órgano, y se escuchaba el murmullo monótono de un coro de rezos, en la nave lateral, donde se apiñaba la muchedumbre de mujeres envueltas en negros mantones. Ángel sintió, de manera insoportable, la disonancia entre la inmensa angustia de su alma y la alegría tranquila de aquella profusión de luces, de aquellas iluminaciones religiosas, del resplandor alegre de la festividad católica. Necesitaba mayor soledad, más oscuridad, más tristeza para su pobre alma que se desangraba en inmensa congoja. Luego su presencia de hombre mundano, con paltó de pieles, guante fresco y de medio tono, porte airoso y desenvuelto, hacía volver la cara a muchas mujeres, produciéndole sensación profana y perturbadora.

Se echó a vagar por las calles oscuras, hundiéndose en las callejuelas. Así llegó a la plazuela de San Isidro que no atravesaba desde hacía muchos años, y tomó por la de Estudiantes, en dirección a Carmen y se perdió en el laberinto de callejas de habitaciones pobres y menguadas, en donde la miseria parece brotar de los techos destartados y hundidos, de las ventanas bajas y de las anchas puertas coloniales. Los pisos están desnivelados, muchas paredes en desplome, el alumbrado público escaso. De todo aquel hacinamiento de conventillos y de edificios vetustos surge honda queja de miseria negra para el que llega de otros barrios y de otra vida, llevado allí por el acaso y sin saber cómo. Las casitas ruinosas y viejas tienen su fisonomía, cuentan la historia de sus habitantes en un

lenguaje que habla al observador, y al cual sirven de comentario elocuente las Casas de Préstamos cercanas que prosperan en el aire cenagoso de aquellos barrios. Pero Ángel sentía en la oscuridad intensa y en la pobreza que clamaba, como un eco de su miseria interior, como voz de paz en el derrumbe de su vida, como si la fraternidad del sufrimiento adivinado y el acercamiento a los humildes le procurase alivio... En las callejuelas silenciosas resonaban sus pasos y al oírlos, surgió de repente en su ánimo la idea de que pudieran asaltarle bandidos de los suburbios. Entonces, por extraño fenómeno humano, aquel desesperado, hombre de valor a toda prueba, recordó que andaba sin armas y tuvo el vago temor de una sorpresa. ¿Qué se diría si le ultimaban en una callejuela de extramuros, a esas horas? Esto le hizo desandar el camino andado y volverse apresuradamente.

Al llegar a su casa encendió la lamparilla de su escritorio para quedar a media luz, y se arrojó sobre el sofá de Maple. Desde allí surgía la figura del viejo Cristo, en la penumbra, con sus hechuras toscas y primitivas de la época colonial, la cabeza demasiado grande, las piernas cortas; mas, en su expresión, el artista primitivo y rústico había sabido poner un sello de tristeza amarga, de supremo desencanto de las cosas. Sorprendíase Ángel de sentir ahora la poesía ingenua y honda, ignorada hasta ese instante, sin darse cuenta de que sólo comprendemos las cosas cuando el estado del alma llega a vibrar en un mismo diapasón con ellas.

Así pasaron las horas, sintiéndolas el joven una a una, dadas por un reloj de la ciudad y luego repetidas, en las lejanías, por otros, en concierto de voces diferentes, prolongadas en soledades silenciosas. El insomnio le agitaba sin darle punto de reposo, ni permitirle ni un corto descanso en el estado de anonadamiento moral y físico que le abrumaba como si le hubieran apaleado violentamente el cuerpo. Muy temprano, al día siguiente, se dio un baño, echándose a vagar por las calles, sorprendido por el aire matinal y el aspecto nuevo para él, risueño y alegre, que tomaba Santiago con los lecheros que pasan al trote con grandes tarros de metal, y las carretas de verdura que recorren las calles entre chirridos de ruedas y lamentos de ejes. Pasaban las cocineras con el cesto al brazo, en dirección al Mercado, y los obreros a su trabajo, con caras trasnochadas y manos en los bolsillos. Las modistillas, los empleados de tiendas, todo un mundo pequeño y anónimo circulaba en la atmósfera matinal con aspecto apresurado, encaminado cada cual a sus obligaciones, lo que no dejaba de sorprenderle, pues jamás había sentido los apremios del trabajo a hora fija. Y por asociación de ideas pensó en que podría llegar para él esa hora del trabajo necesario y subordinado, en empleo modesto, sintiendo malestar indecible y una especie de humillación involuntaria como de repugnancia a la miseria. Todas sus pérdidas surgían nuevamente, crecían y se multiplicaban en su imaginación excitada por el desvelo, produciéndole un estado de ánimo intolerable. Ahora comprendía el suicidio por pérdidas de dinero. Al llegar a la esquina de Teatinos se topó casualmente con Raigada que se dirigía a la sala de esgrima, con paso largo y pausado. Era una silueta típica, de cuerpo alto y delgado, vestido de negro, la nariz fina, la nuez saliente en la garganta, los ojuelos penetrantes y agudos. Cambiaron saludo amistoso. El corredor le dijo, en tono tranquilo, que ya le había liquidado sus acciones de Malveo, y que le llevara los títulos en la tarde... «También le vendí las otras diez mil, a cuatro, agregó... El Informe aparece en los diarios de la mañana; aquí lo tiene, en el Ilustrado. ¿Sabe a cómo se cotizan en Valparaíso en este momento?» Y le mostró un telegrama. Habían bajado a un peso. Ángel quedó estupefacto; jugando él también a la baja, sin saberlo, había recuperado treinta mil pesos aquella noche.

Al separarse del Corredor sentía el joven un alivio inmenso, como si le hubieran dado bálsamo, y se detuvo, poseído de simpatía cariñosa por Raigada que se alejaba con paso largo y perezoso. Parecía, ahora, que todo se había mudado; la alegría de la mañana surgía también radiante en su alma y la sentía gloriosa en la atmósfera transparente, bañada de sol que destacaba, con relieve, las líneas finísimas de los árboles desnudos y las manchas blancas de los mármoles de estatuas en el paseo de las Delicias. Y todo aquello que media hora antes le disonaba como el corte de un cuchillo en un durazno o el roce del terciopelo, le parecía cambiado ahora y nuevo, sin que acertara a darse cuenta de la rápida transición.

Mas, al volver a su casa, le sobrecogió la misma tristeza. No salían a recibirle Irene y Pepe, ni a darle el beso de la mañana con «los buenos días, Papá», como de costumbre. Estaba cerrada, pues al llevarse Gabriela casi toda la servidumbre, no había dispuesto quien ventilara los salones, abiertos siempre de mañana, a esa misma hora. Este detalle reavivó su pena.

Involuntariamente subió la escalera que conducía al segundo piso, y penetró a las habitaciones de los niños. Ahí estaba el catre de bronce, con barandillas, de Pepe, el menor, de tres años. Las imágenes de santos en las paredes, un Niño Dios, rubio de ojos azules a la cabecera, y la fotografía de Ángel, a un lado, y de Gabriela, al otro. Era un retrato suyo, de antigua data, con peinado de grandes hondas y sombrero de pelo pasado de moda, en el cual estaba más joven, pero se notaba ridículo. Una tricicleta de hierro y un muñeco habían quedado tendidos al pie del catre, en la precipitación de la partida, y se había olvidado, igualmente, un atado de ropa de niño. La pieza de Irenita con sus muebles todos de laque blanco, y sus cortinillas inglesas, parecía de niña grande. La mano de Gabriela había llenado de lazos de cinta las colgaduras, poniendo el sello de una elegancia coqueta de madre que ya comienza a mirarse en su hija. Todavía quedaba, en un vaso, el ramo de flores que habían llenado la pieza de penetrante perfume. Ángel abrió los cajones de la cómoda, en donde halló revueltas las cintas con los guantes finos, hechos para sus manecitas de cuatro años, y los pañuelos, un par de zapatitos nuevos, muchos de medias negras, algunas de seda, una muñeca grande, un chal a cuadros cuidadosamente doblado. Todo revelaba la precipitación nerviosa de la partida, como de campamento que se abandona en la desesperación de una idea fija y súbita, de un propósito inexorable. Con esto Ángel sintió sobre su vida el peso de las resoluciones irrevocables, angustia de verse lejos de sus hijos, separado de ellos quizá para siempre. Gabriela y su suegra cultivarían en ellos sentimientos de odio y de menosprecio para con el padre; crecerían considerándole acaso con repugnancia, a él, que se miraba en ellos. Esto le causaba angustia lacerante, dolor sin palabras ni expresiones. Una resolución violenta comenzaba a surgir en su ánimo, alternando con las ternuras apasionadas. Sí, tomaría un coche, y se presentaría a la casa de miseá Benigna para sacar a sus hijos por la fuerza y traerlos a la suya; nadie podría impedirselo, era bastante hombre para hacerse respetar, y si los sirvientes se ponían por delante, los correría a bofetadas, con su revólver si era preciso. La idea de estas soluciones de fuerza encuadraba de tal modo con su temperamento que por el solo hecho de concebirla sintió una especie de alivio, seguido del deseo de convertir la idea en acción. La imagen de Gabriela humillada y vencida le procuraba una delicia cruel. Sí, habría de domarla, de mandarla como amo y señor, en todo. Ahora no le guardaría consideraciones de ninguna especie. En esto penetró en su dormitorio cerrado y oscuro, dando vuelta el botón de la luz

eléctrica, mediante lo cual, inundándose de luz la pieza, recibió la impresión de la noche. Y bastó la sensación del perfume de Gabriela, mezcla de Heliotropo y de Violette de Parme, para despertar en el joven, viva y palpitante, la imagen de su mujer, con una fascinación sensual desconocida, en la cual se combinaban la idea no abandonada de violencia y de dominio, con otras asociadas al dulce mareo del perfume que surgía de todo, en aquella estancia: de los muebles, de las cortinas, de las colgaduras del lecho y de la cubierta de cama, del forro de seda claro de su paltó de nutria. En el traje de seda malva y violeta, caprichosa creación de Doncet, en la cual se armonizaban y combinaban esos colores con las líneas elegantes y severas de las últimas modas, se notaba la presencia de Gabriela. De seguro lo había tirado precipitadamente sobre la chaise longue, en la prisa loca de abandonar la casa, por lo cual, la chaqueta, sin plegar todavía, conservaba el molde torneado de sus brazos redondos y finos y mantenía, palpitante, un olor humano que Ángel sorbía junto con ese para él tan conocido de la violeta mezclada con heliotropo. Involuntariamente asociaba esos olores a sus sonrisas, a sus besos, a sus miradas, al gentil balanceo de sus caderas, lo que ahora le parecía único y adorable, una vez perdido. Era que bastaba la perspectiva del alejamiento y de la distancia, de la mujer en otro tiempo amada, para que se fueran borrando las asperezas y los roces, los choques y las violencias mutuas, mientras tomaban relieve las dulces voluptuosidades, las ternuras de antaño. Las luces reflejadas en los grandes espejos biselados del ropero de tres cuerpos Luis XV, parecían proyectar intensa vida sobre el retrato de Gabriela, de gran tamaño, con marco de laque blanco. Su fisonomía parecía surgir, dulce y reposada, sin altanerías, ni resistencias. Ante ese retrato, acentuado por perfumes, esperando ver surgir, de súbito, la imagen tantas veces reproducida en los espejos, sintió Ángel que su orgullo y su cólera se fundían, desvaneciéndose, en la sensación de los recuerdos candentes del pasado, reavivados por ráfaga de súbito deseo en aquella su naturaleza tan sensual y tan ardiente a la vez que mística y soñadora. Y comenzó entonces a convenir, por primera vez, y sin darse cuenta de la causa, en que una parte a lo menos de las desinteligencias de su vida y del desacuerdo de su hogar emanaba de él, y era exclusiva culpa suya. Junto con esto experimentaba la amargura desesperada de lo irreparable. Gabriela -él la conocía bien- ya no volvería sobre sus pasos, una vez tomada una resolución, ni él, tampoco, en las inflexibilidades de su orgullo, se allanaría a buscarla. ¡Y los niños! ¡Ah! Qué sollozo angustiado y lacerante surgía de sus carnes abiertas que sangraban...

- X -

No había tomado ningún alimento y fumaba, sin cesar, cigarro tras cigarro, sin detenerse a mirar ciertos detalles de su escritorio que de ordinario le complacían. Hallábase enteramente absorto y ausente de espíritu, cuando resonó en sus oídos el repiqueteo de la campanilla. ¡Ah!, si fuera ella que volvía, arrepentida, a su hogar, a explicarse con él y formar vida nueva, acompañada de los niños. Pero abandonó ese pensamiento por parecerle absurdo. En ese instante se abrió la puerta y entraba a su escritorio el canónigo Correa, antiguo amigo de su familia, clérigo cuya bondad e inteligencia, reconocidas de todos, lo rodeaba de prestigio, aun ante los radicales avanzados entre quienes contaba con buenos

amigos. Su presencia, en cualquier momento, le habría distraído; en aquel instante le causaba una sensación desagradable. Recibióle, sin embargo, cortésmente.

El señor Correa era sacerdote, hombre de mundo, confesaba la gente de fortuna y de posición social. Perteneciente a familia distinguida, era recibido en todas partes con grandes consideraciones, pues conocía a los padres, hijos y nietos de todos, y daba suma importancia a las cuestiones de abolengo. Grande, alto, fuerte, a la estatura de un soldado de Granaderos unía físico vigoroso y robusto capaz, en momento dado, de sostener sus convicciones religiosas a fuerza de puños. En el púlpito se había señalado en su juventud por actitudes militantes, dignas de los tiempos de Pedro el Hermitaño, que daba golpe y reverses. Con los años se habían dulcificado sus intransigencias en contra de los liberales; ya no repetía, como en otros tiempos, sus consejos a las madres católicas para que impidiesen el matrimonio de sus hijas con jóvenes liberales que «infestaban» los salones. Su espíritu había cobrado mayor elasticidad, convertido en director de las almas bien nacidas y de las conciencias perfumadas. Su tiempo, de valor no escaso, lo consagraba a la gente que merecía la pena. De fisonomía distinguida, la cabellera blanca, maneras fáciles y sueltas, tenía en su voz inflexiones insinuantes, apoyadas en sonrisa benévola, que penetraban hasta el fondo de las almas inspirando confianza. Apenas se había escuchado su palabra de hombre de mundo, ya los pecados salían por sí solos, sin atascarse en la garganta, sintiéndolos fáciles de confesar los fieles, pues la llaneza mundana del confesor servía de apoyo invisible. Y como era inteligente y conocía el mundo a fondo, con todas sus pequeñeces y miserias, sabía desprender de la vida una filosofía tranquilizadora ligera, elástica, proporcionada a las ideas y situaciones de los ricos, doblegándose a cosas y personas, a conveniencias de sociedad y a costumbres, a preocupaciones y hábitos inveterados, si bien permanecía inflexible y riguroso en cuanto a la sustancia del dogma y a los preceptos de la Iglesia. Al mismo tiempo que condenaba, con voz de trueno, desde el púlpito, por vicios del día, empleaba en el confesonario palabras turbadoras tratando del amor divino, y gastaba indulgencias con las ovejas tímidas. En sus charlas familiares, durante las visitas, no desdeñaba las anécdotas picantes ni los cuentecillos de sociedad, hallándose al corriente del matrimonio próximo, de los negocios de mengano, de las aventuras de perengano. ¡Y cuán suave y sutilmente se deslizaba en las conciencias femeninas, adivinando el olor de las faltas, las sutilezas mundanas de los casos de conciencia, las tentaciones próximas y la manera de resistirlas sin dar escándalos ni traer complicaciones!

Desde su entrada, con reposado y tranquilo continente, al escritorio de Ángel, iba sembrando como un sentimiento de paz desprendido del contraste de su estatura vigorosa con su sonrisa benévola y su andar apacible. Estrechó la mano de Ángel, se dejó caer suavemente en el sofá, y luego, con voz de cobre y sonrisa mundana, expresó la satisfacción que le causaban los resortes muelles. Bien venía un poco de reposo después de esas escaleras modernas que lo dejaban a uno todo cortado. Ángel le escuchaba, como adivinando que su visita pudiera referirse a las cuestiones conyugales. El señor Correa tocó diversos puntos, ligeramente, con voz insinuante y tendiendo los hilos de la confianza mutua con suave maestría, sin pretenderlo. Le habló luego de su tío, el Ilustrísimo señor Heredia, Obispo de Santaria, cuya salud parecía un tanto amenazada por achaques al corazón: era necesario procurarle una vejez tranquila, evitando cuanto pudiera perturbarle, en especial todo género de preocupaciones y golpes morales. Había estado, también, de

visita en casa de doña Benigna Álvarez de Sandoval, y conversado larga y detenidamente con Gabriela, de cuyos labios escuchó la confidencia de los últimos sucesos. Él, como persona de mundo y en virtud de aquello: «más sabe el diablo por viejo que por diablo», conocía de sobra los desacuerdos e historias íntimas ocultas en todos los matrimonios. La tierra es un valle de lágrimas, cosa a la cual no podían acostumbrarse las mujeres; se necesitaba resignación, mucha resignación y fortaleza, pues no hay matrimonio donde no exista alguna falla, las más de las veces imperceptible para el mundo. Era necesario hacer el sacrificio de la resignación por los hijos, tomando en cuenta su porvenir y la situación social tan falsa en que solían quedar con las separaciones de los padres, salvo, por cierto, los casos en que la vida en común se hiciera de todo punto insostenible. Grave, muy grave, le había parecido el caso de Ángel y su aventura de teatro. La voz del clérigo Correa tomaba un acento distinto, más severo, pero con cierto leve matiz de indulgencia mundana. Se encaraba con el joven, exhortándole a una conducta seria; sobre todo condenaba el escándalo, que duplicaba la falta, dándole proporciones enormes. Y así como había tratado de paliar su conducta a los ojos de la joven, para traer la calma, en la visita precedente, ahora creía de su deber hablarle con franqueza un tanto ruda, afearle su conducta, reprobarla y señalarle a tiempo el precipicio. Por felicidad, según creía, se trataba de una de esas aventuras vulgares en las cuales no aparece comprometido el corazón, ni complicación mayor de sentimientos. En tales casos, basta con un poco de buena voluntad y de cordura para componer las cosas. Y consideraba indispensable y urgente, el arreglo entre Gabriela y Ángel, pertenecientes a dos familias tan distinguidas, tradicionalmente religiosas: los Heredia... los Sandoval... El divorcio sería un escándalo enorme, un descrédito para la sociedad santiaguina, pues familias como la suya debían dar siempre buenos ejemplos a las que se encontraban más abajo... El sacerdote insistía en este punto, dilatándose en desenvolvimientos y reflexiones, pues conocía el corazón humano, y sabía que tocaba, con esto, la llaga viva del orgullo de los Heredia.

Por último le habló de los niños... Ángel tuvo un movimiento espontáneo para preguntarle por ellos. El sacerdote volvía a su lenguaje benévolo, buscando las expresiones más insinuantes, las inflexiones de voz que penetraban y removían hasta el fondo del alma del joven. Había visto a los niños; estaban muy monos. Pepito tenía un poco de fiebre, pero ya pasaría..., y al ver la inquietud no disimulada en el rostro del padre, le tomó por ese lado, insistiendo con palabras en que unía el agrado a la unción, la frase cariñosamente compasiva con la melancolía tierna. Esa era precisamente su cuerda. Sus grandes triunfos en el púlpito, a pesar de no ser grande orador, los había obtenido hablando de los niños a las madres. Y repitió ahora esas palabras que fluían a sus labios espontáneamente, convertidas en segunda naturaleza, seleccionando aquello que había traído lágrimas, a raudales, a los ojos de las mujeres: «Piensa que será de ti, cuando los niños se enfermen gravemente, y no puedas estar junto a ellos, si Dios quiera llamarlos..., no podrás recibir el suspiro supremo en que se vuela el alma. El llamado oportuno al médico, el viaje inesperado que trae con una receta la salvación de la vida de tu hijo, no podrás hacerlo. Y los niños, lejos de ti, aprenderán a mirarte con indiferencia, como a extraño, y la familia desaparecerá para siempre, arrebatada por el vendaval. No te quedará, para la vejez, sino soledad y vacío en torno de ti, indiferencia y desprecio más lejos...»

Ángel también lloraba. Estaba dispuesto a todo, comprendía lo grave de su situación. Y se encontraba de tal manera perturbado con los varios golpes recibidos, y era tal la

dislocación de su sistema nervioso, que no atinaba a defenderse, ni a justificarse con las razones que verdaderamente le abonaban, atenuando su conducta. Sólo quería la paz y la vuelta de sus hijos. Olvidaría los choques, los disentimientos, el pasado; por su parte, rompería con la italiana, sin gran sacrificio.

El señor Correa le comunicó, entonces, que Gabriela se encontraba profundamente herida y que, si bien estaba seguro de reducirla, era mujer de carne y hueso, al fin y al cabo. Era menester dar tiempo al tiempo. El creía que lo más oportuno sería la separación momentánea, con cualquier pretexto decoroso. Por ejemplo, ¿qué le costaba emprender un viaje a Europa por algunos meses? La ausencia era gran calmante. Así le daría tiempo a Gabriela de perdonar y de olvidar. A su vuelta reanudarían su existencia, valiéndose de las lecciones del pasado. Quién sabe si no renacería el nido, más tibio y sólido, después de las tempestades. Su voz se llenaba de unción cariñosa al terminar, bajando la voz, con las palabras de su prelado: Pax multa...

Ángel convino en ello, aceptando sus consejos, en todo. Acompañó al sacerdote hasta el vestíbulo, y se dirigió a la calle, resuelto a pedir su pasaje para Europa en la Compañía de Vapores, arreglando sus negocios en el acto.

Serían las cuatro de la tarde cuando se encaminó a la Agencia, dando sus órdenes. Pasó, en seguida, al escritorio de Vanard, sorprendiéndose de hallarlo cerrado a esa hora. No acertaba a comprenderlo. En la esquina se encontró con Javier Aguirre, que llevaba el rostro sin bigote, afeitado a la americana. Hízole bromas, mas el otro le contestó con displicencia, produciéndose, con esto, una reacción en su naturaleza altiva, y cuando se despedía secamente oyó que Javier le hablaba con otra entonación de voz... «¿No sabes la noticia? Me siento abrumado... Acaba de suicidarse el pobre Vanard».

-«¿Vanard?... ¿Vanard?... Imposible...»

-«Lo que oyes...»

Ángel no podía creerlo. Y como estaba acostumbrado a las bromas de Javier, le pareció que se trataba de una burla, mas la fisonomía impresionada de su amigo volvió a desconcertarle. Bien podía ser verdad. Sintió entonces como el frío de la hoja de un cuchillo que le clavase lentamente.

-«El cadáver está en la casa del Círculo de Armas».

Mientras se dirigían a ese pequeño club se acercaron varias personas a preguntarles si era cierta la noticia que ya circulaba por todas partes. Vallejos, más colorado que nunca, con el bigote caído, se aproximó, comentando y ampliando las noticias.

-«¡Pobre Vanard! ¿Quién hubiera creído que hombre tan alegre, y un vividor tan consumado, se fuera a suicidar? Era un buen muchacho, servicial, cariñoso, afable, inteligente... ¿Qué edad tenía?»

Todos ignoraban la edad de Vanard, como uno de los misterios sociales. Martínez Villar, que se acercó al grupo, le calculaba cerca de sesenta, pues había sido cajero del Banco de la Alianza en 1868, es decir, hacía cerca de cuarenta años. ¡Qué bien conservado, era una maravilla! Y todos se condolían de su suerte.

-«Desde hacía días, agregó Vallejos, se le notaba alicaído y triste. Tenía profundas ojeras y se quejaba de insomnios. Don Pancho decía en el Club, con su humor acostumbrado: 'Este chico Vanard me da mala espina..., debe tener algo muy gordo metido adentro... -¿Por qué? -Por que anda mirando al suelo y arrastra los pies'».

Todos se miraban con tristeza; Velarde sacó un paquete de cigarrillos Maryland, encendió uno y exclamó entre dos bocanadas: «Se nos fue el chico...» Era la oración fúnebre de los que con él habían comido alegremente, cenado juntos, solicitado sus empeños y fumado sus cigarros.

Los demás echaron a andar hacia el Círculo de Armas. Martínez Villar contaba los últimos amargos trances del pobre difunto. Se notaba el tren de vida dispendioso que llevaba: frecuentes comidas en el Club, enormes gastos en las elecciones, pues la última de Calbuco pasaba de cuarenta mil pesos, y una manera de vivir que se juzgaba por su consumo de cigarros puros... La cuenta del año anterior subía de mil quinientos pesos. Sus entradas estaban considerablemente disminuidas, y se decía que había hecho malos negocios en Bolsa.

Vanard se quejaba de que un caballero de gran fortuna y posición social le había encargado la compra de papeles que no le había querido recibir al día siguiente, obligándole a liquidarlos de una manera desastrosa para él, con pérdida de varios puntos. Como se trataba de persona pudiente y grandes influencias en los Bancos, el corredor se había quedado callado... Referían otros que Vanard había recibido, para invertirlos convenientemente, unos fondos pertenecientes a la Beneficencia, y que había jugado con ellos en Bolsa, perdiéndolos totalmente... Así, a lo menos, lo indicaba entre líneas el suelto de un diario de la mañana. Sea lo que fuere, lo cierto es que Vanard, durante los días precedentes, había recorrido todos los Bancos, había golpeado a la puerta de sus amigos, de sus correligionarios, encontrándose con negativas redondas, aun de aquellos que le debían dinero. La situación estaba mala... Era un sálvese quien pueda general. Mientras tanto los de la Junta le apretaban, exigiéndole cuenta de los sesenta mil pesos, dándole plazos que habían expirado. Ahora comenzaban a ponerle cara seria; algunos se hacían los desentendidos, para no saludarle, y eso era lo que más profundamente lo hería en su dignidad de hombre. Las preocupaciones le habían agriado el carácter, inclinándole a la bebida, por lo cual no le veían en el Club, sino frente a un vaso de whisky and soda. Ahora solían divisarle, por la calle, con la cabecita de cabellera renegra echada atrás y el ceño fruncido; se quejaba de pasar noches de insomnio y de invencibles tristezas. Sin embargo, en la víspera, estuvo muy alegre en el five-o-clock-tea de Olga Sánchez, embromando a la baronesa de Strinberg, de quien era gran amigo.

Ángel, presa de honda emoción, escuchaba en silencio cuanto se decía, comprendiendo la miseria de una existencia generosa, pisoteada por la fatalidad, arrastrada y envuelta por el torbellino de la vida. Así, conversando, llegaron a la puerta del Círculo, situado en la

Alameda, en el momento en que comenzaban a pasar los coches, iniciada ya la hora del paseo, y desfilaban mujeres elegantes, con los colores de tonalidad violeta de última moda en los vestidos y sombreros de estilo japonés, indiferentes y despreocupadas, en sus papeles de buen tono, sin pensar en el infeliz cuyo cadáver se velaba, en esos momentos, en el Circulo, al caer la tarde radiante de un día de sol.

Los tres penetraron en silencio hasta el último patio. Allí, en una piececita oscura, situada junto a la sala de esgrima y cerca del cuarto del baño, se encontraba tendido, sobre un viejo sofá de reps verde, el cadáver de Justino Vanard. El portero, acurrucado sobre una silla de paja, refirió con voz enronquecida cómo habían pasado las cosas. A las doce llegó Vanard, sentándose en aquella salita a escribir tres cartas que había lacrado y sellado. Estaba pálido, de un color terroso, y muy triste. Y como él diera vueltas por la pieza, le había entregado un billete de cinco pesos para que le fuera a buscar un diario, agregándole: «Guárdate el vuelto...» Era tan rebueno don Justino... A esa hora el Círculo estaba desierto. Al volver, se encontró con el cadáver de don Justino Vanard recostado en el sofá y la mano derecha colgando, con el revólver apretado. Costó no poco trabajo quitárselo. Se había pegado el tiro en la sien derecha, saltando un trozo de masa encefálica al techo; un fragmento, sanguinolento y gelatinoso se había adherido al vidrio de un retrato del Patriarca Matta, colgado encima del sofá. Allí estaba el infeliz Vanard, con la fisonomía impasible y serena, la boca plegada ligeramente por una contracción amarga; todos los rasgos de su fisonomía parecían hechos con cera, en tono amarilloso y luciente en el cual resaltaban las arrugas y las patas de gallo de los ojos. Esas miradas antaño tan vivas y penetrantes, empapadas en malicia, tenían ahora el brillo del vidrio. Su cuerpo se extendía rígido, como si estuviese tallado en madera. Las lágrimas acudían a los ojos de sus amigos al pensar en las congojas que lo llevaron a ese trance desesperado, y vagaban involuntariamente las miradas por aquel cuerpo, como paquete inerte, vestido con negra ropa vieja, rodilleras en los pantalones, los zapatos deformados y los tacos torcidos.

Velarde refirió en voz baja que esa misma mañana, minutos antes de su muerte, Cucho Sánchez, que iba en compañía de Marta Liniers, por la Alameda, se había encontrado con Vanard, quien les había dirigido, sonriendo, el mismo saludo elegante, con todo el brazo estirado al quitarse el sombrero, y la cabeza derecha, el mismo saludo de Pepe Rosales, aprendido del Duque de Morny por los «Flores» durante el Segundo Imperio. Marta Liniers, advirtiéndolo, había contestado con una inclinación de su cuerpo ceñido finamente por el paltó de astracán.

Ángel, sumido en honda tristeza, escuchaba el murmullo de las vanidades mundanas que pasaban zumbando en torno de su alma hundida en las sombras, con la sensación alternada de las futilidades y de las melancolías de la vida.

Sintió cómo que se asfixiaba. Se asomó al patio; allí estaba Martínez Villar, con las manos metidas en los bolsillos, la mirada fija en el suelo, empinándose en las puntas de los pies para dejarse caer lentamente sobre ambos talones. No bien lo vio, díjole con su voz de cobre: «Las Malveo cerraron a ochenta centavos en la segunda rueda de la Bolsa... ¿Qué tal, don Ángel?...»

Tercera parte  
Nostalgia de amor

- I -

Ángel vibraba todo entero al recordar la patria ya lejana, ese cielo de Chile de azul intenso, aquella su naturaleza que tiene algo de las magnificencias tropicales, en sus selvas del sur, de altísimos robles entretejidos de copihues y de helechos, junto con las dulzuras de la zona templada. Cerrando los ojos, a través de las lejanías del recuerdo, creía ver Santiago, sus amigos, los paseos al parque, las comidas de Gage, las torres de los templos, entre las cuales descollaban las de Santo Domingo, todas de piedra, con su admirable carácter colonial y su pátina de añejo dorado del siglo XVIII; parecíale divisar cuerpos gentiles y flexibles de mujer, ojos negros aterciopelados como de andaluzas, el andar que casi no toca el suelo, lleno de gracia, y la fragilidad de porcelana de Sajonia de esas lindas chiquillas de veinte años que parecen objetos de vitrina. Se veía en el Club, a la hora del aperitivo, mientras el bar-man de chaqueta blanca batía en cocteleras de metal la bebida americana de moda, el gin-fish, o el whisky-sawer, mientras circulaba en el corrillo de jóvenes el «cacho» haciendo rodar los dados de marfil sobre el mostrador barnizado de claro. Creía tener en sus manos las cartas de poker, y veía los montones de fichas rojas, amarillas y blancas que iban enflaqueciendo por momentos..., y las terribles sorpresas del Royal-flush y de las cuatro cartas. Y la llegada de los niños, de vuelta del paseo de la tarde al Santa Lucía, con carreritas y besos, contando en su media lengua lo que habían visto y a quienes habían encontrado. El recuerdo de los niños tenía tal fuerza evocadora que llenaba de lágrimas sus ojos... Los quería tanto... Se miraba en ellos, como vulgarmente se decía. Y sus ojos cerrábanse a medias, durante largas horas de travesía, con el libro en las rodillas, el plaid en las piernas y al frente el mar azul, inmenso, ilimitado, brillante, ocultando en sus tranquilidades aparentes el fragor de tempestades futuras. Y mientras los rayos de sol se quebraban, reflejados en las aguas tersas, y el cielo se confundía con ellas por los horizontes lejanos, le invadía una atmósfera de nostalgia, hecha de ensueños y de recuerdos. Su vida, en apariencia tan sencilla, había sido drama rudo y desconocido; la experiencia le enseñaba ahora aquella lección tantas veces leída, sin comprenderla, en el pequeño y viejo libro que conservaba de su madre:

«El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos: mas pasaba aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento del corazón y pesadumbre de la conciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta y la alegre tarde hace triste mañana. Y así todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otro lugar que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra, y los elementos, de los cuales fueron hechas todas las cosas».

Esto le decía la Imitación, el gran libro del menosprecio del mundo.

Si se ponía a mirar, en lo que alcanzaba, por las rendijas de los demás hogares, se quedaba espantado. Por aquí la lucha ruda con la pobreza, para mantener el rango social, con los recursos escasos, salvando las apariencias; más allá el adulterio, unas veces cínico y

descarado, con el amante instalado a la cabecera de la mesa, otras tan oculto que los culpables apenas se saludan en presencia de las gentes; a ese lado, el marido que bebe y golpea a su mujer, más allá el jugador que se pasa las noches de claro en claro, o el calavera que revienta de celos a su desgraciada esposa. Y por fuera todos parecen correctos, las exterioridades se guardan, y la cosa no parece... ¡Y qué decir del puritano con el gaznate ronco de predicar contra la corrupción, recibiendo, a su turno, las más gruesas sumas en los negociados políticos y administrativos!... Todo se disimulaba, se ocultaba, desaparecía a los ojos del público, a quien se engañaba con palabras y con actitudes de comedia. Mas, a lo lejos, iban borrándose rápidamente las impresiones desagradables, y quedaban, tan sólo, recuerdos cariñosos, saudades dulcísimas de la patria ausente y querida ahora más que nunca.

Había partido con el propósito firme de rehacer su vida, creyendo en las omnipotencias de la voluntad, con la profunda convicción de que el espíritu, enteramente libre, hace lo que quiere, sin sujeción a las fatalidades del medio, de la lucha por la existencia y de la selección natural; negándose a reconocerlas, aún después de haber visto su acción terrible dominándole a pesar suyo. Y surcaba los mares alegremente, estirado sobre su silla de lona en la cubierta del gran transatlántico, seguro de sí mismo y de dominar el porvenir, adormecido en los calores del trópico, entornados los ojos para contemplar las claridades luminosas del horizonte lejano.

Otras veces, en tanto que miraba, sin leer, las páginas de una novela francesa, reflexionaba sobre el pasado, asombrándose de verlo todo color de rosa en razón de sus nervios reconfortados por el aire marino y su espíritu ya libre de preocupaciones. Los puertos particularmente le distraían; Río de Janeiro con su bahía espléndida de una vegetación maravillosa, el verde encendido de sus bambúes y de sus palmeras, las frondosidades incomparables de la Tijuca y del Corcovado, su Ruas das Palmeiras, con tanto hermoso palacio entre jardines de ensueño, y la Praia da Gloria, las alturas de Santa Teresa. La vida presentaba nuevos aspectos en esas decoraciones de ópera que hacían pensar en los esplendores de la naturaleza primitiva, recién descubierta por Colón, y aún no profanada por mano de los hombres; se vislumbraban allí las magnificencias de sus bosques, océanos vivos en los cuales el hombre, débil y desamparado, se pierde con la facilidad de un ligero barco en el océano. Las playas de Bahía y de Pernambuco mostraban otros aspectos de la misma grandiosa naturaleza invadida ya por los blancos edificios y las elegantes construcciones modernas que reverberaban bajo el cielo deslumbrador y eternamente azul. Cuba y Puerto Rico desfilaron a sus ojos en la plenitud soberana de su naturaleza tropical. Recordaba, luego, el desembarco en Nueva York, el movimiento que amilanaba y empequeñecía, todo enorme, desbordado, gigantesco, los edificios de veinte pisos, Broodway, las multitudes abrumadoras, Broocklin, los diarios de ochenta páginas, los millones movidos como las arenas del mar. Los edificios colosales, los palacios de mármol de los millonarios en la quinta avenida y el choque, demasiado recio, producido sobre sus nervios por aquel conjunto enorme y abigarrado, ante la rapidez de los trenes sobre los ferrocarriles elevados en el espacio, los edificios desmedidos y las multitudes atropelladas. Hasta perdía la noción de los valores al pagar tres dollars por una hora de coche. Y no sabía qué pensar al escuchar las prédicas al aire libre de la Salvation Army, y al verse detenido por una procesión política desfilando al compás del Star springled banner.

Luego se veía cruzando el Atlántico, en dirección a Europa, lleno de bríos juveniles, animoso y fuerte, seguro de rehacer su vida y su hogar en una nueva primavera. Tendría más paciencia y más fuerza de voluntad para dominar sus nervios con Gabriela; era todo cuestión de mutua condescendencia..., era preciso saber ceder, en ocasiones, como se lo decía el señor Correa. Y se complacía en la disciplina futura de su voluntad, considerándolo ya todo como fácil y allanado.

La suerte debía disponerlo de otro modo. Aún recordaba la impresión profunda y súbita de ese instante en que debía transformarse su existencia. Era la hora en que se ponía el sol. Los pasajeros se agrupaban en la popa, afirmados en las barandillas de hierro pintadas de blanco, cerca de los botes salvavidas, cubiertos de lona. Las fuertes chimeneas del transatlántico arrojaban negro penacho de humo por el cielo. El sol se hundía lentamente, con majestad soberana, en el fondo de las aguas; su disco se ensanchaba, aplastándose, a medida que tocaba el horizonte, convertido en hoguera que hería la vista con su tono violento, y luego desapareció de la superficie de los mares en una grande agonía violeta, anaranjada, rosa, lila, según las súbitas y continuas transformaciones del cielo. Ángel parecía sumido en la contemplación de aquella mañana sintiéndolo con todas las fibras, en un estado de comunión absoluta entre la grave melancolía de su alma y la majestad solemne de aquella hora única del sol perdiéndose en el mar. Y como viese que las amarguras de su pasado y las soledades de su presente se amontonaban al recuerdo, como evocadas por las impresiones de esa hora, experimentó insoportable sensación de angustia y volvió el rostro. Aún recordaba la impresión, tan fuerte que parecía insostenible, al ver a pocos pasos una joven de veinte años, de cuerpo esbelto y lleno, moldeado por traje de punto de Irlanda, todo blanco de lirio, el ancho sombrero de paja caído sobre sus cabellos rubios levemente rizados. Era Gabriela, con algunos años menos, surgiendo nuevamente en su vida, con el talle delgado y flexible que tenía seis años atrás cuando la había conocido; parecía más risueña, las mejillas sonrosadas y llenas, en vez de la ligera flacura producida por contrariedades y desencantos. Diríase que el corte de su barba, algo redonda y voluntariosa, la plegadura especial de su sonrisa, el modo de llevar la cabeza, los cabellos de un rubio rojizo, la silueta, el andar, correspondían a la misma persona, tan absoluta y total parecía la identidad entre las dos mujeres. Pero ésta era Gabriela rejuvenecida, feliz, con las ilusiones arrebatadoras, con todas las promesas de ternura y de ensueño. Ángel se quedó sobrecogido, contemplándola como se contempla una resurrección, pasmado de tamaña semejanza, como perdido en las mismas pupilas acariciadoras pero graves e impenetrables. Y luego, vio formarse en sus labios un pliegue conocido de sus horas de amargura y de ensueño desencantado, de sensibilidad demasiado palpitante. En la finura de las manos, delicadas, de los pies, del talle, del aire tan distinguido, del conjunto, como producto y flor de varias generaciones de aristocracia seleccionada, sintió ese algo que tanto le había conmovido con súbitas palpitations de corazón hacía ya muchos años. Y experimentó sorpresa agradable al sentir, de nuevo, las antiguas palpitations, como si le repitieran que su alma renacía y podía revivir en una resurrección gloriosa y sentimental. La mirada de la joven se hallaba fija en el mar sin que se diera cuenta de la contemplación de que era objeto, y como dejara caer la bolsita inglesa de gamuza, con su monograma de oro, que llevaba en la mano, Ángel se inclinó a recogerla, pasándosela con atento saludo. La joven le dio gracias con una ligera inclinación y la misma sonrisa de Gabriela en tal forma, de tal manera idéntica, que Ángel sintió la evocación emocionante de su pasado. Hablaron dos o tres frases, en inglés, cambiando impresiones sobre el admirable espectáculo que acababan

de presenciar. Supo que la joven era norteamericana. Se dirigía al Havre, de paso a España. Estaba cansada de los esplendores y lujos de la vida moderna; quería la vuelta a la vida sencilla, al amor de la naturaleza, al arte medioeval. Pensaba en visitar Sevilla, Granada, los alcázares, la Alhambra. París y Londres sólo servían para la vida convencional del lujo y de la fortuna. Ella quería, sobre todo, emociones. Su voz, de timbre armonioso, era distinta de la otra, más flexible, más alta, más musical; tenía entonaciones penetrantes que acariciaban el oído. Ángel sentía desprenderse de ella, junto con cierta gravedad de forma, algo ligero y caprichoso que le recordaba a Magda. En ese instante tocaban la campana de prevención, para la hora de comida. Los hombres corrían a ponerse el smoking y a prepararse. Era un hormiguero de gente que hablaba todos los idiomas, predominando, por cierto, el inglés, pronunciado por los americanos con acento nasal y abreviado. Veíase las fisonomías de bigotes afeitados, la elegancia un poco tiesa y dura, la alegría estrepitosa y desenfadada del yankee de pura sangre, en aquel inmenso transatlántico, en el cual parecían haberse agotado las comodidades y atractivos para una rápida navegación entre Nueva York y Europa, desde las salas de juego, en donde tallaban jugadores profesionales, hasta el diario impreso a bordo con las comunicaciones últimas del telégrafo sin hilos. Todo era movimiento, agitación en los unos, lecturas en sus sillas de lona y reposo en los otros. Era un mundo más pequeño, con tipos extravagantes, personajes equívocos, gruesos millonarios, elegantes del último figurín, vividores empedernidos, grandes damas de exquisita distinción, cocotas parisienses de regreso, aventureros, diplomáticos, millonarios aparatosos anhelantes de exhibiciones, turistas y negociantes de varias cataduras, llegados de todos los rincones del mundo, hablando trozos de todos los idiomas.

Y en medio de aquella muchedumbre desconocida, extraña, incoherente, Ángel veía surgir, de una manera inesperada, la imagen de la misma inolvidable Gabriela de antaño, con su mismo perfume de exquisita pureza, su mezcla de gravedad y de simpatía, y aquella indecible fascinación sensual desprendida del contraste de su talle virginal y flexible con la plenitud de sus formas y las entonaciones calurosas de su acento. Hubiera querido prolongar esa conversación a solas con ella, en la claridad crepuscular que sigue a la puesta de sol, con una franqueza extraña entre dos personas que no se conocían, que lo ignoraban todo la una de la otra, autorizadas tan sólo por la libertad de las costumbres norteamericanas.

Era que en la naturaleza de místico incompleto de Ángel, existía el impulso inconsciente del amor que se sublevaba en la nostalgia de sus recuerdos. Veía esa niña, contemplada por primera vez, como impregnada de su propia alma, como saturada de sus antiguas sensaciones, de sus sufrimientos, de sus ternuras, de sus penas y de sus ensueños. El frenesí de imaginación, la intemperancia de los recuerdos lo colocaban en presencia de aquella virgen como delante de una cosa enteramente suya. El deseo y las aspiraciones del amor vivían en su alma en estado latente y surgían, por esa asociación de semejanza física entre la joven americana y Gabriela, en una forma tan violenta y súbita que lo entregaban desarmado, en brazos del azar. Veía, en esa joven, la resurrección de horas fugitivas y encantadoras de un pasado que se presentaba en la imaginación como el Paraíso perdido. Mas luego, de súbito, surgía el terror de ser rechazado violentamente, con lo cual sentía un malestar agudo que no se explicaba cómo hubiera podido surgir en tan corto espacio. Su sensibilidad se hallaba excitada en lo más vivo, y habían bastado para eso las melancolías evocadas por una puesta de sol, lejos de los suyos, en el mar, y el paso de una joven, acaso

con aire indiferente, por el escenario estrecho de su vida, y una semejanza que hería en lo íntimo la sensibilidad de sus recuerdos. Era, por naturaleza, un enamorado de la pasión, del amor más que de las mujeres.

Un señor de aspecto extraño vino a interrumpir su diálogo. La joven se lo presentó: «Mr. Astor-Lee, mi padre...» Ángel, a su turno, declinó su nombre, cambiando con el caballero un shake hand vigoroso. Era, como luego lo supo, uno de los príncipes de las finanzas americanas, de la raza de hombres acostumbrados a manejar los millones a puñados, entre los dedos, en las múltiples combinaciones de los trust ferrocarrileros o alimenticios, en combinaciones gigantescas mediante las cuales se monopoliza, en un momento dado, el trigo, el arroz, el azúcar de un país, la mayoría de las acciones de un ferrocarril o de una mina. Persona de aspecto demacrado, las espaldas hundidas, el color plomizo y en el rostro las huellas de un esfuerzo continuo, mostraba el cansancio de un trabajo abrumador, de una tensión permanente del espíritu siguiendo el movimiento bursátil de los diversos mercados de la Unión, y de la multiplicidad de negocios emprendidos. El cuerpo delgado, los labios apretados por una contracción amarga, los ojos sin brillo y como vagabundos, tenía las apariencias distraídas del tipo que los americanos denominan absent minded. Desgreñado en el vestir, con el gorro de viaje echado atrás, la corbata negligentemente anudada, nadie hubiera dicho, al verle, que se hallaba en presencia de uno de los más audaces y desatentados manejadores de millones, ni cuanto esfuerzo de energía sobrehumana acumulaba en su vida aquel hombre de tan insignificante y descuidada traza.

Media hora más tarde, en los momentos en que la orquesta, vivamente dirigida, empezaba los compases del vals Viuda Alegre, al entrar al comedor central, recibió una tarjeta de Mr. Astor-Lee, respetuosamente entregada por el steward. Invitábale a su mesa, en donde le colocaron al lado de Mistress Astor-Lee, a quien fue presentado, y frente a su hija Nelly que acababa de conocer en el puente. Y mientras servían la espléndida comida de los grandes transatlánticos americanos a una considerable concurrencia, en la mesa selecta, en la del capitán, a la cual todos se sentaban vestidos de semi-etiqueta, los hombres de smoking y las señoras de escote redondo, se encontró Ángel de repente en animada y familiar charla con una familia norteamericana para él totalmente desconocida una hora antes.

Aquel Mr. Lee, de rostro en apariencia adolorido, con la misma expresión desapegada de todo, comía con trabajo unas tostadas de pan y un ala de pollo, su alimento único de dispéptico, acompañado de aguas minerales. Mientras las damas americanas bebían champagne extra-dry, hablando en alta voz y riéndose a carcajadas, cubiertas de brillantes y encajes, como si estuvieran en New York bajo una reverberación de luz eléctrica que desprendía destellos de sus joyas, la orquesta entonaba una marcha de Souza, el músico favorito del pueblo americano, el autor de un célebre cake walk y de un famoso tow-steps. Las notas subían cortantes, alegres, en un ritmo violento como dando el compás a ese mundo cosmopolita, de fondo netamente americano, en el cual se encontraba sumido de imprevisto Ángel Heredia. Después de conversar unas cuantas frases de cortesía con Mistress Astor-Lee, el joven se vio llamado por una ligera seña de su hija Nelly que le dirigía la palabra. Mientras la contemplaba, sentía renacer en su memoria el recuerdo de la otra, de Gabriela, tal como la había conocido años atrás, en aquella inolvidable primavera tantas veces evocada entre suspiros; y acudían a su memoria mil reminiscencias de

insignificantes detalles ya olvidados, de palabras perdidas, de cosas muertas. Creía en la resurrección de su pasado, pero más fresco, más primaveral aun, más alegre, como galvanizado por el compás violento de la música de Souza y la alegría estrepitosa de aquel nuevo mundo. Parecía, de buena fe, que el encuentro con aquella joven, y su milagrosa semejanza con Gabriela, venían a servirle de suave transición a su vida nueva de hogar, a la reconstrucción de su nido que brotaba como el ave fénix de las propias cenizas. Ni la sombra de un reproche se formulaba a sí mismo en aquella simpatía súbita, brotada al calor de sus recuerdos y que no valía, según se dijo, sino en cuanto vale el retrato por parecerse a la imagen verdadera y natural. Nelly, entre tanto, le hablaba con graciosa desenvoltura: «¿Sabe Ud. por qué se encuentra sentado en ese asiento? Apostaría que no. Ni adivinaría Ud. por qué yo le dije a papá que le enviara una tarjeta, invitándole. Tenía deseos de conocerle y de presentarle a mi amiga Maud Alisson, que está loca de entusiasmo por Ud. Le ha proclamado el hombre más buen mozo del mundo. Para nosotros los americanos todo debe ser grande y mundial. Estábamos juntas cuando Ud. llegó al barco y apenas le hubo visto, cuando hicimos una apuesta considerable: cada una de nosotras ha escrito su biografía de Ud., sin conocerle, ni saber su nombre. En la de Maud Ud. figura como tenor italiano enamorado de una princesa alemana, con quien desea casarse, pero como existen razones de política, el matrimonio se ha roto y Ud. viaja desesperado para distraerse. Luego la leerá Ud. y verá que es bastante divertida. En mi escrito Ud. aparece como un Marqués español a quien le suceden numerosas aventuras; Ud. viaja para olvidar unos pesares, después de haber muerto a su rival en duelo...» Nelly se echaba a reír, sin más, con una carcajada cristalina que le recordaba la risa de Magda. Y el joven se puso a meditar en los extraños misterios que permiten reproducirse, a inmensas distancias, los rasgos finísimos de dos mujeres, hasta sus gestos, y sus risas, causando la ilusión completa de la casi identidad.

Eran deliciosas las noches de a bordo. Paseábanse, después de comer, sobre cubierta, se bailaba, enseguida. Hasta hubo un concierto a beneficio del «Asilo de Marineros» en el cual cantó el tenor de Reské, la romanza de Fausto con esa emoción intensa y el arte que le han hecho célebre.

Ángel había penetrado en la intimidad de la familia Astor-Lee, durante la vida estrecha de la navegación, y poco a poco, insensiblemente, se había saturado de aquel refinamiento de lujo, de la violenta exhibición de joyas, de encajes y de sedas, de aquel poder de los millones jamás sospechado en otras partes, ni manifestado en esa forma. Las sombrillas con mango de oro e incrustaciones de zafiros y rubíes; la marquesa de brillantes que llevaba al dedo Nelly; el cinturón con grande hebilla de oro mate con perlas enormes; sus vestidos de punto de Irlanda, ostentaban un lujo continuo y sin tasa, el desdén del dinero, la apoteosis permanente de los caprichos femeninos. Y mientras más la veía, más notaba que era el capricho la esencia del alma de aquella mujer rica en fantasía.

- II -

Las compañías de campo despiertan en poco tiempo, acaso en horas, una intimidad desconocida en la vida de ciudades, donde el contacto es más lejano y difícil. Lo propio

suele pasar con la existencia en común de los vapores, en donde el ocio forzado, el espacio reducido, la curiosidad natural, el tedio, aproximan a los viajeros unos de otros. A las pocas horas se había formado ya un grupo en el cual se practicaba en toda su extensión el flirt. Allí estaba Maud, una graciosa y linda americana, con Mr. Stevens Hill, y Nelly, con otras muchachas y otros jóvenes. Cada pareja buscaba su rincón en la cubierta, o se paseaba por un espacio reducido, en charlas alegres, con el mar ilimitado siempre a la vista, el cielo claro que invenciblemente se funde en el horizonte con la línea de un verde casi desteñido del mar. Reinaba tanta calma que apenas ondulaba, inmóvil casi, enteramente silencioso.

Y mientras paseaban por cubierta, el ritmo de un mismo paso iba estableciendo, entre ellos, nueva comunidad, confirmando la mutua e inevitable atracción de dos temperamentos que se completaban, de dos simpatías recíprocas y naturales. Formaban hermosa pareja, contemplada con envidia por los viejos que habían pasado ya la edad de los amores. Ángel, alto de estatura, de cuerpo musculoso y fuerte, los ojos de negro intenso, llevaba en la pupila un destello brillante, acentuado por la sonrisa enigmática, a veces irónica, nacida de una plegadura natural de su boca. Las cejas tupidas se unían encima de los ojos cargados como de un efluvio eléctrico. Y la pasión, el ardor contenido de su temperamento, expresado involuntariamente en la mirada, contrastaba con su andar lento que tenía mucho de felino, como el del tigre americano, el jaguar de los bosques. Presentíase en aquel dominio de los nervios una voluntad poderosa, que sugestionaba ya por su contacto. ¿Había principiado así el amor de Gabriela, como desarrollo lento de una sugestión recibida? La pareja marchaba con paso decidido, ciñéndose el joven al andar de la muchacha, como si ya comenzara entre ellos la ligadura de dos simpatías. Maud, en los raros momentos en que se hallaban juntas, la embromaba con su nuevo flirt; Nelly apretaba sus labios caprichosos, fruncía el ceño, pero seguía constantemente en conversaciones interminables con Ángel.

Y cuando el joven llegaba a la cubierta sin hallarla, sentía desagrado, irritante vacío. Luego se decía a sí mismo que era aquello el principio de su regeneración y esas emociones la reproducción fiel de las sentidas en otro tiempo con Gabriela. ¿Y por qué no habrían de repetirse cuando la viera, en su hogar restaurado, al iniciar la nueva vida? De vuelta a la patria ya tendría nido, y sabría conservarlo con las experiencias de la vida pasada, pues el joven se creía ya muy sabio y muy experimentado en las cosas de la existencia. Y se dejaba arrastrar de la corriente, en amistad peligrosa, creyendo poder dominarla si llegaba el caso. Era simplemente, para él, amistad amorosa, eterno complacerse en hablar de poesía, en buscar el romance de la existencia, en soñar despierto con amistades puras que ligan a las almas perdurablemente al través de la distancia, sin notar cómo en aquella poesía se ocultaba el deseo, despertado por ráfagas inconscientes de sensualismo. Y si lo dudaba, le hubiera bastado, para convencerse, con pensar en los deliciosos instantes que había pasado contemplando el cuerpo esbelto de Nelly, ceñido por traje de piqué blanco, de estilo trotteur, mientras él, con una novela en la mano, haciéndose que leía, sentado en su silla de lona, la divisaba apoyada en la barandilla, con brazos atrás, alzando el busto en una de esas actitudes que recordaban, por su elegancia natural, las de estatuas griegas. Su retina se fijaba aun en ciertos detalles, en el cinturón de piel de gamuza gris con hebilla de oro, y en su fino calzado blanco, en sus medias de seda calada, igualmente blancas y en ciertos reflejos deliciosos de sus cabellos rubios en la nuca, de un tono más claro y más tierno. El joven había cerrado los ojos a medias, como fingiéndose dormido, para gozar en la imaginación los refinamientos de sensualismo despertados en lo íntimo de su ser por los

recuerdos. Era que surgían besos dados a Gabriela, caricias ya lejanas... Recordaba cierta mañana, en el fundo de don Leonidas, cuando fueron al camino de las quilas, en la quebrada que bajaba del parque al río. Allí había cogido por primera vez entre sus brazos a Gabriela, que temblaba, sin resistir, en el corazón que le palpitaba con tal fuerza que parecía arrancarse, y cuando la había besado en los labios había sentido un desfallecimiento de todo su ser, como si fuera a morir. Ahí, apoyada en la baranda blanca de hierro, estaba la otra Gabriela, de tal manera idéntica en su aspecto, en su porte, en sus movimientos, que era cosa de pasmarse. Hasta la sonrisa grave que asomaba a sus labios recordaba la expresión de la otra con relieve sorprendente. Las memorias de los sentidos, las del pasado, imprimían en el joven la convicción de que se encontraba en presencia de algo suyo, de algo poseído que guardaba su sello.

Nelly buscaba al joven para pasearse con él. Si no le veía, por casualidad, poníase triste, las horas le parecían mortales, todo insípido, le cansaba. No era ya la muchacha locamente alegre que había conocido Maud. Y cuando Ángel se perdió una tarde entera en la mesa de poker, agitado por una conmoción no explicada que le producía cierto malestar nervioso, al pararse de la mesa con gruesas pérdidas, se dirigió lentamente a cubierta. Allí estaba Nelly, que no le había visto venir, sumida en la contemplación del mar, y notó en su mirada tristeza inexplicable, el cansancio de la vida que tanto conocía en las pupilas de la otra y que despertó, a su turno, en el joven, otro amargo estado de alma que creía muerto. En aquella su mera amistad amorosa, iba surgiendo el recuerdo de otros amores y de otras agonías, superponiéndose con una exactitud cruel, para hacerlo revivir también sus horas de agonía con sus horas de amor. ¿Y por qué causa podía sufrir la hermosa muchacha, de inmensa fortuna, en quien se juntaban todas las condiciones para ser dichosa? Ángel no se lo explicaba, al acercarse sonriendo a ella, con un verso de Sully-Prudhomme en los labios: ...Le vase brisé..., la canción del vaso trizado por el cual se filtra gota a gota el agua..., «no lo toquéis, está roto...» Y cuando el joven pensaba en hablarle de su melancolía, notó que el rostro de la muchacha y toda su persona se iluminaban con alegría febril y súbita. Sólo habían andado seis días juntos en aquel vapor, y parecían como viejos amigos, unidos por amistad tierna. Cuando Ángel habló de la separación ya próxima vio anublados los ojos de la joven por tristeza indecible. Iban a separarse, quizá para siempre, en este mundo tan chico en el cual nos perdemos sin embargo. La joven experimentaba ansiedad angustiada, de la cual no acertaba a darse cuenta, creía, presentía en el joven un sentimiento serio y grave, mas, de repente, parecía como que se alejaba de ella, huyendo visiblemente de su compañía, y entre ambos se levantaba un sentimiento de congoja inquieta, cuyas causas ella ignoraba. Era algo pesado, amargo, desesperante, lo que creía leer en los ojos de Ángel, como cuando ella no alcanzaba a darse cuenta exacta y precisa de un drama desconocido que sentía aletear en la atmósfera. ¿Por qué se alejaba el joven de repente, sin motivo alguno? ¿Qué significaba esa expresión de cansancio profundo, el tedium vitae, notado por ella en ciertas expresiones fugitivas de su rostro, sorprendidas al pasar, y que él se esforzaba en disimular tras de unas sonrisas, como viajeros importunos a quienes se cierra la puerta? El joven debía sentir, en los efluvios de la mirada, en los estremecimientos nerviosos del contacto leve, cómo se deslizaba entre ambos la sensación tibia de ternura alternada con ondas quemantes de pasión. Esas mismas tristezas súbitas, esos silencios impensados, ¿qué eran sino expresiones del amor que pasa batiendo las alas? Entre tanto él comenzaba a interrogarse inquietamente a sí mismo. ¿Quiero a Nelly? ¿Acaso una pasión imperdonable viene a confundir en mi corazón los recuerdos sensuales, los besos

inolvidables de mis amores de antaño, haciendo una sola imagen de dos mujeres distintas? Por una asociación complicada de recuerdos y de sensaciones, sentía los detalles de sus amores de otro tiempo surgiendo unidos al acre y violento deseo de experimentarlos todavía, en las irradiaciones de aquella juventud que le ofrecía inconscientemente en la mirada el calor de sus besos. Y se sentía rodar por un abismo sin fondo, sobre una pradera cubierta de flores. Recordaba entonces las leyendas eslavas de la deliciosa y fresca región, al centro de los bosques, todo cubierto de nenúfares y de plantas hermosísimas y perfumadas que solicitan al viajero a cogerlas y a descansar en medio de ellas; mas luego el caballo y el jinete se hunden lentamente y no existe poder humano que llegue a salvarlos. Así, por un extremo de inconsciencia, él se sumía lentamente en las fascinaciones de aquel amor que súbitamente surgía ante sus ojos, cada vez con claridad creciente. Y mientras se dejaba llevar del atractivo de las conversaciones tiernas, y mientras se perdía en los dulces abismos de miradas, creía poder interrumpir, de súbito, el idilio involuntariamente comenzado, cuando más intensamente se sumía en él. Pero trataba de luchar, sin comprender cómo en tan breve espacio el veneno moral le hubiera penetrado todo entero, con el engaño que a sí mismo se hacía de resucitar en su alma el amor a Gabriela, al través de la imagen de Nelly. Combatía consigo mismo, sublevábase, alejándose de la joven, evitándola. Pero entonces era ella quien experimentaba la inquieta ansiedad de continuar la romanza interrumpida, sintiendo en su alma la impresión desesperante, de escozor intolerable, de una melodía que se corta, de nombre escapado de la memoria cuando lo necesitamos con urgencia, de sonata de Beethoven, interrumpida por el ejecutante en el momento mismo en que nuestra alma comenzaba la comunión del sentimiento. Luego, con su iniciativa de raza, la joven solía buscarle hasta en la sala de juego. Y mientras ella, valientemente, arrojaba sobre el tapete del baccarat un puñado de oro, Ángel se veía ya vencido, en un desfallecimiento de la voluntad ante aquella joven tan hermosa y frágil, a la cual daba un atractivo extraño de gracia la pasión del juego y el completo dominio de su propia persona.

Salieron juntos a cubierta, en noche plácida, con el cielo tachonado de estrellas fulgurantes que titilaba en la sombra tibia. Ángel sentía cómo la ola le envolvía y le arrastraba a pesar suyo; aquella muchacha que debía ser simplemente una nostalgia de amor, una evocación de recuerdos, regeneradora de su vida, le sacudía en un súbito y angustiado sentimiento de deseo, en una sensación de vida rota, de cosas imposibles, de flores marchitas, de puñados de lirios destinados a ser cogidos por otro. Acudían a sus labios las frases ardientes de amor, y se desvanecían en suspiros, con la conciencia de que no tenía derecho a pronunciarlas, de que en ese momento cometería un crimen irreparable y acaso inútil, ya que todo le separaba de esa joven: matrimonio, familia, pasado.

Entonces, comprendiendo, aunque tarde, el peligro inmenso, hubiera querido huir, poner países y mares de por medio; mas pensaba de igual modo, que de todas maneras desaparecería la esperanza de reconstrucciones del hogar; presentía que iba a hundirse no ya en melancolías de soledad, sino en angustia lacerante y sin remedio. Pero todo lo borraba una palabra temblorosa de Nelly, al calor tibio de su cuerpo tan próximo, su aroma suavísimo de esencia de White-Rose, desprendido del traje a cada movimiento, y hasta los mismos elegantes y suaves gestos, sencillos y armoniosos a la vez. No habían pronunciado hasta entonces una sola palabra de amor; pero la franqueza honrada de Ángel se confesaba, sin subterfugios, su responsabilidad moral completa. No era indispensable promesa, ni

confesión de amor, para establecer entre ellos esa comunidad de alma nacida porque él la permitía, porque él la solicitaba con todas sus fuerzas; la responsabilidad comienza por el hecho de haber despertado conscientemente en un corazón de mujer sentimientos de amor, por haber creado en ella la vida de ensueño, la realidad de ilusiones y esperanzas. De aquí la lucha entre los dictados de su conciencia y el impulso casi incontenible de los sentidos, en un temperamento poderosamente sensual, mareado por lenta absorción de fluidos femeninos. Nelly no podía resignarse a la separación ya próxima; sus lágrimas corrían a raudales, despertando, en Ángel, junto con remordimientos, excusa para proseguir en aquel camino de peligrosa culpable seducción. «¿Con qué objeto acabar ahora esta dulce romanza de mi vida, haciendo sufrir a una criatura inocente, cuando entregándose al tiempo todo concluirá de un modo natural y sin sacudidas dolorosas? Verá otros paisajes, nuevos espectáculos mundanos, París, Londres, con sus maravillas y su lujo le harán olvidarse del rápido y fugitivo episodio». Con estas y otras excusas semejantes adormecía su conciencia a manera de narcótico moral y se dejaba rodar por la pendiente suave que empujó en sus brazos a la joven, en la oscuridad de la toldilla, y le hizo buscar con sus labios ardientes las mejillas frescas y perfumadas de Nelly que temblaba toda entera, estremecida. Y ese temblar pudoroso le producía al joven una sensación exquisita de pureza que halagaba su vanidad de hombre y sorprendía deliciosamente sus sentidos de vividor gastado. Era tan fuerte la palpitación del corazón de Nelly que Ángel casi lo sentía vibrar dentro de su propio pecho. Junto con besos locos, palabras entrecortadas, lágrimas silenciosas, vinieron las promesas de eterno cariño, de ilimitada pasión. Se verían pronto, y dentro de un mes, cualquiera que fuese la suerte; aun cuando los negocios de su padre le retuviesen en Liverpool, se encontrarían en alguna parte solitaria y nueva para ellos. ¿Dónde? Se habló, de repente, de Granada, recibida con júbilo por Nelly. Tenía vivos deseos de visitar España; la región de Andalucía, el reino de los antiguos moros la llamaba con sus imágenes de leyenda, sus palacios y jardines árabes, la honda fantasía que hablaba a su espíritu romántico historias de caballerías. A fines de febrero, cuando los viajeros abandonan esos parajes, llegarían ellos a visitarlos juntos, en la exquisita comunión de dos almas que sienten unidas la belleza de los grandes espectáculos y las delicadezas de las obras de arte. Luego, la promesa mutua les tranquilizó por completo y en su alma se fue deslizando la quietud suprema de la noche en el eterno palpitar de tantas y tantas estrellas lejanas.

- III -

Al día siguiente, cuando el tren expreso le conducía velozmente hacia París, reclinado junto al vidrio de la ventanilla, sintió Ángel sobre su conciencia la reacción que venía, el acre malestar moral que le indicaba las perturbaciones malsanas de una mala obra. Mientras desfilaban confusamente los paisajes a su vista, los campanarios rústicos y los villorrios, sentía crecer el remordimiento de las malas acciones y, por un fenómeno moral de que no acertaba a darse cuenta, quiso echar sobre Nelly esa misma responsabilidad que le abrumaba, con lo cual, por un momento, casi le parecía odiosa esa imagen adorada. Mas luego acudían a puñados los recuerdos de los breves días levemente marcados con sello de amor sensual. Ángel notaba el calor que la certidumbre de ser amado infundía en todo su ser, renovando su vitalidad y llenándole de alegría con la sorpresa de sentir nuevamente,

ahora, la misma intensidad juvenil de sus primeros años. Luego, por un movimiento de su ser impulsivo, no pudo resistir al deseo de abrir el *necessaire* en el cual llevaba, junto con el retrato de Nelly, uno de sus guantes de cabritilla blanca en el cual se mantenía todavía la forma de sus dedos y la conformación deliciosa de su mano larga y fina. Lo besó, sintiendo el olor delicado y fresco de su tierno cutis y, junto con esto, evocación tan poderosa y fuerte que cerrando los ojos veía las líneas de su cuerpo esbelto y alto, con una morbidez perturbadora. Luego reaccionaba sobre sí mismo y sentía la odiosa angustia de una situación desesperante. No podía casarse con Nelly ¿Y si ella o su familia llegaban a saber su verdadera situación, su matrimonio, algo de su vida? Ángel se estremecía figurándose la mirada de desprecio de aquella mujer apenas conocida y adorada, porque para él representaba el resurgimiento de toda su primavera.

Entonces resolvió, angustiosamente, no volver a verla, distraerse, enloquecerse, embriagarse, arrojarse al torbellino. La llegada de Ángel produjo un verdadero escándalo en la colonia americana. Noche a noche se exhibía en los pequeños teatros del Boulevard en compañía de las mundanas más estrepitosamente conocidas, ostentándose con cinismo y desdén del qué dirán tales que dejaban espantados a sus compatriotas. Dio comidas a sus amigos, en compañía de «horizontales», en el Restaurant de la Cascade, en el de Bignon y en otras tabernas de moda, con adornos de orquídeas y fuentes luminosas. No dejó escándalo por dar, ni barbaridad por cometer, buscando, en vano, una sensación de alivio que no hallaba, de olvido que no venía. Y a medida que con más ardor trataba de aturdirse, iba sintiendo más profundamente adherida a las intimidades de su alma la imagen de aquella joven de belleza y de elegancia rara, y cómo surgía dejando en la sombra todos los placeres sensuales de París con el perfume de su casta idealidad amorosa. Estaba lejos de ella, y la distancia había resultado ineficaz; se había sumido en el libertinaje, y la embriaguez de aquellos instantes le hacía experimentar como una sed de pureza ingenua y graciosa, perversamente realzada por la libertad aparente y desenfadada de sus maneras de americana.

Al cabo de dos meses de vida de alegría forzada, seguida de accesos de melancolía íntima, Ángel vio claro la imposibilidad de renunciar a la resurrección de las horas más felices de su pasado, de sus ensueños de amor, de las delicadezas y refinamientos sensuales, desesperadamente adheridos a la piel de sus recuerdos y que surgían, como una visión sobrecogedora, nuevamente, después de algunos años de lucha y de agotamiento moral, de desengaños y horribles desencantos de vida. En el instante en que tocaba a la edad de las grandes abdicaciones y de los cansancios definitivos, surgía Nelly -otra Gabriela más joven, más fresca; todavía más fascinadora, pero con una identidad de físico tan sobrecogedora que resucitaba por sí sola el pasado en toda su amplitud de recuerdos y deseos. ¿Y por qué huiría de ella? ¿Por qué se alejaría para siempre? ¿Por qué? ¿Era acaso por ese principio de respeto al orden religioso que veneraba en su conciencia de católico? Ah, no; Dios era demasiado bueno para negar su indulgencia a las fragilidades de los hombres que habían luchado con su conciencia y se sentían vencidos de las tentaciones. ¿Sería el respeto del mundo, el temor de que supiesen allá lejos, en Chile, su historia, deshaciéndose toda esperanza de reconstrucción de su hogar con sus hijos? Por extraña aberración humana, el mismo sentimiento que le hizo buscar, en Nelly, regeneración propia, en el resurgir de la imagen de Gabriela y de todo su pasado, le hacía nuevamente odioso hasta el recuerdo de Gabriela, y los sentimientos de familia llegaron a serle una carga que deseaba arrojar lejos

de sí. Surgió luego, en su interior, la idea de que la joven podía haberse encaminado a Granada; veíala espantada, sola, desesperada, mientras él, en París, se agotaba en orgías con el alma desbordada de amor, de irresistible amor a ella que también le amaba. ¿Por qué la haría sufrir tan estéril, tan inútilmente, cuando la vida le ofrecía tantas horas felices, cuando su corazón palpitaba con esa irresistible savia de juventud? Y comenzaba entonces a tirar por la borda el bagaje insoportable de sus remordimientos, de sus preocupaciones y de sus temores. Una inquietud le abrazaba en irresistibles deseos de partir, de caer en brazos de ella... Y que la vida trajera, por sí sola, la última palabra, la solución trágica o alegre de este problema. Entonces, por primera vez, sintió la fuerza dolorosa de una sombra que se interponía entre su felicidad y él -esa sombra era Gabriela.

Surgieron evocados, impensadamente, los recuerdos amargos de seis años de matrimonio con sus desencantos sucesivos, pequeños alfilerazos, desinteligencias, escenas, heridas de vanidad, la horrible soledad de dos almas que ya no se comprenden y que viven juntas, y luego aquella insoportable unión de dos seres que se contemplan al través de una mesa común, sin tener nada que decirse, en el hielo de una desinteligencia absoluta. Aquel horrible andar..., andar..., alejándose cada vez más el uno del otro. De tal manera se mostraba la visión cruel y desapiadada que se interponía entre la felicidad y él; esa era la sombra que surgía, desde lejos, amenazadora. Sintió una especie de complacencia amarga en evocar recuerdos, tan duros y punzantes, de la vida conyugal. Caras agrias, incidentes desapacibles revivían ante sus ojos. Hasta detalles insignificantes, ciertos vestidos, una opinión antipática de Gabriela, resaltaban ahora ante sus ojos quizá con un relieve que nunca tuvieron. Sentimientos enervados y odiosos se adueñaban de su alma, sacudiéndole en una corriente de revuelta en contra de esa vida que había sido tan amarga y ante la absoluta imposibilidad de ponerle término. Era matrimonio indisoluble, condenación a cadena perpetua de dos seres que ya jamás vibrarían al unísono. ¿Existía, en verdad, el derecho de impedirle ser feliz en otra mujer que le amara de corazón y con quien se armonizara en absoluto? ¿Podría castigarse con el infierno en vida el error o la ligereza de un momento? Ángel sentía la sublevación desesperada de todo su ser en contra de tales violencias; particularmente ahora, que era amado, sentía la opresión terrible del sistema social impuesto por las costumbres, por las creencias y por las leyes de su propio país. Un oleaje de amargura le sacudía todo entero. ¿Fue entonces o fue más tarde, cuando por primera vez acudió a su mente la idea maldita, repudiada en el acto, con indignación, por su alma? Parecíale que todo se arreglaría si Gabriela muriese, y experimentó complacencia culpable ante la sola perspectiva de ver desaparecer a la madre de sus hijos. Rechazó luego esa idea, como tentación infernal, mas, en repetidas ocasiones, se sorprendió a sí mismo complaciéndose en ella...

Pero una reacción de su ser moral le hacía reprocharse el mal deseo, afeándose como tentación de los infiernos. A su alma saturada de creencias católicas desde la infancia, acudían las oraciones enseñadas por su madre en contra de las seducciones del «maldito», y lloraba de sentirse tan depravado, tan poseído de aspiraciones culpables. Hacía, entre sí, juramentos de alejarse de Nelly, de considerar ese episodio como página incidental de su vida, apartándose para siempre de ella, como si eso dependiera de su propia y exclusiva voluntad.

Tenía la locura de creer que podía renunciar a la felicidad, entrevista y acariciada por la imaginación en Nelly -esa otra Gabriela radiante de ilusión, de belleza y de gracia- encontrada en el momento de transición en que le abandonaba la frescura de la primera juventud y comenzaban a imponer su gravísimo peso las desilusiones de la existencia y las abdicaciones definitivas. Después de haber contemplado, en su alma angustiada, la caída de las hojas, creía poder desechar esta nueva primavera tan espontáneamente ofrecida, apartar de sus labios las tentaciones del beso, borrar de su memoria esa imagen turbadora y deliciosa, desviar de sus sentidos las memorias castamente voluptuosas de la otra Gabriela que acudían, en tropel, tomando las formas esbeltas y mórbidas de Nelly. ¿Y por qué ahogaría esos deseos? ¿Por qué? ¿En obediencia a una ley moral, rígida y dura, inflexible y marmórea? Dios es tan bueno..., comprende las miserias de los hombres y sabe perdonarlas. Luego las fragilidades mismas de la naturaleza humana le ofrecían una excusa anticipada en su caída, tan perdonable, desde que en su conciencia solo existían sentimientos y no hechos culpables. Sentía que ella lo llamaba, que lo esperaba lejos, en el apartado retiro de la ciudad española.

- IV -

Era ya entrada la noche cuando el prolongado y melancólico rumor de la sirena, repercutiendo en los valles de Granada, anunciaba la llegada del tren correo. Un joven alto, delgado, de hermoso porte, arrojaba a un mozo de cordel su maleta-necessaire de cuero de cocodrilo, su caja de sombreros y los atados de mantas inglesas y bastones. Frío sutil calaba los huesos en aquella noche de febrero, con el cielo cubierto de manchas de tinta que ocultaban por completo la luna. Por el modo febril con que pasaba su equipaje, se notaba como desequilibrio nervioso en su temperamento. Dio al cochero la dirección del «Hotel Siete Suelos», y se lanzó en el vehículo destartado, que hacía crujir sus ejes, cruzando calles estrechas y negras, por plazoletas desiertas, a través de la ciudad alumbrada a medias como en dramas de capa y espada. Todo estaba desierto y silencioso. Así llegaron al pie de gigantesca masa oscura; tras de recorrer callejuelas empinadas como cuestas, detuviéronse al pie de enorme puerta, a medias iluminada por la luz del reverbero que dejaba en la sombra, diseñado apenas, un bosque tupido que a esas horas, y en circunstancias semejantes, parecía ilimitado y fantástico, digna morada de Aladino, de «Barba Azul» o de «La Bella durmiente del Bosque».

El cochero se volvió y le dijo: «Estamos en el recinto de la Alhambra».

Azotó los caballos en seguida, y, lentamente, comenzaron la ascensión de pendiente rápida, como avenida de montaña, entre árboles inmensos que se dilataban en la sombra con perspectivas indefinidas e ilimitadas, por obra de la imaginación y de la noche. Su imaginación se complacía en aquellas perspectivas insondables de misterio. La sensación física, tan aguda, correspondía, en él, a un sentimiento moral latente, a un estado de su alma, anhelante, así mismo, consumida por el deseo, ansiosa de reanudar el idilio de su amor naciente, llena de temor de verlo interrumpido y desbaratado por una palabra, por la más leve indiscreción de cualquier compatriota suyo. Junto con esto despuntaba el escozor

del remordimiento, en el misterio complejo de su alma. Nunca tales sensaciones de bosque, de noche, de soledad, le produjeron impresión parecida, ni completaron de modo tan absoluto su ser interior.

Luego, llegado al Hotel de «Siete Suelos», se notó a sí mismo una voz rara, emocionada, enronquecida, al preguntar al camarero, con la garganta seca, si había llegado Mistress Astor-Lee, en compañía de su hija. Y como el mozo le contestara con negativa, comenzó a latirle desesperadamente el corazón dentro del pecho. Pidió un cuarto, se arrojó vestido sobre el lecho, y comenzó a sentir opresión insoportable, angustia que le atenaceaba, como si la sombra hubiera invadido por completo su alma. ¡Ah!, le parecía que nunca más vería a Nelly. De seguro que alguien, quizás un compatriota suyo, habría referido a la joven la historia de Ángel Heredia. Cómo envidiaba a los seres desconocidos y anónimos a quienes hasta entonces había mirado en menos, desesperándose de pertenecer a una de esas familias que viven siempre expuestas a la expectación pública, sometidas al lente de la chismografía y de la maledicencia ajenas en una especie de vida pública, sin intimidades propias, ni el derecho de vivir para sí, en la reserva del hogar. Alguien, sin duda, le había denunciado, por el puro gusto de hacer el mal por el mal. El rubor subía involuntariamente a sus mejillas, como si realmente se hallase en presencia de la mirada acusadora de la madre, y sentía el sobresalto peculiar de las situaciones falsas, la angustia de la mina que puede reventar de un momento a otro, el desprecio de Nelly, el fin de su ensueño de amor. Y todo eso le parecía tan insoportable, que precisamente por la intensidad de aquel desgarramiento interior, se daba cuenta de cuán hondas eran las raíces de su sentimiento de amor a Nelly. Se asfixiaba materialmente: abrió las ventanas y apagó las luces para sentir sobre su frente abrasada, el frío de la noche, envuelto en la sombra, con doble sensación, calmante para sus nervios.

Despertó al día siguiente con las claridades de una mañana primaveral, sintiendo canto de pájaros en la floresta y rumor de abejas zumbando en la tranquilidad apacible de la atmósfera. La masa verde se alzaba frente a sus balcones; los árboles extendían sus ramajes hasta por sobre el techo del Hotel, dejando apenas leves claros que permitían ver trozos de cielo azul de tono intenso. La mañana era apacible; una brisa ligera sacudía levemente las hojas de los árboles -que por lo fuertes, lozanos y magníficos le parecieron dignos de figurar en los bosques de América. Angosta franja de azul marcaba el cielo, diseñado en lo alto de aquellas hermosas gradaciones de verdura. Lo verde tomaba mil formas y matices, desde el intenso verde botella y verde-mar hasta el dorado verdoso de las hojas por donde filtraban, como en línea recta, los rayos del sol. Era una orgía de notas verdes, todas originales, vibrantes y luminosas todas; difundíase por el alma de Ángel, nacida de ellas, plenitud primaveral, expansión de vida inconsciente y desbordada. Luego, escuchó rumores de agua, de arroyos semi-ocultos que suavemente se deslizan como olvidados de sí mismos entre las malezas; junto con esto observaba la humedad de los troncos de aquellos árboles centenarios, los musgos que les tapizan y que luego trepan por ellos. Sentía que su alma se apaciguaba en la naturaleza. Producíale grave recogimiento el murmurar del agua, como si pretendiera servir de acompañamiento y de orquesta a la música de las cigarras, de los grillos, de los mil insectos que pueblan la apacible y dulcísima quietud, que da la suave somnolencia del recinto moro; y sin explicarse el por qué, sintió, de súbito, esa quietud en su alma.

Y mientras tomaba su café, después del paseo matinal, oyó crujido de faldas de seda y un paso ligero y firme que hizo palpar locamente su corazón dentro del pecho. Parecía que el cielo se despejaba, que todo le sonreía, que cantaban gloria en la mágica transformación universal. Ahí, en el dintel del comedor, se dibujaba la delgada silueta de Nelly, vestida primorosamente con traje lila, del corte severo y elegante de Lafernière, sombrero del mismo tono, sombrilla con puño de oro y amatistas y ese aire entre risueño y desenfadado que los artistas americanos suelen dar a sus creaciones. Brillaba en sus ojos una ternura que le removía todo entero, hasta lo más profundo. Ángel se sentía amado, y de los temores excesivos pasó, de golpe, a la más ilimitada confianza. Nelly acababa de llegar, cumpliendo su promesa. La naturaleza entera se transformaba a los ojos de Ángel; la penumbra del bosque, el sol encubierto, la frescura de la mañana producían en su alma una sensación deliciosa de ensueño. Nelly venía de Italia en donde acababa de pasar la temporada. Le habló de una cacería cerca de Roma, a la cual había concurrido en compañía del Cuerpo Diplomático y de unos días de arte en Florencia; pero todo le había parecido triste..., le faltaba algo..., las cosas no tenían vida... Y al pronunciar estas palabras le miraba con profunda intención sentimental. Ángel sentía reanudados esos lazos, por un momento interrumpidos, con más fuerza que nunca, con el desesperado anhelo de aferrarse de aquel amor primaveral que se le ofrecía de modo tan espontáneo. Al estrechar la mano de Nelly, hizo un esfuerzo para desechar toda idea importuna, borrando, por entero, el pasado, ese pasado irrevocable. A su turno, la joven, ocultaba otra preocupación un tanto triste, de manera que en aquel saludo se formó un primer silencio entre sus dos almas, sin que acertaran a comprenderlo, extrañados ambos de ese hecho que constataban. En su interior sentían bullir el amor, pero mezclado de una angustia inquieta, mutuamente presentida, no el amor sano y fuerte que mira desembozadamente al porvenir.

Almorzaron juntos en el comedor del Hotel, acompañados de Mistress Astor-Lee, madre de Nelly, todavía joven, a pesar de sus cincuenta años, y concertaron los programas para su estadía en Granada. Visitarían las iglesias, con sus sillerías talladas, los sepulcros de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel; recorrerían juntos la famosa Vega de Granada, en carruaje, internándose por la campiña, pero, desde luego, la Alhambra.

«Vamos inmediatamente», propuso Nelly. Su madre se excusó; estaba algo cansada. «Entonces iremos nosotros solos», dijo la joven a su amigo, usando las libertades concedidas por las costumbres americanas. Ángel encendió el cigarro, bebió su copita de Kummel, y partieron.

Iban a pie por el ancho camino, rodeado de bosque, bajando por entre los árboles que entrecruzaban en lo alto sus copas en caprichosos arabescos verdes. A lo lejos divisaron la puerta de las Granadas, llamada Bib-Leuxar; a la derecha de ésta la célebre Torre Bermeja, levantada sobre antiguas construcciones fenicias, según explicaba el joven. Allí se han ido amontonando siglos sobre siglos, unas civilizaciones sobre otras, todas ellas distintas y lejanas.

Luego volvieron sobre sus pasos llegando al punto en que el camino de la Alhambra se bifurca en dos: uno que conduce a la Torre de Siete Suelos y el otro al Palacio. Detuviéronse a contemplar la fuente levantada por el Marqués de Mendoza en honor de Carlos V.

Las impresiones producidas por los objetos se van mudando conforme a un estado interior. Así, la Puerta del Juicio, construida en esa vasta plazoleta, por el Rey Árabe Jusuf Afi, muda y solitaria ahora, les hubiera producido acaso profunda impresión en otra circunstancia. Allí dieron sus sentencias los Califas en medio de su pueblo, vestidos con los magníficos atavíos de su corte. Ahora escuchaban ambos con perfecta indiferencia las palabras del guía. Ángel iba pensando en que había creído notar, durante el almuerzo, en la madre de Nelly, una sombra de reserva, algo imperceptible, pero positivo, que le llenaba el alma de una zozobra insoportable, de presentimientos relacionados con sus secretos temores. La joven, a su turno, había traslucido el cansancio nervioso, la melancolía del joven que debiera sentirse radiante, en presencia de la prueba de amor que ella le daba, partiendo de Italia, atravesando los mares, abandonando una existencia brillante de fiesta, para presentarse en aquella ciudad silenciosa, en el día prometido. ¿Por qué estaba así? ¿Qué explicación tenía esa tristeza, precisamente cuando más motivos debiera tener para sentirse alegre?

A sus ojos se ofrecía ahora el arco de ancha torre que afecta la forma de un corazón; en él se marcan la mano y la llave misteriosas y simbólicas de la Justicia del que todo lo puede y del que todo lo alcanza. Ángel se inclinó, sonriendo, para decirle a Nelly: «Ese corazón es más pequeño que el mío...» Una mirada de ternura contestó su frase. Súbitamente les invadía el sentimiento de confianza mutua, apacible soplo desprendido de la naturaleza. Antes de penetrar en la Alhambra extendieron la mirada por el paisaje. La colina parece nido inmenso de verdura que se alza muy suavemente y domina la ciudad, y dilata en todos sentidos sus caseríos blancos, sus vergeles, sus alamedas, las torres de sus iglesias. El cielo de azul intenso, el sol vivísimo, daban el mayor realce posible a esas manchas de irresistible y deslumbradora blancura, a los follajes verdes que forman como abismos de verdura en derredor de la colina.

Y penetraron en la Alhambra. En su estado especial de alma comprendían ambos el Palacio de los Árabes y el espíritu de su pueblo, que no ve los objetos del mundo exterior con claros y determinados contornos, sino envueltos en una niebla luminosa, que desvanece y esfuma las líneas, haciendo que no se sienta el deseo de darles forma consistente. Los árabes muestran más la impresión recibida de la naturaleza y de la vida humana que lo realmente visto, reproduciendo la mancha de color sin la firmeza de los perfiles y de las líneas. Viven hacia adentro, esos espíritus orientales, concentrándose en sí mismos, desdeñando el aparato de la arquitectura y de la calle, por las dichas ocultas del harem, envuelto en misterioso velo, todo interioridades. Ángel y Nelly sentían las fascinaciones de la vida interior, del secreto amoroso. ¡Ah!, vivir eternamente solos, apartados del mundo, en aquellos misterios de verdura y de arte, sintiendo palpitar los corazones juntos, hubiera sido la suprema dicha. Sentían profundamente, como los árabes, ajenos a toda vanidad; se recogían dentro de sus casas y dentro de sus almas, a gozar la suprema dicha que debe ocultarse callada, exclusiva, temerosa de ser descubierta.

El vastísimo patio de los Arrayanes, o del Mezuar, que se despliega de súbito, pasado el estrecho corredor, produjo en Ángel un sentimiento de calma, de plácida quietud, de intimidad callada y apacible, que le refrescaba el espíritu después de las zozobras súbitas y las alarmas que le sorprendían como remordimientos. En el centro, un estanque en forma de

paralelogramo, orlado de arriates, de arrayanes y de mirtos, extiende sus aguas como grandes espejos temblorosos que retratan algo de cielo y algo de verdura; despertando sensaciones de frescor... La arquería morisca mueve y quiebra sus curvas elegantes en torno del patio, como para hacer más apacible y más completa la sensación primera. Despidieron al guía para quedar solos, apoyándose Nelly en el brazo, del joven, en una embriaguez de dulcísima intimidad. ¿Que no era suyo? Sobre esos anchos corredores, debajo de aquellas arquerías debían extenderse los mullidos tapices rojos, celestes, oro y hoja seca, esas combinaciones primorosas y sensuales. Allí sentíanse ellos unidos en comunión profunda y completa de las almas. Nelly se afirmaba toda entera sobre Ángel que desfallecía, en un éxtasis, al contacto semi-tibio de ese cuerpo adorado. ¿Acaso no era suya? Hallábase capaz de todas las locuras, de todas las exaltaciones, hasta del crimen, por aquella mujer de admirable cuerpo, elegantísima, fascinadora, que le sonreía como jamás lo hicieran las sultanas orientales. ¿De qué no sería capaz por ella?

Penetraron a la gran sala de Embajadores. Todo le parecía radiante. Los techos, en que se combinan por maravilloso modo los colores más vivos, en la plenitud de la armonía, como si se tratara de una magnífica orquesta de colores dirigida por maestro genial, avivaban el sentimiento de alegría, de variedad, de novedad constante. Afectaban todo género de formas, desde los encasillados, la media naranja, las estalactitas, gigantescas bóvedas de gruta primitiva decorada con el admirable primor de la naturaleza; aquí, en la sala de Embajadores, mostraban el trabajo finísimo, el relieve de un encaje de Malinas o de puntos de Venecia.

Sintieron, a un tiempo, la comunidad de alma en las mismas impresiones. El interior de la Alhambra parecíales como hecho por la ideal combinación de elegancias de palmera, fragilidades de cristal y sutilezas de encajes superpuestos. Las salas espléndidas, las columnas aéreas como tallos de junco, se comunican por corredores de finas arquerías de labores árabes con jardines, estanques y surtidores arrancados del Oriente. La luz iluminaba, de lo alto, esas fragilidades de verdura y de agua, y penetraba luego por los finísimos bordados de las puertas, saltando por entre los encajes de los arcos de sala en sala, como esos silfos de que hablan las antiguas leyendas, besando los techos mudéjares, los alicatados azules, púrpura, verde mar, grana, violeta pálido; deslizábase por entre oscuros encasillados, y saltaba por las estalactitas que bajan del techo como flecos de cristal iluminados por todos los colores del iris, y por último, salía por el arco de una ventana que parecía primorosamente ejecutado en punto de Alancón. Ángel y su amada se detenían, extasiados, ante las inconcebibles combinaciones del color y de las formas, de luces, gasas, cristales y plumas que el vuelo fantástico de las imaginaciones orientales ha logrado encarnar en aquellas salas y en aquellos jardines.

La ebriedad amorosa iba llenando esos corazones ardientes, sus almas preparadas, para recibir emociones. Ángel se complacía en la gracia elegante de Nelly, al recoger su vestido para subir las múltiples escalinatas, dejando ver su hermoso y largo pie, la fina garganta de su pierna cubierta por media de seda y realzando las líneas virginales de su cuerpo. Al penetrar a la penumbra la sorprendía un beso, y mientras él se desvanecía en la sensación deliciosa de su cutis fresco y perfumado, ella, arrancándose castamente, con ligereza de gacela, aparecía, de súbito, en otro salón: era el de Embajadores. -«Aquí no se ama», díjole, sonriendo, mientras ponía el dedo sobre los labios con un mohín de enojo. «No estamos ya

en la intimida, sino en la sala de recepción, donde han de lucir los tapices más espléndidos de Oriente, las cimitarras y las armaduras damasquinadas, las telas recamadas de oro... Mire -agregó, señalándole con el dedo las inscripciones árabes-: 'Sólo Alah es vencedor'. El techo, elevadísimo, se halla dominado por notas de color oscuro que contribuyen a dar a la sala, rodeada de luminosas habitaciones y jardines, un aspecto severo a la par que imponente, noble así como soberbio.

Por los calados de las ventanas penetraban infinitos rayos de luz. Afuera todo era alegría y vida, con lo cual ganaba la sala en severidad hasta convertirse en imponente. Los jóvenes, la mano cogida de la mano, en contacto dulcísimo, contemplaban las murallas por las cuales se desarrollan mil y mil combinaciones de líneas caprichosas, que se enredan y se desenredan y se entrelazan de todos los modos posibles, siempre redondeadas, siempre impecables en sus diversos movimientos. Incesantemente se leía la divisa de los Califas de Granada: «Sólo Dios es vencedor». Sentimientos de fatalismo invadían el espíritu de Ángel con soberana imposición. Se entregaba, también, como los árabes, en brazos del destino junto con su amada. Se empeñaba en cerrar los ojos al pasado, en crearse libertad ficticia, desprendida de las cadenas de los hombres y de la tiranía de las instituciones sociales, para darse al amor irreductible y triunfal de la naturaleza. ¿Quién podría quitarle a esa joven que sentía suya, en cuerpo y en alma, nada más que al suave contacto de su mano? Sí, la sentía plenamente suya, en la confianza del ser que se entrega de una vez para siempre, nada más que con sentir el contacto de esa mano y la rendición de su mirada, esas vibraciones de la pupila en el ser que se entrega incondicionalmente, apenas con la suave resistencia de la paloma. Era tan hermosa y él se embriagaba tanto en ella...

Nelly se había entregado desde el primer momento, con una mirada, junto a la barandilla blanca del vapor. Recordaba la impresión causada por ese joven de cuerpo robusto y musculoso de atleta conforme al ideal americano, con los cabellos negros ligeramente crespos, el color moreno y una llama rojiza en las pupilas, de nariz ligeramente levantada, de fuerza ruda, de virilidad dominadora, con aire de vencedor, un poco retraído. Y luego, sorprendía en aquella contextura física la elegancia del talle, de los movimientos, de los gestos más insignificantes, de los detalles del traje correcto de un perfecto gentleman. Su pantalón, bien cortado, caía sobre un pie fino; su mano, muy larga, de uñas pulidas y sonrosadas, tenía un sello de aristocracia que se acentuaba con el timbre de su voz, con el ritmo de su paso. Instintivamente, al hacer conjeturas sobre el desconocido, Nelly había dicho a su amiga: «Debe ser un marques...» Había comenzado a pensar en él, convirtiéndole insensiblemente en centro de sus preocupaciones, dejándose envolver por el efluvio de sus miradas que por todas partes la perseguían, desviando inmediatamente en cuanto ella le sorprendía. Esa mirada, de leve tinte despótico y dominante, le causaba un bienestar indecible. Era tan mujer por todas las fibras de su temperamento, y le agradaba tanto la dominación del hombre fuerte que la protegiera, acariciándola y dejándose vencer de su belleza y de su gracia. Luego nunca había sentido tan completamente el efecto casi milagroso de su influencia femenina sobre un hombre. El estremecimiento interior de Ángel no se había escapado a su perspicacia de mujer, y ella pertenecía a esa raza en la cual el ser amado constituye lo más esencial, el punto de partida de su propio amor. Luego el contacto íntimo de la vida a bordo; la tristeza del desconocido; la belleza radiante del alar infinito; las puestas de sol; las noches de luna; todo contribuía a despertar en ella un

sentimiento profundo de amor, removiendo fibras íntimas, nunca hasta entonces tocadas, de la virginidad de su alma.

Recordaba las tristezas súbitas cuando pasaba una tarde sin verle, sentada en su silla de popa, y luego cuando él aparecía, alto y esbelto, ella no desviaba los ojos, inmovilizada por voluntad temible y fuerte, como sintiendo la corriente de una sugestión que la adormecía en dulce desvanecimiento de la propia voluntad.

Ángel se entregaba a las fatalidades de su dicha, con la mirada perdida en aquel paraje denominado el Mirador de la Reina. Allí se asomaban, de tarde en tarde, las cautivas a respirar las brisas que traían los aromas del Generalife, situado a lo lejos. El panorama que a sus ojos se extendía le daba la impresión de su agitada existencia, con mares de verdura, cascadas de árboles que se prolongan a los pies de la Alhambra y que parecen un abismo de verdura, abismo risueño, alegre, singularmente feliz, que atrae como una sonrisa y que hace pensar en esas sirenas que arrastraban a los viajeros al fondo de las aguas. Una congoja le invadía al pensar en que también él se hallaba cautivo, prisionero de unas redes que le impedían ser feliz con Nelly, criatura de pureza, de castidad y de ensueño. Ni por un segundo cruzó por su imaginación la idea de una seducción torpe; comprendía, por otra parte, que ella le habría desterrado para siempre. Una desesperación invencible crispaba los músculos de su cara mientras veía surgir, entre él y la felicidad, la sombra temible, la sombra de Gabriela, del matrimonio, del hogar consagrado, de la ley, de la sociedad. Y en su crisis de amargura se sorprendió deseando la muerte de Gabriela, la supresión del obstáculo. ¿Acaso no era posible que muriese? ¿No solía quejarse, a veces, su mujer, de palpitations violentas de corazón? Podía morirse cualquier día, cuando menos pensado. Y se repetía esos sofismas como para acallar su conciencia que le reprochaba como un crimen lo que hacía con Nelly, pues en el hecho moral, no en el material, estaba lo más grave de una seducción consciente que podía parar en un desastre irreparable, en el día de la verdad, cuando se aclarasen las cosas. Un sentimiento de terror súbito hizo brotar en su frente gotas de sudor helado.

Nelly, invadida por un sopor delicioso y suave, contemplaba el Albaicín que tantas maravillas encerraba en tiempo de los moros. Allí se alzan los huertos, los palacios de verano, los estanques de aguas vivas, los aljibes, las torres mudéjares, los jardines y las habitaciones misteriosas en que vivían los moros vidas eternas de voluptuosidades y de ensueño, en el retiro callado, en el silencio de la ventura discreta. El valle, en toda su magnífica extensión, se desplegaba a su vista. Las manchas oscuras de los cipreses resaltan entre el verde claro de los huertos y la vívida blancura de las habitaciones que, por lo albas, traen consigo una idea de palomas. El blanco es la nota dominante, la nota más típica del Oriente; aquellos contrastes de lo albo y de lo verde, aquellas extrañas y vaporosas irradiaciones de blancura surgen por el desierto y por los valles como si se tratara de un desafío al sol.

Apoyada en el hombro de Ángel, la joven contemplaba el Darro, bajando entre granados y flores en medio de las colinas del Albaicín y de la Alhambra. Desprendíanse, entre las líneas lejanas, encantos misteriosos, adivinados más que percibidos, junto con una sensación de paz que les fue dominando por medio de infiltración lenta. El joven experimentaba el adormecimiento de sus inquietudes en un goce tranquilo del presente, en

la contemplación exquisita de aquella deliciosa creatura que marchaba, junto a él, con el vestido ligeramete arremangado, haciendo crujir la seda de su enagua de encajes, bajo los cuales, como entre espumas, surgía delicadamente su pie. Y cuando ella se inclinaba sobre su hombro para contemplar el paisaje, sentía el roce de sus cabellos rubios y suaves, impregnados en raro perfume. La plena luz la favorecía, exhibiendo en toda su pureza las líneas de su rostro, tan delicadas y tan finas, el óvalo perfecto, la ligera curva de las cejas, esas largas pestañas tras de las cuales tomaban aire de sorpresa ingenua sus ojos. El joven sentía en sí el goce del triunfo al verse amado por aquella creatura, era una sensación de mareo de vanidades.

Penetraron al patio de los leones que les mostraba, de lejos, una perspectiva de cálices invertidos, cortados en plena luz, que iban a rematar en columnas delgadas, sutiles, esbeltas como palmeras, con ligerezas de pluma y levedades de cristal de Baccarat. Las ciento veinte columnas de mármol, dispersadas en artístico y simétrico desorden, de cuatro en cuatro y de tres en tres, multiplicaban sus rayas de blancura, las extienden, prolongan la perspectiva, la arrojan en un desborde, en una mancha de luz, hacia el centro, por la pila, y luego la dejan sumirse misteriosamente por las oscuridades de su fondo. Los jóvenes sentían que la luz les fascinaba, les embriagaba, les sobrecogía intensamente, quizá con el rayo que atravesaba los encajes de sus arcos por la parte superior en forma de múltiples y finísimas agujas; quizá por disposición de las columnas que parecen multiplicadas por la perspectiva: les dominaba el hipnotismo de la luz, la sensación de suavísimo e inexplicable deleite, el goce refinado de la retina de sus ojos hasta diluirse en un ensueño del espíritu.

En el centro del patio se alzaba la pila, de tazas superpuestas, sostenida por leones informes y groseramente esculpidos. Pero la vista de Ángel se encaminaba a las columnas tan esbeltas que casi tenían formas de mujer. A su lado, Nelly, estaba encantadora, con los ojos húmedos y la palpitación leve del ala de su nariz, signo de emociones en ella. Era que todo se acumulaba a un tiempo: sensaciones de arte y emociones de corazón. Atravesaba por las horas supremas de su vida, por momentos que dejan en lo íntimo del ser una huella imborrable. Se sentía feliz. En cambio, el rostro de Ángel, involuntariamente señalaba contracción dolorosa, y cuando llegaron al muro del recinto vastísimo de los jardines de la Alhambra, había tomado su mirada la expresión del que desea formular una pregunta. Era que se acumulaba en su espíritu inquietud tan angustiada que tornaba por hacerse insoportable.

-«No sé si sea susceptibilidad mía, pero he creído notar algo que desearía me explicara», dijo a la joven. Ella palideció levemente, con ansiedad. «Hábleme». -«He creído notar, en su madre cierta frialdad para conmigo...» -«¡Ah! -exclamó Nelly, con la entonación del que no halla palabras para expresar algo-, en Florencia escribieron a mi madre un anónimo... Le decían que me guardase, porque Ud. era casado, y tenía hijos en su patria. Pero..., ¿cómo era posible creer en semejante infamia?... Los anónimos se reciben y se desprecian», agregó con tan firme acento de seguridad y de convicción que Ángel sintió en sus entrañas el frío de un cuchillo.

El instante horrible, la hora temida se acercaba; sus temores se cristalizaban y tomaban cuerpo. ¡Ah!, si Nelly hubiera podido notar, en la penumbra de aquel rincón oscuro, la intensa palidez del joven, la convulsión que le sacudió todo entero por espacio de un

segundo, el esfuerzo desesperado con que dominaba sus nervios, y cómo cada palabra suya producía nueva angustia traducida en las palpitaciones aceleradas de su pulso...

-«Yo no me he dejado conmover ni un instante por esa calumnia», agregó la joven, «pero mi madre..., ha dudado..., perdónela...»

Cada expresión le hería doblemente, por el tono en que había sido pronunciada, con tan ingenua, tan ilimitada fe, y por la conciencia de la terrible, de la fatal condenación expresada en ellas. Si la joven le hubiera recibido fría y duramente; si le hubiera expresado alguna duda irritante, si hubiera provocado una escena de violencia, habría sacado fuerzas para defenderse y mentir. Pero en presencia de aquella naturaleza recta y confiada, de aquella alma entregada toda a él, se sentía humillado, vencido, sin alientos para la inevitable comedia. La sombra de su vida tomaba cuerpo, se solidificaba, se convertía en obstáculo insalvable, entre la felicidad cercana, entre la mujer adorada, refinada, exquisita y el mísero galeote con su cadena atada al pie. Dos lágrimas silenciosas rodaron de sus ojos y cayeron sobre Nelly que le arrojó los brazos al cuello besándole en la frente, en los ojos. Ella jamás lo había creído, jamás. Y por primera vez sus labios se unieron en un beso desesperado, amargo, ardiente e infinitamente dulce, que en Ángel tenía el picante escozor de la culpa y en la joven la deliciosa inocencia de un alma que se entrega... Ella le amaba aún más en el dolor, sentía en sus entrañas de mujer las voluptuosidades de la pena.

Pasada la embriaguez suprema de aquel instante, Ángel sufrió el horror instintivo de sí mismo; se despreciaba, se vilipendiaba. La joven, dentro de su casta exaltación experimentaba la necesidad de luz. Y salieron a los jardines.

Desde allí, ¡qué espectáculo! Abajo, las lomas herbosas de las colinas, los árboles apiñados, ahogados con los misterios de las hojas muertas. El sol cae: la Sierra Nevada, que envuelve la ciudad de Granada en sus festoneadas labores, ostenta sus aristas, sus cumbres y sus agujas encaperuzadas en nieve que se tiñe, suavemente, de rosa pálido, tibio, esfumado en sedas, damasquinado en plata -como la empuñadura de coral de un alfanje. Mézclanse, por el horizonte, el anaranjado, ya violento, ya diluido, que desaparece lentamente para dar paso al iris y al ópalo que crecen y se ensanchan, a la par que los tonos satinados de nácar y rubí. La llama púrpura de un grande incendio se rasga levemente para dar paso al zafiro, convirtiendo esa faja de horizonte en las caprichosas combinaciones de una plancha de ágata. El sol ha desaparecido por completo: ya no garabatean por el agua sus rayos de luz, ni vibran entre las hojas de los árboles, ni reverberan sobre las murallas blancas de esas casas que parecen mezcuitas. La sombra caía: Ángel sintió que la soledad se formaba en su alma, con el tedio de las frivolidades de la vida y el desencanto de los ensueños rotos. Era la conciencia de la corta duración de las alegrías humanas, sin ser suficientemente intensas para borrar las ansiosas inquietudes. La noche caía cuando abandonaron el recinto de la Alhambra. Nelly callaba, pero su sonrisa y las líneas de su cuerpo mostraban una manera tan melancólica y tan fina de expresar la confianza de su amor, de fundirse en él, que Ángel sintió de nuevo el corazón oprimido por la angustia de la sombra creciente.

Cuarta parte  
La sombra

- I -

Los pasajeros agrupados en el puente del vapor «Oravia» contemplaban con anteojos el borde negruzco de la costa chilena, en dirección a Lota. Ansiedad en unos, júbilo en otros con la idea de abrazar a la familia, curiosidad en los extranjeros, sentimientos de varia especie venían a mezclarse a ese instante de inquieta expectación. Unas señoritas inglesas hablaron de visitar el Parque de Lota, pintado como nueva maravilla. Invitaron a varios caballeros, entre otros a Heredia, que declinó el ofrecimiento. Siempre conservaba la apostura varonil de su cuerpo de buen mozo, pero las arrugas de su frente se habían acentuado, junto con las cárdenas ojeras; el pliegue de la boca tenía un no sé qué de amargo, el color del rostro era un tanto plomizo y los ojos brillaban con fulgor particular, con lumbre que en ciertos instantes tomaba acentuación rojiza. Era que la vida había pesado rudamente sobre sus hombros, sacándole de una tempestad para lanzarle en otra. El desgaste de sus nervios, el relajamiento de los resortes de su voluntad se hacían visibles en ciertos detalles de conducta, en la indiferencia con que aceptaba la vida, en el desmayo de todo su ser ante los apetitos de la juventud: la alegría espontánea, los ímpetus, se habían disuelto en una especie de penumbra moral. «¿Con qué objeto habría de afanarse?», era la desesperante respuesta dada a sí mismo. Así, admirando y comprendiendo por instinto las delicadezas del arte y de la naturaleza, no había pensado en bajar al admirable paraíso de Lota, como si se hubiera roto, en su interior, un resorte de los que antes le movían. Extravagancias, rarezas, comenzaban a señalarle a los ojos de los demás viajeros: aún cuando hablaba inglés a la perfección, por haberlo aprendido siendo niño, no había pronunciado ni una palabra en ese idioma: sólo usaba el español o el francés. Veíanlo andar horas de horas, por la cubierta del buque, siempre con el mismo paso igual y gimnástico, enteramente solo, sin dirigir la palabra a los demás viajeros.

Ahora volvía, con el peso de grandes preocupaciones, a su tierra, y con sentimientos de tal manera complejos que no hubiera acertado a decidir si eran, en suma, felices o amargos; quizá tenían de todo. Aún sentía sobre sí el peso de la terrible comedia de la mentira constante en que había vivido quince días en Granada, frente a Nelly, a quien engañaba, adorandola. Se habían separado, prometiéndole volver a Norte-América, en cuanto hubiese arreglado sus negocios de Chile, donde todo se hallaba perturbado con la crisis económica. Le había prometido volver, como si fuera libre, como si no tuviera mujer y familia imposibles de abandonar, y en ese mismo instante había sentido, dentro de sí, una sinceridad que le horrorizaba, porque iba mezclada con algo confusamente siniestro y oscuro que no quería aclarar en manera alguna, pero que ya sentía. Era un sedimento malo, envuelto en un fulgor de relámpago, de tal manera era rápido su paso por el alma, apresurado para no tener remordimientos. Ahora gozaba cierto alivio al no verse obligado a mentir; su naturaleza expansiva se veía, con esto, más libre y descansaba. Pero luego renacía con inquietante fuerza el recuerdo de su Elena, de su adorable Nelly que, aún a la distancia, traía a sus sentidos una fiebre turbadora y sensual. Veíala en esas noches deliciosas de primavera, en Granada, bailando el two-steps, tocado en orquesta de bandurrias y bandolines en una deliciosa fiestecilla de media docena de parejas, una «sauterie» organizada por el secretario de la Legación Americana. Cerrando los ojos percibía, palpitanes y estremecidos, los contornos esbeltos del cuerpo de la joven, echado

atrás el busto con una flexibilidad pasmosa, en tanto que su elegantísimo traje negro ceñía, duras y perfectas como las de una estatua, aquellas sus formas adoradas. Y hasta el detalle de cómo daba el paso, con el vestido ligeramente arremangado, al compás tan cortante de la música, reavivaba ciertas sensaciones adormecidas en su retina. Experimentaba la nostalgia íntima de aquella mujer, la tenía demasiado prendida de su alma, pegada a su carne, a sus ojos, a su imaginación, a sus deseos. Era como la sensación de codicia en el avaro, al ver montones de oro que no son suyos, algo que le agarraba y le atenaceaba todo entero, sin soltarle, encendiéndole ardores en la sangre. Y tenía de tal modo la obsesión de sus apetitos no satisfechos y de sus recuerdos, que se sorprendía deseando prolongar esa vida permanente de ensueño, o irritado cuando alguien le interrumpía al acercarse a hablarle.

Mas la vista de esa línea negra de playa chilena vino a traerle también otros recuerdos que le removieron en lo más hondo: el de Irene y el de Pepe, sus dos niños. ¡Cómo habrían crecido en el espacio de aquellos ocho meses que no los veía! Irene tenía el cabello castaño y sedoso, los ojos azules, sombreados por pestañas largas y crespas. Será, con el tiempo, una belleza fina, pensaba para sí Ángel, y tendrá sello de raza, de elegancia delicada. Sus ojos ingenuos y grandes tenían mirar de tal manera irresistibles que hacía cuanto le daba la gana con sus padres. Ángel experimentaba, con esto, un placer de vanidad. ¡Y cómo habría crecido y cambiado, Santo Dios! Los niños, en unos cuantos meses, ya son otros. Pepe tal vez habría entrado al Kindergarten, a pesar de que él hubiera preferido siguiera en la casa con el aya inglesa, para que se perfeccionara en el aprendizaje de idiomas...

La costa crecía por momentos, las moles que se avanzan en el mar hacían palpar el corazón de los viajeros con la sensación cariñosa de la tierra de Chile, tan ardorosamente despertada después de cada ausencia. El movimiento de la hélice era ya más lento y los grupos de viajeros se agitaban con animación peculiar. Los botes fleteros comenzaban a merodear en torno del vapor, en tanto que se acercaba, en el suyo, el capitán de puerto. ¡Ah!, con qué júbilo vio Ángel que le saludaba el clérigo Correa, pañuelo en mano. El corazón le palpó pensando en la familia, en sus hijos pequeños, en las promesas de este encuentro. Luego se abrazaron y sintió Ángel que lágrimas acudían a sus ojos. «Picaronazo..., hijo pródigo..., ven para que te abrace...», le decía el sacerdote en tono efusivo. «Pax multa... ahora, más que nunca, soy mensajero de paz...» -«¡Y los niños?», preguntó ansiosamente Ángel; era el grito que se le iba del alma. -«Están bien; Irene le manda muchos besos, a su papá, y Pepe me ha dado, para que te lo regale... un programa del Circo Frank Brown... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!...» El buen sacerdote reía con risa llena, beata, que le sacudía todo entero, satisfecho con el éxito de su acción social y saboreando, de antemano, su misión conciliadora y el gusto que daría al joven. «¿Y no me preguntas por Gabriela? -agregó- ¡Ah! es que no te atreves, porque todavía te remuerde la conciencia..., bueno..., pues tienes por mujer una santa, hijo mío, un ángel del cielo siempre inclinado a todo lo noble. Bien sabe Dios cuánto ha sufrido, la pobre, y eso te probará la sinceridad de su carino, pero te perdona de todo corazón...»

Mientras el clérigo pronunciaba estas palabras, Ángel experimentaba la sensación rara, muy rara, de aquel a quien hablan de cosas desvanecidas, muertas, ya viejas, sumidas en una distancia inconmensurable. Si palpaba su corazón al recuerdo de los niños, en cambio Gabriela no le decía nada, no le removía, como si hubieran transcurrido cien años entre ellos. Ni siquiera comprendía eso del perdón de que le hablaba el señor Correa. ¿Le perdonaba?

¿Y qué tenía que perdonarle sino una aventura de aquellas más corrientes y vulgares, una historia insignificante de aquellas jamás tomadas en cuenta entre la gente de mundo? Y como no le remordía la conciencia, parecíale un poco teatral aquello del perdón, y un sí es no es afectado y ridículo aquello de enviarle un clérigo a Lota para darle cuenta de aquel suceso trascendental. Tampoco veía en eso motivos para considerarla como santa. Ángel se valía de tan insignificantes menudencias para formular cargos interiores a Gabriela, pues, por una dura ley psicológica, el mal hecho a otro suele ser causa de odiosidades para con el ofendido.

Mientras tanto, el clérigo Correa, con acento de unción sacerdotal y soltura de hombre experimentado, le refirió cuántas dificultades había sido preciso vencer con Gabriela. Al principio, casi «se lo habían comido vivo en la casa», desde la propia miseá Benigna, que le proclamaba un pájaro de cuenta y pícaro redomado. Luego todos los Sandoval, con primos y parientes hasta el cuarto grado, emprendieron campaña en contra de la familia Heredia y en particular de Ángel. No había delito ni picardía de que no se les acusara; salieron a relucir hasta los negocios de los abuelos y los manejos de los Heredia, «esos godos redomados y sinvergüenzas» en contra de los «patriotas» en la época de la revolución americana de 1810: una de las abuelas Heredia había sido tan cruel que hacía azotar a las esclavas cuando le perdían un pañuelo. Aquello era de morirse de risa... Pero él, en su carácter de sacerdote, había tranquilizado los ánimos... Vamos, era menester indulgencia con los pecados de los hombres, como la tuvo nuestro Señor Jesucristo... Al fin y al cabo, la misma doña Benigna había presenciado muchas cosas en sus mocedades... Entre los hombres, ese género de faltas, si bien graves, muy graves, él no lo disimulaba, era cosa corriente...

La voz de bronce del clérigo Correa resonaba con metal agradable, uniendo al prestigio del sacerdote los atractivos de la educación y de maneras finas, convirtiendo la religión dura y amarga de los pobres en una doctrina elegante, confortable, aristocrática y de buen tono, arreglada a las costumbres y preocupaciones de sociedad. Las mujeres le llevaban al confesonario sus penas y sus miserias íntimas, sus caídas y sus desengaños; él sabía tratarlas con la suavidad del cirujano que aplica a tiempo los anestésicos y sabe proceder sin violencias ni escándalos en los casos morales apretados, dando consejos preciosos, suministrando distingos escolásticos, mediante los cuales se evita el ruido muchas veces y se salva la paz de la familia. ¡Cómo sabía insinuar, al oído, esas palabras que reconfortaban en sus ideales a las mujeres desconocidas de sus maridos, próximas a rodar por la pendiente! Y junto con esto, penetraba en los hogares de buen tono, con sus medias de seda y sus zapatos con hebilla, y el aire aristocrático de hombre de pergaminos auténticos, cara sonrosada, y sonrisa afable.

«Sin necesidad de recurrir al canto ni a la música, como Orfeo -agregaba-, he conseguido el triunfo de domesticar a las fieras, hijo. Bien dicen que más vale maña que fuerza. Si escucharas a miseá Benigna, creerías oír hablar a otra persona. Tú eres simplemente un muchacho alocado pero de buen fondo, como que perteneces a familia hidalga: «todo puede esperarse del que nace caballero al contrario del 'siútico', que ha de bajar a la tumba eternamente de 'cursi', aun cuando vaya sobre un asno cargado de oro». Tu tío, el Ilustrísimo señor Obispo de Sartoria, es un santo varón, a quien doña Benigna pone por los cuernos de la luna. ¡Y qué decir de la belleza de tus hermanas! No hay mujeres más

lindas en Chile... Magda, en los primeros tiempos, te llamaba «el penúltimo de los pícaros», y cuando le preguntaban por que no el último, respondía que «era para no desalentar a los demás». Ahora te trata de «picarón buen mozo que olvida, de cuando en cuando, el noveno mandamiento». Ahora todo ha cambiado...»

El sacerdote, satisfecho con su triunfo, encendía un cigarro puro lenta y beatamente, gozando a cada bocanada con aire de conecedor en tabacos. «Están dados, en esa casa, Angelito, -le decía palmoteándole el hombro-, y Gabriela te espera con los brazos abiertos. El consejo que te di fue sabio, no hay como la ausencia para domesticar los espíritus rebeldes. No se puede ser por mucho tiempo culpable a cuatro mil leguas de distancia. Hasta Dreyfus volvió de la Isla del Diablo convertido en víctima propiciatoria». El señor Correa sonreía con aire de iniciado en los misterios del corazón.

Ángel, paseándose por el puente, meditaba, hondamente preocupado por el problema de su nueva existencia que sólo ahora se presentaba a sus ojos en su positiva realidad. Era preciso decir adiós para siempre a los nuevos ensueños de su vida, olvidar a la hermosísima niña que realizaba sus ideales, sus deseos, sus más íntimas aspiraciones, que correspondía a la carne de su carne, al ser de su ser, que comprendía la vida como él la comprendía. Durante su existencia entera había vagado de desengaño en desengaño. Se había casado creyendo amar a una mujer, encontrándose en el hogar con otra muy distinta, en medio de un continuo andar entre miserias, pequeñeces, choques, contradicciones de carácter, cuestiones de dinero, exigencias y fracasos de negocios. El solo recuerdo de aquellos años pasados ponía en su sonrisa pliegues de amargura. Y cuando pensaba que por fin había divisado, muy lejos, el ideal de mujer, el retoño de los árboles marchitos, en una joven de hermosura tan espléndida, con su aureola de lujo de millonaria, los goces de vida y la situación que procura la inmensa fortuna, allí a la mano, sin más trabajo que inclinarse a esa mujer de la cual se sentía tan amado, tan locamente adorado... Y en vez de caer en sus brazos para siempre, debía cerrar los ojos y abandonarla. Leyes sociales implacables habían establecido el matrimonio indisoluble, como cadena que no se podía cortar hasta la muerte. Preocupaciones religiosas y sociales de la raza española en América encerraban la vida del hombre en marco de hierro con púas; si, por desgracia, al casarse, llegaba a equivocarse, como a él le acontecía; si una incompatibilidad absoluta de caracteres le hacía imposible de llevar la existencia del matrimonio; o si, como en otros casos, sobrevenía el adulterio, la ley prohibía al hombre rehacer su existencia legalmente: sólo permitía la felicidad fuera de su orden convencional, descargando todo el peso de una sanción social abrumadora sobre seres que no tenían más delito que el de amarse y el de comprenderse fuera de un matrimonio que les estaba prohibido por la organización social existente. Al querer renunciar a todo ensueño, a toda esperanza, sintiendo aún la mordedura sensual del deseo hasta desfallecerse en él, con el alma llena de Nelly, que era suya, a quien adoraba, de quien se sentía comprendido, sentía un desgarramiento de sus entrañas parecido al de la mujer que pierde un hijo. ¡Ah!, no, no podría resignarse jamás a esa nueva situación de intimidad forzada con una mujer que ya no amaba y tan lejos de la otra. Gabriela despertaba en él ese horror de las imposiciones, de la fuerza que oprime, del deber practicado contra la propia voluntad, cuando el sentido crítico ya le ha barrenado por su base. Y sentía dentro de sí una sublevación creciente, rugir contenido, ansia de clamar: «Todo eso es una mentira impuesta por la fuerza en contra de la razón y del sentimiento. Mi espíritu es libre y Uds. no pueden encadenarlo. Uds. condenan esos arrendamientos de

predios rústicos por cien años; Uds. defienden al menor hasta en sus bienes; Uds. dieron libertad a los esclavos, prohibiendo que un hombre fuera siervo de otro hombre, y le concedieron derechos políticos a ese esclavo; pero a un hombre, a quien llaman libre, no le permiten ordenar su vida legalmente conforme a su corazón. Y si aquel ser humano ha cometido error, en un sólo momento de su vida, al casarse, y con mujer cuyos defectos y vacíos intencionalmente le ocultaban, presentándola bajo el disfraz social de fiesta en horas de expansión y de alegría, prohibiéndole toda intimidad y toda libertad anteriores como contrarias al orden regular, porque 'eso no debía ser así', porque no era costumbre, ese error ya no tiene más remedio que el descanso de la tumba. El divorcio sería contrario a las leyes chilenas y a los hábitos y preceptos religiosos de la Iglesia dominante». Por primera vez en su vida, al contemplar su propio caso, pensaba Ángel en que millares de seres humanos quedaban sometidos al mismo yugo y aplastados por una misma cadena. Siguiendo reglas características del hombre, sólo en su experiencia personal comenzaba a conocer la ola de miseria humana que bullía en torno suyo, entre sollozos de tantos seres y lágrimas calladas de tantos otros. Y comprendía un abismo desesperante, círculo del infierno, oculto a los ojos del mundo por las leyes del propio decoro, en el cual hombres y mujeres se revolvían sin hallar consuelo, ni encontrar alivio sino pisoteando leyes del derecho humano y preceptos del credo religioso en un mar de fango, con la señal de los réprobos y la marca de fuego de la infamia. El mundo era implacable, sin tregua ni perdón, y, sin embargo, Cristo había dicho a Magdalena, la pecadora: «Mucho te será perdonado, porque has amado mucho...»; y a la mujer adúltera: «Que te arroje la primera piedra aquel que no haya pecado...»

En esto iba el pensamiento secreto de Ángel, cuando la voz del señor Correa le interrumpió con inflexiones cariñosas e insinuantes de hombre de experiencia; le trataba como a niño a quien había conocido de chico, por ser íntimo de la familia. Ahora tocaba el capítulo de las confidencias sociales y mundanas. Los negocios habían entrado, en Chile, por período de crisis: «Qué quiere Ud., amigo mío, hemos abusado tanto del crédito, formando sociedades sin base ni seriedad. ¿Creerá Ud. que su concuñado Emilio Sanders, el marido de Magda, está de director de la 'Sociedad de adoquines de aire comprimido?' Julito Ahumada es gerente de la 'Sociedad de pompas fúnebres'... Mire que formar sociedad para enterrar a los muertos, es ya un colmo... Se explota, en comunidades, minerales que sólo existen allá en la mente de Dios. Naturalmente, con tantos y tantos millones invertidos en esa forma, padecen hasta las sociedades serias y honorables. Las quiebras están a la orden del día. Se cuentan detalles encantadores... El marido de Julia Fernández se ha presentado definitivamente en quiebra, con cesión de bienes; la pobre Julia está desesperada. '¿Cómo podré vivir con dos mil pesos mensuales?' me decía. 'Es imposible; apenas me alcanzará para la plaza'». El presbítero Correa continuaba en el mismo tono de charla mundana, para penetrar más fácilmente en el espíritu de Ángel, acostumbrado como estaba a insinuarse agradablemente en el alma de sus fieles de tono.

Resonaban sus pasos sobre el piso del buque, en el silencio y la tranquilidad que sucedieron a los afiebrados instantes de llegada, cuando todos querían bajar a tierra. Los ojos de Ángel se dirigían maquinalmente a las chimeneas rojas de las máquinas, a los grandes tubos blancos, en forma de cuernos, de los ventiladores, al mar apacible y azul, a las colinas verdes y boscosas de los jardines de Lota suspendidos junto al mar. Escuchaba maquinalmente, por respeto al clérigo Correa, pues aquella charla, que tantos agrados le

causaban en otro tiempo, no correspondía al nuevo estado de su espíritu, sorprendiéndole su insubstancialidad y futilidad, por primera vez, como algo extraño y nuevo.

Entre tanto, involuntariamente proseguía su monólogo interior, escuchándole como a un eco lejano, casi sin oírle, aferrándose a la ilación interior de su propio pensamiento. De súbito el sacerdote habla con fuerza del matrimonio. El clérigo, íntimo amigo de su familia, encarnaba las tradiciones de la iglesia, arregladas, en lo exterior, al mundo moderno, al gusto de los fieles, al buen tono de moda, presentándolas como fáciles y agradables hasta en los actos más austeros y graves. Las formas no podían ser más amenas, y desprovistas de toda rudeza y amarga aspereza, pero, en el fondo, era el mismo dogma inflexible predicando la unidad eterna del matrimonio, cualquiera que fuesen los factores personales o accidentes de la vida. Era que la Iglesia partía del libre arbitrio absoluto de los contrayentes, de la creencia ilimitada en una libertad del alma, dentro de la cual, cada uno podía trazarse la propia vida y hacer lo que creyera conveniente, refrenando sus pasiones, venciendo sus propios apetitos secretos, sus instintos oscuros, y dominarse, imponiendo, por medio de la libertad moral, un rumbo a su vida. Y Ángel, creyente convencido y sincero, católico por tradiciones y educación, criado en esas ideas desde los Jesuitas, veía nacer, en forma oscura, en las interioridades de su alma, una protesta inconsciente en contra de ese concepto de la vida y de esas imposiciones del dogma. ¡Ah!, su propia existencia le probaba todo lo contrario; esa libertad no existía sino en parte. ¿Acaso él mismo no había sido juguete de las circunstancias, del medio, de su temperamento? ¿Acaso no había hecho todo género de esfuerzos estériles para mantener la unidad en su matrimonio, la paz tan sólo? Siempre quedaban, irreductibles, su personalidad y la de Gabriela, sin que les fuera posible entenderse, ahora menos que nunca, y sin que bastase el cariño de los hijos para unirles, desde que existía, separándoles, algo, lejano materialmente, pero próximo y vibrante dentro de sí. Un desfallecimiento moral, la conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos al entrar, de nuevo, a la vida conyugal, le sobrecogió con claridad pasmosa. Precisamente, en esos instantes, llegaban a sus oídos estas palabras del sacerdote, y sus ojos, velados por una nube de distracción, se fijaron sobre él, con singular fijeza:

«La Iglesia, hijo mío, al bendecir vuestro matrimonio, ha previsto así mismo el caso de rudas pruebas, del desacuerdo en los caracteres, tales cosas, que la vida en común se hiciera imposible, autorizando en esos casos la separación, pero nada más que la separación, pues el Evangelio establece la continuidad moral del matrimonio y prohíbe las segundas nupcias en vida de los cónyuges. El carácter de sacramento impone al matrimonio un sello solemne de eternidad. La separación te dejaría en un estado incierto, incompleto, ese no es el estado normal del hombre; quedarías expuesto a tentaciones rudas y tal vez desastrosas. ¿Cuál sería tu existencia si por fragilidad humana llegaras a enamorarte de otra mujer? Si fuera casada, te revolverías en el fango de vida culpable y peligrosa, llena de sinsabores y de remordimientos; si soltera, la religión y la ley te impedirían contraer otras nupcias, vivirías como réprobo, con una marca de fuego en la frente, y con las ansias del deseo no satisfecho, de la aspiración inconfesable, royéndote las entrañas, devorándote, alimentándose de tu sangre y de tu alma como los vampiros...»

Ángel estaba muy pálido, y un estremecimiento imperceptible le sacudía el labio inferior. El sacerdote, sin advertirlo, en el calor de la improvisación que le arrastraba,

prosiguió: «Sí, hijo mío, ha sido una gran ventura para ti ésta que ha producido la crisis, sacándote de situación incierta y falsa para traerte de nuevo al buen camino de la vida conyugal franca y sin equívocos, honrada y tranquila. Vivirás junto con tu mujer, que es buena, y en compañía de tus hijos, a quienes adoras, y eso lo sé yo de muy buena tinta, pues he leído las colecciones de tarjetas postales que les enviabas de todas partes del mundo, llenas de ternura y de palabras gentiles. No podrías vivir lejos de ellos. La voluntad humana es poderosa y omnipotente para la virtud y el bien, mediante la gracia divina. Tu alma es libre..., encamínala a vencer las resistencias del orgullo, y bendice al cielo que tan excesivamente pródigo de bondades se ha mostrado contigo. Gabriela te espera con los brazos abiertos, después de perdonarte, y podrás rehacer la vida de modo serio. Quiere apartarte de la Bolsa y de los negocios; han arreglado con la Benigna que te vayas a trabajar al campo, arrendándole su fundo. Esa vida de actividad, de levantarse temprano, trabajar todo el día en la vigilancia de las faenas, de la lechería, de la viña, te hará bien considerable para la salud del cuerpo y acaso para la del alma. La ociosidad, hijo mío, es madre de todos los vicios...»

El clérigo le habló largamente de Gabriela, de su piedad... Se confesaba los sábados y comulgaba los domingos, a pesar de que, según creía, debía hallarse en duros aprietos para descubrirse pecados siendo, como era, mujer excepcionalmente virtuosa. «¡Ah!, si todas las señoras de Santiago fueran como Gabriela, seríamos el primer país del mundo, porque la virtud, la mansedumbre y la fortaleza de las mujeres hace a los pueblos grandes.»

Ángel le escuchaba en silencio contemplándole, y, cosa inexplicable, habiendo visto un hilo blanco sobre el cuello de su sotana, experimentó una comezón nerviosa de quitárselo, pero no se atrevía a interrumpirle en medio de su disertación sobre la virtud de las mujeres. Y luego notó lo cómico del incidente, mientras su alma permanecía siempre grave.

El señor Correa tomó el vapor para volverse, por mar, a Valparaíso. Quería penetrar al fondo del joven, dominarle, prepararle para la nueva existencia, madurarle con observaciones. La obra de regeneración debía ser completa, ayudándole a rehacer su vida leal y honradamente dentro de los preceptos cristianos y de los cánones de la Iglesia. Se evitaba, con esto, grave escándalo entre dos familias conocidas que habían prestado, en muchas ocasiones, su apoyo social y político a la Iglesia en medio de las tribulaciones a que la habían sometido los Gobiernos liberales. Experimentaba, con esto, el placer, un tanto orgulloso, de sentir en su mano la acción social de la misma Iglesia.

- II -

Numerosas personas esperaban, paseándose por los andenes, la llegada del expreso nocturno de Valparaíso. Las hermanas casadas de Ángel Heredia, vestidas de negro por luto reciente, formaban un grupo compacto, elegante, con sombreros de moda cuyas plumas oscilaban. Gabriela, Magda con su marido y varios íntimos, formaban otro grupo, en medio del cual accionaba el «Senador» Peñalver con el aire satisfecho y altivo de un Jefe de

Estado. Había concluido por tomar a lo serio el título de Senador, dado en noche de alegre cena por los compañeros de fiesta.

Luego se incorporaron al grupo dos jóvenes a quienes saludó con cierto aire de condescendencia protectora, dándoles un par de dedos de la mano izquierda. Las mujeres cambiaban sonrisas y se miraban, mutuamente, sombreros y trajes con ojo de crítico. Al parecer reinaba entre ellas la mejor armonía. En uno de los grupos femeninos se comentaba el matrimonio del joven Hernández con Manuelita Vásquez, a quien una tía suya acababa de legar cien mil pesos al morir. «La tomó de placé y le salió ganador», exclamaba Emilio Sanders, con su lenguaje hípico, celebrándose a sí mismo con gran carcajada. Y recordando sus aficiones, agregó con voz sonora: «A propósito, voy a darles una mala noticia. Sun-dial está con una pata enferma de reumatismo y tal vez no corra en la próxima temporada...» Era de oír el lenguaje de sentido pérsame con que participaba a sus amigos la infausta nueva; acaso no hubiera experimentado ninguno de ellos mayor sentimiento por la muerte de una hermana.

Los focos eléctricos iluminaban a giorno el vasto recinto de la Estación Central con su elevado techo y las líneas de rieles, de reflejos opacos. Las carretillas con equipaje pasaban corriendo por los andenes desiertos. El pito de alguna sirena se hacía oír a lo lejos, o vibraba el toque acompasado de la campana de alguna máquina remolcadora que volvía al recinto. En el andén central aumentaba el núcleo elegante a la espera de diversos viajeros que regresaban de Europa. La luz eléctrica les daba un tono pálido, uniforme, a esos grupos, vestidos con las modas del último vapor, nerviosos, refinados, sedientos de diversiones, que sentían chico, para sus placeres, el escenario de la vida santiaguina con sus carreras, su ópera, sus comidas y una que otra tertulia. Más de una de las primas de Gabriela o de las parientas de Ángel acudía con la esperanza de ver algo nuevo en la entrevista de las Heredia con las Sandoval en los andenes, pero habían perdido su tiempo. Gabriela había saludado cariñosamente a sus cuñadas, para juntarse en seguida con Magda. Allí estaban también Marta Liniers y Olga Sánchez, Julio Menéndez y Javier Aguirre. Leopoldo Ruiz se acercó a Gabriela.

Un velo de melancolía había caído sobre ella, avejentándola con arrugas precoces que daban a su boca pliegue de cansancio y de hastío, difícil de ocultar, como si las tempestades de la vida, al pasar, le hubieran impreso marca indeleble. Sentía, en sí, la vida errada, equivocación de impulsos de amor que la habían conducido al matrimonio, y como un remordimiento, recordaba la resistencia de su padre, a quien ese matrimonio disgustaba. Parecíale que sus desgracias y sus contratiempos conyugales eran el castigo merecido de una desobediencia a la voluntad del muerto, y aceptaba los dolores de su vida como reparación necesaria. Era, en el fondo, una excelente mujer, de alma sana y pura, cumplidora de sus deberes, preocupada constantemente de sus hijos, a quienes idolatraba. Se veía arrastrada a pesar suyo, muchas veces, por el anhelo de paseo de Magda. El contraste entre ambas hermanas era profundo y visible. Magda, alegre, ligera, alocada, lo consideraba todo en la vida desde el punto de vista de la diversión, sin atribuir importancia a las cosas, ni preocuparse del qué dirán; Gabriela, de fondo grave y serio, miraba la vida meditándola y pesándola. Magda era, por excelencia, nacida para el mundo y el mundo su elemento. Desde el colegio soñaba con él, al divisar a las mujeres elegantes que iban al parque en coche descubierto, al oír la crónica de los escándalos santiaguinos que desde la

infancia conocía de memoria, en la época en que otras muchachas aprendían el catecismo. Vanard y el senador Peñalver, viéndola de vestido corto, no vacilaban en contar, delante de ella, las anécdotas más escabrosas, los detalles del último baile y de la comida de bulla, y así sabía que tal viejo santurrón muy respetable, senador y ministro, se alegraba demasiado en las fiestas, cerrándose a abrazos con las señoras, y no ignoraba quién hacía la corte a quién dentro de las exterioridades respetables de la vida de buen tono. Al casarse con Emilio Sanders, no iba enamorada Magda, sino resuelta a unirse con una posición social y pecuniaria, con el sportman conocido, con el hombre elegante cuyo nombre sonaba en todas las fiestas, con la familia rica y hasta con el monóculo que formaba un todo inseparable con él. El palco en el teatro, el coche propio, los brillantes, las invitaciones, las amistades mundanas cultivadas asiduamente, los trajes de afamadas modistas llenaban lo mejor de su existencia. Para ella, el día más grande era aquel en que estrenaba un vestido nuevo «que le llenara el gusto» en alguna fiesta en donde pudieran admirarlo, viéndose cortejada por los hombres, perseguida de miradas incendiarias, notando que despertaba deseos y apetitos de concupiscencia, y al mismo tiempo sintiéndose fría como el mármol. Esa era, para Magda, la suprema dicha. «Mira, tonto, solía decirle a su marido, me tomaste placé y te he salido ganador... y todavía te quejas de la cuenta de Lejour... Dime, hombre de monóculo y sin entrañas, si yo fuera cocota, ¿cuánto no gastarías en mí?» Solía Magda tener salidas de ese género, muy celebradas de los hombres. Era lo único suyo; por lo demás, sus ideas, sus juicios, su estilo, su manera de expresar los sentimientos los tomaba del círculo en el cual vivía, entre casadas jóvenes de tono, entre las «gallinas finas» del Club Hípico, y las del five-o'clock de Olga Sánchez..., entre las que hablaban la mitad en francés... cela va sans dire... Magda vivía esclava de la moda, consagrando lo mejor de su existencia al culto de la elegancia no siempre de buen tono. Asistía a la Iglesia los domingos, en actitud irreprochable, pero a la misa de moda, en compañía de Marta Liniers, de Nina Oyanguren, de Olga Sánchez, de Julia Fernández, a prosternarse a los pies de un Redentor de buen tono, en cuyo templo solía predicar el señor Correa. ¡Y qué noches de triunfo las suyas al presentarse en su palco de la ópera, vestida de lila, con traje de Rédfern, en compañía de Gabriela, sintiendo sobre sí los anteojos de los hombres, las miradas de las mujeres, y saber que éstas hablaban de ella, mal por supuesto, pero llenas de una admiración envidiosa que no podían ocultar.

Ahora, vestida de claro, con el alto cuello de garza ceñido de encajes y su talle esbelto conservado como si fuese soltera, la falda de seda recogida con la mano izquierda mientras la derecha se extendía visiblemente y en actitud dominadora sobre el puño de oro del bastón de su marido, Magda reinaba en su grupo elegante, reunido allí por la feliz llegada de viajeros.

En cambio, Gabriela estaba triste, profundamente triste y hermosa. Sus cabellos rubios, con el peinado de moda, le formaban uno como casco de oro veneciano, bajo el cual tomaba su frente un tono de alabastro en donde se diseñaban ligeros surcos, dándole ese tono especial de los árboles cuando comienzan a caer las hojas, en otoño. Sus ojos grandes, rasgados, circundados de una tibia penumbra azul, brillaban con casto fulgor opaco; su boca, de expresión bondadosa, entreabierta, dejaba relucir, por lo limpio del esmalte, dos filas de menudos dientes, entre unos labios teñidos de rosa descolorida. Algo incierto, algo inquieto palpitaba en su persona toda, de color anémica y como marchita, de una albura de lirio en conservatorio, de flor enferma. Hubiera querido borrar el sello de melancolía en ese

momento, aparecer feliz y radiante como Magda, pero su naturaleza la dominaba. No pertenecía Gabriela a ese género de mujeres que se consuelan de ser desgraciadas por cierto placer que hallan en parecerlo. Era naturaleza también espontánea, como la de Magda, pero en sentido grave. Otra ráfaga de drama, de extraño e inesperado drama, había cruzado también por su vida, sin que lo sospechara el mundo, de manera callada, casi invisible, sólo percibida por unos pocos. En su abandono había visto surgir, junto a sí, otro cariño. Aún lo recordaba como si fuera ayer. Acababa de partir a Europa su marido, cuando los médicos le recetaron una temporada en los baños de Cauquenes, para la salud de los niños algo quebrantada. Allí se había encontrado en compañía de su prima, Pepita Albareda, casada desde hacía un año con Leopoldo Ruiz. Era matrimonio dichoso; tenían ya un niño y se querían tiernamente. Las dos primas se llevaban juntas el día entero, caminando por las quebradas, andando a pie, en todas direcciones, para contemplar los panoramas fantásticos de la Cordillera y del valle y hacerse mutuamente confidencias. Sentíase Pepita completamente feliz con el cariño de su marido, siempre atento a sus deseos, pendiente de ella, generoso y franco, de buen humor, con tono campechano de «huaso». «Con Leopoldo no se pasan penas», decía. Y así era, Gabriela no podía dejar de sentir envidia al ver la suerte de su prima que ni era bonita, ni tenía fortuna; y recordaba también, aun cuando sin dárlo a entender, los tiempos en que Leopoldo le hacía la corte. Ella no había podido quererlo, y eso no era culpa suya, pero el amor callado del joven la había perseguido por espacio de largo tiempo, como una sombra, por bailes, por paseos, en visitas, en el campo, en kermeses de caridad, enviándole flores todas las mañanas, y cajas de confites y libros. Eso todo Santiago lo sabía, pues habían sido unas calabazas muy ruidosas. Durante los años tan largos de su matrimonio, Gabriela se había ido alejando de sus amistades antiguas y le había perdido de vista. Ahora le tenía de primo, le veía jugar cariñosamente con sus hijos Irene y Pepito, llevarles a correr, cuidándoles como si fueran propios, encargándoles dulces y juguetes a Santiago. Le inspiraba tanta compasión el estado de aquel matrimonio roto y de aquellos niños casi abandonados... Gabriela, en lo íntimo de su ser, comprendía la delicadeza de semejante actitud, invadida por sentimiento de amistad tierna, sentimiento nuevo, fundado en estimación y en agradecimiento. Comprendía la actitud de una alma noble en presencia de su desgracia, el deseo de hacerle menos amarga la vida, de distraerla, de adormecer sus desengaños. Esa humanidad que solía inspirarle tanta repugnancia, vista de cerca, en sus movimientos de bestialidad y de egoísmo, se le presentaba noble y generosa, con el cariño desinteresado de un hombre a quien ella había despreciado y herido con esas heridas de vanidad que nunca se perdonan. Y qué decir de Pepita, con su viveza y su ingenio rústico y un tanto inculto que se avenía a las mil maravillas con el de Leopoldo... Era igualmente cariñosa con ella y con los niños. Ni uno ni otro le tocaron ese punto, tan delicado, de las intimidades de su matrimonio. Pero ambos comprendían la borra de amargura que llenaba su alma, la continuada decepción que le había procurado el matrimonio.

En Santiago, volvieron a verse a menudo. Pepita vivía en la calle de San Martín, a distancia relativamente corta de sus primas. Las visitaba frecuentemente, y cuando no podía ir a verlas, ellas se dirigían a buscarla, en la noche. Las tres primas iban juntas a sus compras a las tiendas, a elegir colores y géneros consultándose mutuamente en materia de modas. Y como esa era la vida de Magda, ya se comprenderá la intimidad que entre ellas reinaba y la frecuencia con que se veían. Algunas veces iban al teatro, Magda con Pepita, acompañadas de sus respectivos maridos; Gabriela se resistía a seguirlas; no quería pasear,

ni exhibirse, le parecía que era viuda, que su situación especial le imponía cierto retraimiento. Insistían las otras, pero notaban en el fondo de su negativa tal tristeza, mezclada con amarguras de abandono, que sentían hasta remordimientos de divertirse. Sin embargo, solían arrastrarla a las carreras, llevarla al parque, o al fondo de un palco. Magda redoblabla su ansia de paseos; ahora se daba una disculpa a sí misma, y tenía la frase pronta en los labios. «Necesito salir para distraer un poco a la pobre Gabriela, tan desgraciada. No es posible, señor, que una mujer joven y bonita se sepulte así en vida. Hace el papel de viuda, no quiere ir a ninguna parte... Si su marido se hubiese muerto, pase, pero está bien vivo, demasiado vivo, y divirtiéndose a más y mejor por Europa..., en donde los hombres no hacen, por cierto, una vida de santos... Para qué andar con bromas... Yo le aconsejo que salga y que pasee, por eso tratamos de llevarla a todas partes...» Y en efecto, hacían lo posible por divertirla. Emilio Sanders, en compañía de Leopoldo, que era gastrónomo y muy entendido en materias culinarias, organizaban paseos de campo y comidas en la Quinta Normal que tuvieron cierta resonancia. A veces, Gabriela se vio arrastrada por el torbellino; tratada en confianza solía deponer sus exterioridades graves y se mostraba alegre, si bien no loca ni disparatada como Magda, ni con la viveza de Pepita. Las tres primas aparecían siempre juntas en todas partes, y Leopoldo, atento, cortes, dándoles gusto en cuanto se les ocurría, generoso y rumboso por naturaleza.

Sucedió lo que había fatalmente de suceder. El joven sintió renacer en su pecho el antiguo cariño, aún cuando sin atreverse a confesarlo, muy respetuoso, muy callado, sin esperanzas, aterrado de sentir ese afecto por una mujer como Gabriela, a quien admiraba y comprendía. Ella también lo adivinó, por una especie de presentimiento, queriendo retraerse de ese amor prohibido y que la rectitud de su alma rechazaba. Nacieron frialdades súbitas, y dejó de ir a casa de su prima, pero ésta se quejó y se puso a perseguirla, llamándola. ¿Cómo desairar a una persona que había sido tan buena con ella? ¿Qué motivos positivos, precisos, tenía para huir? Sintió Gabriela, dentro de sí, una lucha, y fue como en todos sus conflictos, en busca del confesor. Salió más tranquila. Aconsejábale que continuara su vida en la forma acostumbrada. ¿Qué no estaba segura de sí misma? ¡Ah!, en cuanto a eso, no abrigaba temores, se sentía dueña de sí, mujer de su hogar y de sus hijos, para quienes vivía. No tenía ni asomos de pasiones, ni alcanzaba siquiera a concebirlas. Estaba cierta de que Leopoldo no sería nunca otra cosa, sino amigo sincero, alma noble y desinteresada. Su amor no entraba en la categoría de esos otros amores que a ella le inspiraban tanta repugnancia como desprecio. El viejo sacerdote que conocía la pureza de su alma, la frialdad de su temperamento, la bondad de su carácter y de su temple, le recomendó que, en estas circunstancias delicadas, evitase despertar en su prima celos infundados que pudieran destruir la paz de un hogar. «Usted debe continuar sus relaciones de amistad con su prima, evitando, en cuanto sea posible, el extremo de intimidad. ¿No le había hecho ninguna manifestación especial el joven? ¿No le había pronunciado palabras...? ¿No le había dado a entender alguna cosa de amor?» -«Nunca, nada... ni palabras, ni actitudes que no fueran respetuosas». -«Entonces no tiene motivo de preocuparse.»

Gabriela volvió a su vida ordinaria, más inquieta, más desconcertada que nunca. En el fondo de su alma sentía la opresión de aquel amor adivinado, sentido, expresado sin palabras, por estremecimientos involuntarios, por alusiones veladas, por tristezas profundas cuando ella se alejaba de él, por alegrías súbitas cuando compadecida le daba, como de limosna, alguna buena palabra. Y tenía con él actitudes y gestos crueles, frases duras e

inmotivadas que sorprendieron a Magda. -«¿Qué te ha dicho algo, ese pobre, que le tratas de ese modo?» -«Nada, absolutamente nada, si es un infeliz...» Y Magda atribuía el mal humor de su hermana a la amargura natural de un ser sacudido por el infortunio, que no puede perdonar la dicha ajena.

En cambio, Leopoldo estaba siempre dispuesto a servirla en sus negocios, en pequeñas cosas relacionadas con la vida de familia, pues Emilio Sanders se ausentaba frecuentemente, con sus labores de campo. Y crecía la intimidad entre ellos, profunda y respetuosa de parte de Leopoldo, enternecida y agradecida del lado de Gabriela. Pero la joven reflexionaba...; no había nada, absolutamente nada, era verdad, mas no debía continuar así. En estas circunstancias le anunció el clérigo Correa la vuelta de su marido y le habló de perdón, de olvido, de paz, de reconstitución del hogar, de los sacrificios exigidos por los hijos. Siempre la misma cosa... Le habló, además, de las murmuraciones sociales y de los peligros que asedian en el mundo a una mujer joven y bonita, separada de su marido. ¿Por qué le decía eso? ¿Había algo en su vida que se prestara a duda? El orgullo de Gabriela se sentía herido. Lloró. Al día siguiente mandó llamar al señor Correa y quedó concertada la reconciliación. Le perdonaba su falta, la olvidaba, y le pedía que volviera; ella también necesitaba perdón de sus impacencias, acaso de durezas involuntarias de carácter. Pero surgían algunas dificultades íntimas. Magda, con su ligereza ordinaria, había echado por todas partes sapos y culebras en contra de Ángel y de los Heredia; ahora no sabía cómo retirar cartas. En fin, todo se arregló. La familia quedaba contenta, pero cuán honda pena leía en el alma de su amigo Leopoldo, a pesar de su sonrisa, y no era la irritación del egoísmo amoroso, sino una mezcla de cariño con lástima y admiración profunda. Era que Leopoldo se sentía por algo, en el fondo de aquel sacrificio. El señor Correa le habló de sus hijos, precisamente en los momentos en que ella, sobresaltada, veía en el horizonte unas cosas oscuras a las cuales tenía miedo.

El silbido lejano de la locomotora hizo estremecerse a Gabriela, y su corazón palpitó de un modo tan inesperado, que la sorprendía, en el momento en que la campana y el poderoso reflector de luz anunciaba su entrada a la estación. Era que se despedía interiormente de un rápido ensueño de paz, de aquel intermezzo, para ella tan dulce, de amistad desinteresada, de quietud no interrumpida por las dolorosas e inevitables desavenencias de su vida conyugal, basada en un permanente desacuerdo de caracteres y de vidas.

Sobre la plataforma del Pullmann aparecía su marido con el necessaire en una mano y una maleta plana, de cuero, de evidente procedencia inglesa, en la otra, vestido con irreprochable traje de viajero. Su cuerpo, delgado y esbelto, lo llevaba con desenvoltura y elegancia natural de movimientos, revelada en actitudes fáciles. Sentíase, a primera vista, lo que había de notable en Ángel, el cuerpo ágil y maravillosamente conformado, en el cual la fuerza parecía resorte oculto, en vez de exhibirse en músculos enormes. Su actitud, su porte de cabeza, la línea oblicua de su frente, su mano, sus rasgos todos dejaban impresión de fuerza varonil, a la cual se unía la mirada melancólica y la sonrisa escéptica de los retratos de Byron. Pero en su mirada se notaba ahora cómo resaltaba la dureza, ahondándose, con los años y con las impresiones, ciertos rasgos apenas perceptibles antes, reveladores hoy día de las tendencias de carácter.

Detrás de unas señoras a quienes esperaba su familia, cediéndoles cortésmente el paso, descendió Ángel repartiendo saludos, sonrisas y apretones de mano; llegó rápidamente hasta Gabriela y se dieron un abrazo estrecho, apretado, efusivo, cariñoso, como en el mejor de los hogares. Las señoras esperaban este instante con impaciencia, y los amigos con curiosidad: unos y otros quedaron decepcionados al ver una escena de la vida ordinaria, sin aspavientos de mal gusto, sin ribetes de drama, tranquila y de buen tono. Eran dos esposos, momentáneamente separados por un viaje, que volvían a reunirse, y nada más.

-«Vivan los novios!», gritó la voz de Javier Aguirre, que se acercaba dando codazos.

Y mientras el mundo apreciaba de este modo su actitud, ambos, involuntariamente, experimentaron un sentimiento raro y nuevo, que, por un curioso parecido, muy leve, de dos estados de al amdiversos en el fondo, les hacía sentirse totalmente extraños el uno al otro en ese momento. Gabriela acababa de experimentar la sensación de abrazar a otro, no a su marido, y se había sonrojado con el rosa del pudor. Ángel recordaba, involuntariamente, la sensación de los abrazos dados y recibidos sin amor, a mujeres elegantes de París. Ambos tuvieron la conciencia instantánea de ser totalmente extraños el uno al otro, y de que existía algo pasado e irreparablemente muerto entre ambos. La joven se sentía asustada, como avergonzada en presencia de aquellos ojos de llama casi negra, desprendida muy hondamente, bajo los párpados cansados y violáceos; el color moreno de su rostro y lo sombrío del cabello, daban a esas miradas relieve duro, acentuado por sonrisa irónica, en tales condiciones, que para ella despertaban sensación desagradable de dominio y de tiranía. Ángel, a su vez, dominado por su temperamento sensual, contemplaba a Gabriela con mirada rápida pero profunda, y la sentía cambiada, más gorda, más mujer. Su cuerpo esbelto de otro tiempo se había redondeado, tomando aire inesperado y nuevo de fuerza, casi viril. La belleza rubia había perdido su delicadeza virginal, y si bien los ojos, envueltos en el nimbo de su cabellera de oro, conservaban la misma expresión límpida de bondad, Ángel sentía que la mujer adorada, la Gabriela de antaño había muerto en la fuga del pasado irreparable, había desaparecido para siempre, cediendo el paso a otra, a una mujer de deber, de hogar, de virtud, a una madre de familia, pero a otra. Y como relámpago, vio desfilar sus ojos la imagen de Nelly, con tal fuerza de seducción y tal precisión de contornos que le maravillaron. Esa sí que era la Gabriela adorada de otro tiempo...

Los abrazos, las felicitaciones, los apretones de mano de los íntimos, le solicitaban de todas partes. Luego, aquella masa de gente se puso en movimiento, siguiendo el lento caminar de los viajeros, a quienes arrebatava el torbellino de mandaderos de gorra encarnada, de niños, de canastos, de maletas, de gente varia, arrojada incesantemente del fondo de los vagones. Magda, al abrazar a su cuñado, le pidió el obsequio de un horrible ramo de flores de Quillota que traía un sirviente: ella sabría a quien dedicárselo, no faltaría viuda, inconsolable pero con deseos de consolarse.

Por el camino Gabriela iba refiriendo a su esposo que los niños no habían venido a recibirlo porque la noche estaba fría y ellos un tanto resfriados, se habían quedado llorando. Por una especie de instinto, sentía que en ella la madre había sobrevivido a la esposa, y que en adelante el terreno de unión estaría en los niños. Ángel también lo comprendía al abrir las puertas del carruaje, cuyos faroles niquelados brillaban en la oscuridad con intensa luz. Y cuando el coche se puso en movimiento y ambos se encontraron solos, sus impresiones

tomaron un relieve súbito, se aclararon, se precisaron y experimentó dentro de sí una suerte de malestar inquieto, en vez del aparato de júbilo esperado. A su mujer la sobrecogía un acceso de timidez, como si se encontrara a solas con un extraño, y su alma casta se estremeció con el horror de lo prohibido. Así marchaban en silencio, sin atreverse a interrumpirlo con una palabra, el uno al lado del otro, con el sufrimiento súbito de sentir tan palpable y tan completo el hielo que debía reinar, entre ellos, en el curso forzado de aquel matrimonio legal, repudiado con toda su fuerza por los corazones de ambos. Y fue una sensación tan inesperada en ese instante, de tal manera súbita y sobrecogedora, que Gabriela experimentaba escalofríos y se puso a recitar una oración mental, pidiendo fuerza a Dios para sostener el peso de la vida. Ángel notó que pasaba por su cerebro una idea que le horrorizaba, y la desechó con miedo. Esa idea criminal, que le hacía temblar ahora, le había sorprendido la víspera, y en otra ocasión durante el viaje, rechazándola siempre. Pero la esperaba: había sentido que volvería infaliblemente y ahora le sobrecogía de nuevo. Había deseado la muerte de Gabriela, y como sentimiento de protesta contra eso, cogió su mano y la besó ardientemente, encima del guante blanco, sintiéndola helada. Ella le dejó hacer con sorpresa, pero sin ternura, y temiendo de súbito, esas intimidades que despertaban en su alma terror invencible, la retiró rápidamente sintiendo con esto una gran confusión. Pero ambos se habían adivinado, sin hablarse; ya se conocían tanto con los dilatados años de matrimonio transcurridos y experimentaron, de nuevo, la sensación creciente del hielo que los separaba, de la falta de ternura amorosa, de la carencia de ideal que los uniera. Lloraron, en sus almas, la certidumbre inamovible ya, de ser imposible el acuerdo de amor, la unidad de espíritu que los condujo al matrimonio y se mantuvo por algún tiempo. Ahora serían los prisioneros del deber, de una institución social y religiosa cuyo más mínimo contacto les hacía saltar, como si experimentaran una quemadura en la superficie de la piel, de esa misma piel tan voluptuosamente besada por Ángel en un tiempo ya lejano, tan lejano que ni uno ni otro comprendían cómo pudo existir.

El carruaje había salido ya del suave piso de asfalto, de la Avenida de las Delicias, para caer en el rudo y primitivo pavimento de la calle Manuel Rodríguez. A pesar de las llantas de goma de las ruedas, se veían sacudidos reciamente, con lo cual se cortó el hilo de las imaginaciones. Pocos momentos más tarde llegaban a la calle de Compañía. La casa de doña Benigna se hallaba iluminada brillantemente. El portero, vestido de gala, esperaba con cara de júbilo, en compañía de varios sirvientes; Ángel los reconoció y los saludó por sus nombres. Algo como una atmósfera de contento reinaba en la casa, por la cual iba y venía la «Tato», la vieja sirvienta, contenta con la llegada del marido de su «hijita». Se notaba que todos esperaban algo, vida nueva, el término de un estado de malestar y de indecisión. Luego, llegada a la ancha galería, Gabriela dijo a su marido: -«¿Vamos a ver a los niños?», y le notó pálido, sobresaltado, palpitante cuando penetraron a la pieza de vestirse. Ambos lo esperaban acostados, en sus catrecitos de bronce. Pepe se arrojó de la cama en camisa de dormir, exclamando «¡Papá!..., ¡papá!» y dando gritos con tal júbilo que Ángel sintió el alma toda removida y le estrechó apretadamente entre sus brazos. Y cuántos besos no dio a Irene, más tranquila, más callada, pero igualmente sensible, con esa sensibilidad interior y vibrante de su madre... En seguida se volvió a Gabriela, transformado por el cariño paternal, agradeciéndole aquellas tan puras emociones de su vida, y la besó también, cerca de sus hijos. Lágrimas silenciosas rodaban por las mejillas de la joven. Ángel sentía bienestar indecible, una santa paz en aquel instante, algo tan dulce, tan íntimo, tan imborrable, que debía recordar con amarga melancolía meses después, como se llora en las

horas tristes los breves momentos de dicha ya lejana. Pero se sentía mejor, más sano de alma; comprendía unos horizontes nuevos y puros, dentro del deber y de la familia. Al ver a Gabriela inclinada junto al lecho de sus hijos, con las ondas de cabellos rubios reflejando la luz en su seda, y los grandes ojos negros emocionados, recordó haberla visto muchas veces allí mismo repitiendo, en compañía de sus hijos, el bendito y las demás oraciones que les enseñaba. La monotonía sencilla y conmovedora de la voz de los niños repitiendo el rezo, repercutió nuevamente en su alma y dijo a su esposa, con voz de aspiración íntima: «Gabriela, tú eres la paz...»

Al entrar al salón se encontró Ángel con doña Benigna, recostada en su silla de enferma, esperándole como para sellar el olvido de lo pasado. Allí estaban Manuelita Vásquez, Marta Liniers y media docena de personas íntimas que habían acudido a saludar al viajero y a beber una copa de champagne por su regreso. El clérigo Correa, radiante, embromaba a las señoras y reía, como pensando interiormente: lo que Uds. ven es obra mía; sintiéndose pastor del rebaño de Cristo, pacificador de hogares. Junto con la satisfacción de su obra evangélica, experimentaba ese placer de vanidad de verse como centro de la religión elegante y de buen tono, de las ovejas con prendedores de brillantes, collares de perlas y grandes apellidos. Magda, entre tanto, rompía estrepitosamente en el piano con el Cake-Walk «On the Ohio».

Mientras los sirvientes circulaban por el salón con bandejas de champagne, Ángel experimentaba sensación rara, al oír los acordes de música escuchada tantas veces a bordo del transatlántico Iliria en compañía de otra mujer, de Gabriela joven, de Nelly. La música ejercía sobre su alma fascinación evocadora, de precisión cruel; levantaba imágenes, les daba carne y cuerpo, las animaba con soplo tan extraordinariamente vivo que entraban en la realidad de la existencia. Además, excitaba su sensualismo en una especie de embriaguez amorosa. Y mientras resonaban, palpitantes, los compases de música americana, la imagen de la ausente se imponía, arrastrábale, enloquecía en desesperante nostalgia de amor. El pasado le perseguía contra su voluntad; ya no se sentía libre sino esclavo de una fuerza interior, como los hipnotizados. «Tú eres la paz», había dicho a Gabriela en un transporte sincero, junto a sus hijos a quienes miraba enternecido, y luego, casi al lado, sin quererlo, sin poderlo evitar, sentía esa evocación de la ausente que le llamaba a sí, abriéndole sus brazos enamorados, ofreciéndole su boca, esa inolvidable sensación de sus besos que todavía conservaba. ¿Era posible luchar, en tales condiciones? ¿Podía, honrada y sinceramente creer en la posibilidad de reconstruir su vida sobre las ruinas del antiguo hogar, en el templo desierto y oscuro, sin sacerdotes y sin fieles? Los compases del baile americano, briosamente tocados por Magda, resucitaban, nítida y nerviosa la imagen de Nelly, con su cuerpo de viajera, tan esbelto, alto y flexible, y su elegancia fastuosa de millonaria... Y sintió placer en cerrar los ojos para verla de nuevo, inquietante y turbadora, con la conciencia de que ya no podría apartarla de sí, sintiendo el fuego de su alma atizado por la ausencia y el deseo más vivo y cada vez más lacerante...

Cenaron todos alegremente, fuéronse los invitados, apagáronse las luces, perdióse en la noche el rumor de los coches que partían y Ángel se encaminó a la habitación preparada, junto a los niños. Contigua estaba la pieza de Gabriela. Mientras por una parte renacía en su alma con desoladora fuerza la imagen de la mujer amada, experimentaba ya la sensación de alejamiento, de separación de hecho de su mujer legítima, y eso que en otra circunstancia

hubiera mortificado su orgullo, le producía ahora una suerte de bienestar como si la hubieran suprimido de su vida. Más tarde habría de recordar horrorizado ese mal sentimiento.

- III -

Los primeros días transcurrieron tan ocupados que Ángel no sabía darse cuenta de sí mismo, preso aún, como todos los viajeros, de la idea de movimiento. Recibía visitas, no podía salir a la calle sin toparse con amigos que le sujetaban, abrazándole. La ciudad, las calles, los edificios de Santiago le producían impresión extraña e indefinible. Sentíase viajero, eterno viajero a pesar suyo. En los primeros tiempos de su salida de Chile había sentido nostalgia del país; ahora, transcurridos apenas unos cuantos días, le crecían alas para arrancar de nuevo, viajar y perderse. Ahora el corazón se le oprimía al escuchar tanta queja y tan continuada lamentación. Los negocios emprendidos al vapor y sin estudios, cuatro años antes, habían fracasado casi todos. Varios de sus amigos quebraron, pasando de la opulencia a la miseria. Uno de ellos, antiguo hacendado, había entrado con empleo inferior, a los ferrocarriles; otro estaba de pesador de Aduana. Las Sociedades Anónimas andaban por los suelos. Y sobre todos pesaba la terrible preocupación de las deudas por pagar, de los intereses acumulados, de los plazos vencidos. En las arrugas de la frente, en el mirar apagado notaba la pesadilla de los malos negocios. Los suyos también habían ido a mal; la baja de papeles, aun de los más sólidos, reducía a una miseria la fortuna de Gabriela, y había concluido con todos sus ahorros. Notó, con terror, que había perdido ya su independencia. Las cuentas comenzaron a caer, como goteras, unas en pos de otras; eran pequeñas deudas atrasadas, de sastre, de unos caballos, cosa que ya no recordaba, pagos de médico, y, junto con esto, notó, con espanto, las cuentas de Gabriela y de los niños que eran bastante subidas. Como había bajado el valor de la moneda, ahora duplicaban sus precios. Ángel, ya inquieto, se dirigió a los bancos en busca de préstamos, y se encontró con las puertas cerradas; nadie prestaba, no había dinero. La marea de las cuentas continuaba subiendo: había recibido las de los encargos a Europa, de dieciséis mil quinientos treinta francos, es decir, cerca de veinte mil pesos, con el cambio malo del día. Gruesas gotas de sudor le empapaban la frente, mientras las preocupaciones comenzaban a herirle en el cerebro. Era angustia horrible, de no saber qué hacerse, ni a qué puerta golpear. Su padre, a quien había acudido, le había prestado diez mil pesos, refunfuñando, y echándole en cara la locura de su viaje a Europa en aquellos momentos en que dejaba su fortuna comprometida.

Y bajo el peso de preocupaciones aplastadoras y de temores que la imaginación agrandaba, exagerándoles, mostrándole ya el papel sellado de las ejecuciones y las horribles notificaciones judiciales, el embargo de muebles, el descrédito social; aplastada el alma, degradado de antemano, tenía que exhibirse en victoria, en compañía de Gabriela vestida con lujo. Era preciso sonreír, contestar saludos, atender a la gente, mostrarse amable y alegre, cuando hubiera querido arrancar y esconderse donde no le vieran.

En medio del torrente de carruajes en cuádruple fila, cerca de los jardines de la laguna del parque, los soldados de policía, con cascos negros, mantenían el orden, inmóviles en sus

caballos. La inmensa cantidad de coches desfilaba al paso, con los caballos de cuello fino, los cocheros tiesos, en medio del rumor metálico de bocados, sonido de cascabeles, chasquido de fustas, ruido acompasado y sordo de enorme masa de caballos y de coches. Gabriela se inclinaba, sonriendo, para hacer observaciones a su marido que le contestaba con afectuosa cortesía, presentando a los ojos del mundo el modelo de los matrimonios unidos y perfectos, sin una sombra que los perturbe. Marta Liniers de García, en un vis a vis arrastrado por magnífico tronco de hackneys, les saludaba. Más atrás iban sus amigos Belmar; Magda en compañía de Manuelita, en victoria arrastrada por pareja de alazanes. Javier Aguirre, que manejaba un tandem les dijo una barbaridad, a lo que contestó Magda, a media voz: «Cállate burro loco...» También pasaba, en flamante carruaje, con caballos de fina sangre y footman, alguna gente desconocida, ricachos advenedizos de la última cosecha, con su insolencia descarada, exhibiendo lujo, deseosos de casar alguna hija con joven de buena familia, aun cuando fuese calavera descerrajado. Más allá les saludaba la baronesa de Strinberg, diciéndoles al pasar, con su ironía acostumbrada: «Tout est pour le mieux, au meilleur des mondes possible». (Lo mejor en el mejor de los mundos). Gabriela hizo notar a su marido el traje elegantísimo de Nina Oyanguren. Una de las hermanas de Ángel pasó con todos sus chicos en victoria admirablemente puesta. Gabriela y su marido saludaban, contestando esos gestos cariñosos que ordinariamente se dirige a los recién llegados de viaje, y se veían obligados a vivir pendientes del mundo.

Entre tanto, angustia sorda mordía el alma del joven. Las deudas, los plazos, las ejecuciones, el fin estrepitoso de una situación falsa, comenzaban a perseguirle, no ya como posibilidades, sino como cosas próximas, que habrían de realizarse fatalmente dentro de breve plazo. Y era necesario contemporizar. mientras tanto, y sonreír a la gente mientras la procesión desesperante corría por dentro. El peso de las convenciones sociales le abrumaba.

Sentíase prisionero de una sociedad que se lo daba todo hecho, instituciones y modas, desde el sombrero hasta el matrimonio y que nada le toleraba que no fuera conforme con el molde, con el formulario social. Le parecía una mala comedia, ya demasiado prolongada, que torturaba su existencia.

¡Ah!, era necesario ponerle fin, tener explicaciones terminantes y claras con Gabriela, exponerle su verdadera situación y poner término a una vida que le torturaba demasiado. Si no tenían para vivir como ricos, lo harían como pobres, pero sin deudas, sin fastidios, sin ejecuciones, con la frente levantada y con dignidad. ¿Qué le importaban, al fin y al cabo, las frivolidades de los paseos? Ángel tomó una resolución, y en cuanto la hubo tomado, se sintió tranquilo, notando, con sorpresa, cierto placer en aquel movimiento de carruajes mareador, en los saludos dados y recibidos, en ver cómo las mujeres miraban el traje de Gabriela, en sentirse todavía en el centro de la elegancia santiaguina, y ese placer se acentuaba con un sabor especial, llegando hasta engañarse a sí mismo con la comedia mundana, hasta experimentar la sensación de algo permanente y firme. Era algo enteramente ilógico, pero la lógica del sentimiento suele ser rara. La vanidad produjo efecto perturbador en el alma de Ángel: ya no vio claro. Sintiose como sobrecogido por doble mareo: el físico, de ver los carruajes desfilando en interminable fila junto a él, en ronco y acompasado movimiento, y el moral, de vanidad satisfecha, al sentirse convertido en centro de miradas, de saludos cariñosos de la buena sociedad. Aquel mundo en medio del cual

vivía, como el pez en su elemento, le sorprendía ahora como cosa agradable, notando en sí, con sorpresa, algo del advenedizo, del rastaquere tan pagados de exterioridades.

En victoria, tirada por magnífica pareja de animales de sangre pasaron Leopoldo Ruiz y su mujer, haciéndoles saludos familiares. Esto no dejó de causar extrañeza desagradable a Ángel, que jamás había cultivado relaciones de intimidad con Leopoldo Ruiz, a quien miraba de arriba abajo entre los jóvenes de su tiempo. Hasta le consideraba con cierta antipatía como a «huaso intruso». -«¿De dónde le ha bajado tanto cariño al señor Ruiz?», dijo a Gabriela, con retintín.

Ella se ruborizó involuntariamente con aquel tono.

-«Pero si es casado con mi prima Pepa Alvareda...» Notábase altivez en su respuesta como si una bocanada de orgullo la sofocara, viendo mirar en menos a personas relacionadas con su familia. Así lo creyó Ángel. Era, sin embargo, otra cosa. Gabriela había sentido caer mano torpe y ruda sobre la amistad delicada y sentimental, sobre el apoyo que había sentido cerca de sí en horas amargas.

A la vuelta siguiente, Pepita hizo detener su carruaje al encontrarse con el de Gabriela. «¿Cómo te va, linda, preciosa?», le dijo. «Esta noche iremos al Santiago, dan el Cyrano de Bergerac..., es una espléndida compañía española..., tenemos palco y pasaremos a buscarles. Irá también Magda con nosotras... No admito excusas...»

La fila de carruajes que se ponía en movimiento, nuevamente, vino a cortar el diálogo. Ángel recibió la invitación con frialdad.

«Sin duda será un sacrificio para ti, que acabas de ver en París admirables compañías dramáticas», le dijo la joven. «Pero nosotros sólo muy de tarde en tarde tenemos piezas del teatro moderno ejecutadas por buena compañía. Ésta es bastante regular... ¿Y como no hay otra parte mejor a donde ir? Además no es posible hacerlas perder su palco que toman precisamente para llevarme...»

Ángel le dirigió una mirada aguda que la hizo bajar la vista y cubrirse de rubor, sin saber por qué, después de esas palabras tan inocentemente pronunciadas. No se atrevía a decir a su marido que durante su viaje, tanto su familia como ella, miraban el matrimonio como roto y la separación producida de hecho. Su prima quería distraerla a toda costa, y con ese motivo la invitaba. Gabriela trató de resistirse, al principio, mas luego cedió a las instancias reiteradas de su hermana Magda, y las tres primas comenzaron a figurar entre los asistentes que daban tono a las funciones de esa compañía. Ambos se callaron; mas el hecho de no explicarse estableció entre ellos hielo súbito, algo desagradable, y aún cuando sin importancia creó ligera mezcla de irritación y de tensión nerviosa, manifestado en ligero fruncimiento de la boca de Ángel y en cierto pliegue del párpado, que conocía bien.

- IV -

De vuelta a casa, el joven se sentía de mal humor, guardando silencio durante la comida. Cerca de las nueve, pasó a buscarlos el americano de Pepita, que se apareció al comedor, como un huracán, con su viveza acostumbrada; Leopoldo la seguía. «Vengo a buscarte...», dijo «¿Por supuesto que Ud. nos acompaña?», agregó, dirigiéndose a Ángel, con una sonrisa. «No puedo, tengo un poco de dolor de cabeza...» «¿Cuánto lo siento!, pero eso no impedirá a Gabriela que venga con nosotras, a pasar un buen rato... No tema que los corran divorciados de nuevo...», agregó con su ligereza y falta de tacto habituales. Ángel se puso pálido; estaba seguro de que su mujer declinaría la invitación. Magda intervino en ese momento: «Por supuesto que irá...; ¡no faltaba más!... La gente podría creer que Ángel era mal marido, tirano... y es tan buen marido...», agregó con leve acento de ironía.

-«Yo no digo nada, que vaya si quiere...» -contestó Ángel.

Las mujeres se miraron entre sí, y Gabriela se puso de pie, dirigiéndose, en compañía de Magda y Pepa, a sus habitaciones para ponerse el sombrero. Cedía, porque le faltaba carácter y no sabía negarse a un ruego, a pesar de que eso disgustaba a su marido; iba, sin ganas, al teatro, por bondad de corazón, para que su prima y Marcos no creyesen rota o enfriada, de súbito, esa amistad de las horas tristes, abnegada y generosa, hecha de consuelo y de afecto; pero iba descontenta consigo misma por el visible gesto de contrariedad en Ángel. Éste miró un instante, en silencio, el fondo negro de su taza de café, y luego encendió maquinalmente un cigarro habano, arrojando al techo larga bocanada de humo.

Pasó una noche bastante desagradable. Sin saber por qué padecía desasosiego nervioso que le tenía a vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Era como un malestar latente y sin causa. Sentíase aislado, en su departamento, pues Gabriela vivía en el suyo, y en el fondo del matrimonio subsistía la separación, como si ambos estuvieran solteros, situación extraña, ilógica, en la cual suelen vivir muchos hogares con algo trizado pero invisible a los ojos del mundo.

Y de repente, sintió Ángel la necesidad de pensar en Nelly, hacia quien convergieron, de súbito, las fuerzas todas de su alma. Se dirigió, en puntillas, a una de sus maletas, la abrió, cogió un pequeño envoltorio y lo llevó a su lecho. Sacó un pañuelo con riquísimos encajes de Inglaterra, sintiendo cómo se desprendía de él perfume sutil y penetrante de magnolia, tan lleno de vida, tan emanado de ella como si estuviera próxima; levantose dentro de su alma esa misma sugestión que experimentaba siempre que se hallaban juntos, unida esta vez a un ansia ardiente y sin esperanza. Luego, cuando palpó un guante blanco en el cual se conservaban amoldadas las huellas de sus dedos largos y delgados, la impresión finísima de sus coyunturas, las arrugas de la muñeca, sintió como un estremecimiento nervioso que le recorría el cuerpo. Nada más que a la simple vista del guante, ya la veía en los giros elegantes de un vals o hallando el two-steps, con el vestido recogido de manera que ceñía las formas adorables de su cuerpo, el talle esbelto y fino, largo, muy largo; las caderas redondeadas; la garganta delgada de la pierna, de media de seda; el pie marcando un gesto infantil que graciosamente contrastaba con aquellas sus magníficas líneas de escultura antigua; el cuello largo y flexible, el nimbo de oro de sus cabellos en los cuales resaltaban la palidez mate de su tez y el brillo de sus ojos. Parecíale ver la deliciosa languidez de su cabeza echada atrás, al bailar, y la expresión melancólicamente picante de una sonrisa en la

cual se unían el escepticismo y las voluptuosidades, el amor y el hastío. Y cuando hubo colocado el retrato de Nelly sobre su mesa, le pareció al joven que entraba, de nuevo, triunfante, en su corazón, dominadora e irremplazable, con una forma de tentación sensual desconocida y poderosa, como la realización de lo inconsciente de su propio temperamento. Al mismo tiempo se le aparecía Gabriela como acababa de encontrarla a su vuelta, con ojos de desencanto, más gorda, sin la gracia ligera de esos veinte años volados e irremplazables, con algo pesado que contrastaba con la imagen sutil de la otra Gabriela, de la joven americana. El tiempo le había robado su primer amor. Ángel sintió que ya nunca más volvería a ver a esa graciosa creatura ya desvanecida, muerta, perdida muy lejos en los años. En cambio sentía de tal modo, con tan honda profundidad, cómo Nelly había penetrado en él, sobrecogiéndole y dominándole, que bastaban la forma del guante y el simple aroma de su pañuelo, para hacérsela sentir toda entera en fatiga de amor. Sentía fiebre pensando en ella, ansias del deseo, tendencias a tomar el vapor, presentarse a ella y seducirla, aun cuando para eso hubiera de abandonar a su mujer y a sus hijos para siempre, dando irreparable campanada social. En su sueño agitado la veía en todas las circunstancias, con diversos trajes, en las más variadas actitudes, sin poderse desprender de ella que le perseguía como una tentación.

Al día siguiente partieron al campo; era necesario concluir siembras de trigo y prepararse para labores de invierno. La agitación y la vigilancia del trabajo le ocupaban casi todo el día, pero llegaban las horas interminables de la oscuridad. A las seis era preciso encender luces. Leía, o trataba de leer, mientras los pensamientos se agolpaban a su cabeza llenándole de visiones que trataba de apartar en vano. Luego comenzaba la terrible soledad en compañía de Gabriela. Su mujer cosía, en silencio, ropa de niños, o bordaba, o tejía contando sus puntos. De tarde en tarde, el mayordomo, o algún sirviente, le pedía órdenes, o le daba cuenta de algún tropiezo en las faenas; de enfermedades de animales; de potreros que era menester regar u operaciones de bodega; de carretas por comprar o que pedía prestadas un vecino. Luego volvían a sentirse en soledad, los dos, más apartados que nunca.

Gabriela también sufría cruelmente, sintiendo el desacuerdo irreparable entre ambos y su vida irremediamente rota. Ansiaba consuelo, hubiera querido llorar desesperadamente y contar sus penas íntimas, sus desengaños de esa vuelta en la cual esperaba la paz del hogar. ¿Pero a quién podría abrir el fondo de su ser? ¿A su madre, enferma, clavada en una silla? Habría sido imponerle sufrimiento cruel, dolor inútil en sus últimos días. ¿A Magda, su hermana? Era bondadosa, pero tan indiscreta; de seguro pondría el grito en el cielo, se lo contaría todo a su marido, produciendo un verdadero escándalo. Por otra parte, cuando una mujer se ha casado pasando por sobre la voluntad de sus padres, no tiene derecho de quejarse, imponiéndoles nuevos sufrimientos por algo que quisieron evitar en tiempo y que no pudieron; una imposición de orgullo le sellaba los labios. En cambio, en su sacrificio veía la tranquilidad futura de sus hijos. Se educarían en medio del hogar, entre su padre y su madre, de la mejor manera posible. Irene saldría a sociedad, más tarde, y tal vez sería feliz, casándose con hombre bueno y tranquilo. Si ella se hubiera separado, ¿cuál sería la posición de su hija? A los hombres no les gustan las casas donde hay drama, se decía; acaso estaría yo mejor, personalmente, pero sacrificando el porvenir de mi hija. Y callaba sus lágrimas. Ese mismo silencio, esa acusación muda y permanente, desesperaban al marido, irritando sus nervios, por lo cual hacía estallar su descontento con cualquier pretexto, y a veces sin causa: en el fondo había siempre lo mismo.

Un día principió a recibir cartas de las principales tiendas de Santiago. Cobrábanle cuentas de su mujer, gastos varios, inconsideradamente hechos. Gabriela se creía rica, y juzgaba inagotable su fortuna, pues nunca, de soltera, hicieron objeciones a sus gastos. Pero su padre, a quien irritaban profundamente, como degradándole, esas cuestiones mezquinas de dinero, había contraído deudas considerables que acumulaban intereses.

La liquidación de la fortuna de don Leonidas Sandoval se había llevado a cabo con grandes dificultades. Vendieron propiedades, pagáronse deudas, gravose nuevamente la casa de Santiago y el fundo. Pero no podía Gabriela seguir con los gastos de otro tiempo. Ángel recibía diariamente nuevas cuentas que se iban acumulando. ¿Con qué las pagaría? Al llegar se había encontrado con la baja de todos los valores por la crisis iniciada en 1906, a raíz del matrimonio. La dote de Gabriela se hallaba reducida a una miseria, dado el valor actual de los papeles: Ángel sintió la necesidad de poner término a una situación insoportable. Resolvió hablar francamente con Gabriela.

A los dos meses de su regreso a Chile, ya se encontraba en el antiguo círculo vicioso. Un receptor vino a notificarle, por exhorto judicial, la demanda ejecutiva iniciada en Santiago, en contra suya, por uno de los grandes almacenes de novedades y artículo de lujo. La cuenta ascendía a doce mil pesos, y estaban cansados de esperar. Ángel tomó el expreso para la ciudad. Ahora maldecía el plan sistemáticamente seguido por ciertas grandes tiendas de abrir créditos. Comenzaba a conocer la terrible pesadilla de las ejecuciones; las noches de insomnio pasadas en continuas vueltas en su lecho, pensando de dónde sacaría plata; el valor de pedir dinero prestado a un amigo y de hallar la negativa junto con la excusa; el inútil golpear a las puertas de los bancos que se niegan; el ir y venir desesperadamente en todas direcciones, con el embargo encima; la idea fija de una humillación, terrible para el que no se halla acostumbrado a esa existencia. Por fin consiguió nuevo préstamo de su hermano Santiago, hecho en condiciones onerosas y comprometiendo su legítima de herencia paterna.

A la vuelta, Ángel venía caído, mustio, pensando en el terrible día de mañana, en otras deudas, en dificultades pendientes. Su imaginación las abultaba, convirtiéndolas en montaña, mostrándosele todo negro, cerrados y sin salida alguna los caminos. Cada carta le parecía una amenaza, y rompía los sobres temblando, sin saber si al día siguiente se hallaría con alguno de esos receptores de cuello grasiento, con el paquete de escritos judiciales, en una servilleta de cuero, la mirada torva, el gesto sorpresivo. El día estaba nublado; el joven sentía sobre sus nervios, conmovidos por el insomnio, la depresión de la atmósfera húmeda, de la luz descolorida, del cielo cubierto de nubarrones. Los árboles, desnudos de hojas, tenían aspecto desolado, y hacía frío intenso. Parecía que su alma se sumía en la penumbra angustiada de aquel día, pesado y sin aire, como si unas manos invisibles le fueran estrangulando. Por momentos deseaba que todas las ejecuciones llegaran a un tiempo, para verse libre al cabo, de tantas ansiedades como le atormentaban, y en su exasperación nerviosa, llegaba a parecerle que la pobre Gabriela tenía la culpa de cuanto le pasaba. Los «Almacenes del Nuevo París» le habían ejecutado por una cuenta de trajes y sombreros de su mujer. ¿Cómo era posible que hubiese gastado esa enormidad en lujo, en un solo año? Dábanle ganas de patear de cólera, dentro del coche que le conducía a las

casas del fundo, a la vuelta, y la misma placidez tranquila del rostro de su mujer se le hacía insoportable.

Apenas llegado a las casas, la mandó llamar con una sirvienta. Los niños, Irene y Pepito, salieron a recibirle con cariños, los pobrecitos. -«Papá, ¿qué nos trae de Santiago? ¿Compró caramelos? ¿Se acordó de mi tambor?...» El joven los hizo a un lado desabridamente y los chicos, extrañados y heridos con semejante brusquedad, se echaron a llorar. En ese instante entraba Gabriela, que se puso pálida: «¿Qué les has hecho? ¿por qué lloran los lindos?»

Ángel dijo a los niños secamente, sin contestar a su mujer: «Váyanse, que tengo que hablar con la mamá...»

Ella se sentó en una silla, lentamente, con el rostro contraído y los labios apretados. No se miraron, pero ya sentían, el uno en presencia del otro, indecible malestar que crecía por momentos, como dos enemigos que tienen que hablarse. Gabriela miraba, a través de los vidrios de la ventana, el campo yerto y Ángel se paseaba, a grandes trancos, por el vasto salón, con la mirada clavada en el suelo: pero ambos se veían y se sentían en una atmósfera hostil. Junto a esa ventana, años atrás, habían cambiado juramentos de amor con la mirada; Ángel lo recordó, de súbito, pareciéndole como desesperante ironía.

Y sin poderse contener, entró violentamente en materia, refirió sus padecimientos, la ejecución, las dificultades para encontrar dinero. Era vida insoportable, y ella tenía la culpa de todo, de todo absolutamente, con su lujo insensato, con su afán de rivalizar en trapos y sombreros con amigas millonarias. Gabriela se defendió como pudo. Los dueños de la tienda tenían la culpa, escribiéndole circulares, haciéndole saber que habían llegado nuevos sombreros y géneros de moda; la tentaban y se los metían por las narices y por la cara. En vano se negaba a tomarlos, decíanle que no se preocupara por el pago, que ella lo haría cuando quisiera, sin apuro. La francesa, jefe de la sección de modas, la seducía con sus sonrisas y sus cariños... «Señora, este sombrero le sienta a Ud. tanto... Se ve divina... c'est ravissant...» -«Pero si no puedo comprárselo, trescientos pesos es muy caro..., mi marido no tiene dinero...» «Su marido está millonario...» le contestaba la francesa... «Con un traje elegante la querrá mucho más..., se lo dejo en doscientos ochenta... Es de balde..., pero sólo por la simpatía que tengo por Ud...»

Ángel sonreía sarcásticamente. A su turno hablaba con dureza, quejándose de los despilfarros, del hijo, y sin saberlo, iba levantando el diapason de su voz. Era una vergüenza lo que pasaba. Y contó el caso de cierta señora, conocida de ambos, que se hacía pagar sus cuentas por el amante. A eso se llegaba por la pendiente resbaladiza: a la pérdida de la vergüenza y de todo pudor. Eran intolerables aquel camino y aquella vida que conducían a la ruina y a la infamia. Estaba «hasta aquí», decía señalando la coronilla de su cabeza, con las deudas y los malos ratos.

Ángel se paseaba a grandes trancos por la pieza, gesticulando violentamente, contra su costumbre, poseído de una tendencia incontenible a la acción. Pero, de repente, se detuvo, pues con los movimientos desordenados se le habían salido los puños. Su voz exaltada se calló, escuchándose en el silencio, el rumor acartonado de esos puños que volvían a su sitio.

Esto produjo disonancia chocante entre la futilidad del gesto y la gravedad de lo que hablaba.

A su turno la mansa y calmada Gabriela tuvo un movimiento de revuelta. «No toleraría ya más ni esas recriminaciones, ni semejante lenguaje»... Al fin y al cabo gastaba su propia fortuna, la herencia de su padre... «Me como lo mío, ¿entiendes?, lo mío... y no tengo que darle cuenta a nadie!...»

Ángel se quedó estupefacto, ante el lenguaje y el tono empleado por su mujer. Era tan grande su sorpresa que no volvía en sí... ¿Era aquella la Gabriela con quien se había casado? Pues había sufrido transformación inmensa; tenía otra alma, que él no sospechaba, y que le parecía monstruosa. «¿Qué causa secreta la había mudado a tal extremo?», fue lo primero que se le ocurrió pensar. Ambos callaron un momento.

Y cortando el silencio, la joven, con tono frío, que pareció por eso aún más insultante, le dijo con desdén:

-«¿Y por qué no trabajas? ¿Quieres decirme? En algo que nos dé lo necesario».

Entonces, por primera vez, Ángel concibió la duda de que su continuo juego de Bolsa no fuera trabajo, y contestó sonrojándose involuntariamente: -«¿Que no me has visto día y noche ocupado en negocios de Bolsa?»

«¡Ah!..., antes me decían que eras millonario... Ahora, acaban de contarle a mi mamá que te encuentras arruinado... ¿Y mi herencia, dónde está?...»

Esta vez, el marido no supo qué contestar, tan grande era su sorpresa, y tan de improviso le cogió la pregunta. Sintió, sobre sí, el peso de una gran humillación; había querido confundirla, refrenarla en sus gastos, y, más que todo, descargar sus nervios tan conmovidos por las agitaciones, y se encontraba convertido de acusador en reo, y sin escape, sin respuesta, vencido. Todas las delicadezas y pundonor de hombre y de hidalgo quedaban bajo las patas de los caballos. Sintió que indirectamente se le echaba en cara el vivir a costa de su mujer, el no tener fortuna propia, el haber perdido la de Gabriela... Y la conciencia de que todo aquello era cierto y de que no podía negarlo, le infundió una desesperación creciente. No había en el mundo ser más desgraciado que él... De ahí le mordió un sentimiento de odio en contra de Gabriela, en forma tal que no lo dominaba y se arrojó sobre el sofá con la cabeza entre las manos. Entonces, de nuevo, surgió el pensamiento monstruoso, ya rechazado con horror otras veces: quería ver morir a Gabriela, hacerla desaparecer, por algún medio, sin que ella sufriera, y sin que lo supiera nadie... Matarla... El corazón le latía apresuradamente y sentía la boca llena de saliva...

Las últimas hojas amarillentas caían de los árboles al final del otoño, o más bien, ya entrado el invierno. Ángel, arropado en su manta de lana, de vicuña, con el corbatín arrollado al cuello, iba por los caminos centrales de la viña, al paso largo de su caballo que hacía resonar las espuelas. Cuadrillas de podadores cumplían su tarea, cortando cargadores y pitones con chasquido seco de tijeras. Era una hermosa viña de uva carbenet, perfectamente alambrada y tenida toda limpia de maleza. El joven recorría la faena mirando a todas partes, inspeccionando cuidadosamente las labores y de trecho en trecho, bajándose del caballo para ver personalmente el largo que iban dando a los cargadores y a los pitones, con arreglo al sistema Guyot; hacía observaciones, llamaba al viñatero, y luego proseguía. Una sensación de hielo y de tristeza subía del alineamiento regular de los alambres y de las plantas desnudas, cuyos sarmientos negruzcos se retorcían de trecho en trecho como arañas. Los alambrados a pérdida de vista, en líneas paralelas y regulares, le producían impresión de mar y de extensión, aumentando el descorazonamiento que de algunos días a esa parte le roía las entrañas.

-«¿Por qué hay tan pocos trabajadores en la viña?», preguntó mal humorado al mayordomo.

Éste se rascó la oreja, enarcó las cejas y contestó con el tono pausado de los «huasos».

-«¿Que no ve que es san lunes, patrón, y que los curaos andan arando, no más, por los caminos?»

-«Ya lo sé; pero debía haber más peones..., de otra manera no acabaremos nunca la poda..., por lo menos unos treinta podadores...»

-«No es náa lo del ojo... Acabo de echar el quilo pa juntar los que ve su mercé...»

-«¡Pero esto no se puede tolerar...! ¡Ese hombre no ha podado en su vida! Miren cómo corta los cargadores...», gritó el joven señalando una parra.

-«Otra te pego», refunfuñó entre dientes el mayordomo, «el patrón está bien de mala... a que no se aguanta a sí mismo...»

Y así era, en efecto. Ángel estaba de humor emperrado, hablaba poco, andaba taciturno y descontento de todo. En cambio, nunca a los ojos de la servidumbre, se había mostrado el matrimonio más unido. El joven prodigaba atenciones a su mujer, le hacía venir dulces, postres y conservas de Santiago. De su último viaje le había traído «Femina», «Le Theatre» y otras revistas ilustradas. La joven se quejaba constantemente de jaquecas, desvanecimientos y vómitos. Cuando se había sentido mal, el marido había partido a los pueblos vecinos en busca de médico.

Gabriela decaía visiblemente, estaba pálida y ojerosa. Había enflaquecido tanto que las chaquetas le quedaban anchas. Los médicos no atinaban con la enfermedad. El doctor Morán había dicho que se trataba de algo interior, pero había dado a entender a su madre, con guiñadas de ojo, que era caso corriente con el matrimonio. El doctor Boildieu, consultado por la familia, creía que era enfermedad nerviosa. Admiraban las

preocupaciones de Ángel, cómo cuidaba en lo posible a su mujer. Nunca matrimonio se había presentado mejor a los ojos del mundo. Cuando pasaban juntos en victoria por las calles del centro, ella, un poco pálida pero sonriente, y él inclinado a su oído, murmurándole palabras afectuosas o se bajaba a comprarle dulces y flores escogidas en la tienda de Santa Inés, o recorrían juntos los escaparates de una librería escogiendo libros, la gente les contemplaba con envidia. Para el mundo constituían ya un matrimonio feliz y reposado; eran una pareja de gran tono, cuya amistad se solicitaba por los que deseaban figurar en el grupo de moda, cuyos saludos se cotizaban en los círculos de snobs y se buscaban como adquisición que enaltece en la feria de vanidades mundanas. Los sombreros se alzaban, las cabezas se inclinaban respetuosamente cuando ellos pasaban orgullosos, distraídos, henchidos de vanidad inconsciente, sin ver a nadie, otorgando medio saludo, inclinación de cabeza imperceptible, como dos semi-dioses, mientras una niña decía a su amiga:

«¿Vistes a Gabriela Sandoval? ¡Qué elegante iba! ¡Qué sombrero tan lindo! ¡Qué buen mozo es Ángel Heredia! ¿Te fijaste en la pareja de caballos? Valen, por lo menos, seis mil pesos...»

Y el mundo les admiraba, les envidiaba, les codiciaba, después de haberlos calumniado como es costumbre. Gabriela continuaba, como antes, en el mismo sistema de lujo y derroche. Su marido nada le decía, dejándola obrar como si sus negocios prosperasen en medio del universal decaimiento; hasta parecía fomentar, por el contrario, sus gustos dispendiosos, dándole anillos y prendedores que ella no solicitaba. Y por extraño fenómeno, a medida que aumentaban los extremos del no sospechado y súbito cariño del marido a los ojos del mundo, la mujer experimentaba hacia él pavor desconocido, terror sin causa, el recelo de algo irreparable y tremendo, sin que pudiese explicar a nadie lo que sentía. ¿Y a quién hubiera podido decirlo? ¿A su madre? No era posible aumentar las ansiedades ni los sufrimientos de una mujer clavada en lecho de enferma y acosada por el remordimiento de haber puesto de su parte cuanto era dable para el desgraciadísimo matrimonio de su hija. Ambas se miraban, y se comprendían, pero no podían decírsele todo. ¿Hablarle a Magda? Pero si era la ligereza misma, si la había comprometido de todas maneras, si se había comprometido a sí misma con su lengua desenvuelta y sus caprichos absurdos. Ya se comenzaba a murmurar en sociedad la historia, imaginaria a su entender, de los amores de Magda con Pepe Arcos, el refinado elegante, el Petronio de barba negra. Dado el carácter de su hermana, no ignoraba que largaría a los cuatro vientos cualquiera confidencia, y se trataba de cosas tan delicadas que no eran para repetidas. Pero se había acumulado tal cantidad de pequeños, casi imperceptibles, incidentes, que la joven se sentía ya inquieta, acosada por duda que crecía por momentos y se hacía de todo punto insoportable. El peso de la horrible comedia cala entero sobre sus espaldas: Ángel no solamente no la amaba ya, sino que la odiaba con toda la intensidad de una pasión feroz, tan fuerte como su antiguo cariño. Eso lo reconocía en ciertas vibraciones de su voz; en tales entonaciones que sólo ella notaba; en vacilaciones rápidas de su pupila, aun cuando aparentaba mayores atenciones y afecto; en un temblor nervioso que no siempre ocultaba al ponerle su abrigo, al darle la mano a la bajada del coche. Había, sobre todo, un movimiento del párpado, involuntario e inconsciente, y leve contracción de la boca, apenas perceptible, que la llenaban de íntimo espanto. Luego esos decaimientos súbitos de su salud, esas fatigas y vómitos sin causa la llenaban de sobresalto, particularmente después de un hecho

inexplicable y sospechoso. Uno de los médicos le había recomendado que tomara ciertas dosis de café, cuando el corazón comenzara a fallarle y disminuyera su pulso, en esos extraños ataques que solían sobrecogerla, enfriándola toda entera. La Tato, su vieja sirvienta, le dejaba preparada una tacita sobre su velador, junto a un anafe. En cierta ocasión le había faltado azúcar, acaso por olvido de la Tato, y su marido, sin que ella lo llamara, se había presentado. Otra noche, se había sentido mal, dándose vueltas en la cama, sumida en la modorra insoportable del insomnio. De repente, había sentido el crujir imperceptible del entablado, luego otro rumor, un silencio, y otro; había cerrado los ojos, presa de súbito miedo, pensando en historias de aparecidos. Pero un malestar indecible la desazonaba; los abrió, hallando a su marido, de pie, junto al velador. ¿Qué podía traerle a esa hora, a las dos de la mañana? -«Creí que te sentías mal...», le dijo, y salió.

Diez días después se había sentido nuevamente presa del mismo indescriptible malestar físico. El Doctor Boildieu le había dado inyecciones de morfina, enseñando las aplicaciones a su marido. Con esto había experimentado un placer indecible, sentíase más ligera, más alegre, borrándose toda preocupación moral, en medio de la alegría física. Ahora crecía en ella un remordimiento sordo. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a dudar de su marido, del padre de sus hijos? Ni siquiera se atrevía a pronunciar mentalmente la fórmula del envenenamiento que sin embargo la sobrecogía de un terror loco. Luego las inyecciones se repitieron, produciéndose en ella sentimiento nuevo de gratitud hacia Ángel que calmaba sus dolores y la aplicaba, con mano ligera, inyecciones y remedios. Se notaba, en su marido, esfuerzo visible, por mejorarla, y ella misma sentíase mejor. Hasta el propio Doctor Boildieu le había hablado, con emoción, de los cuidados y atenciones de Ángel.

Una mañana, al despertar, no quiso tomar desayuno, sentía cierta repugnancia en el estómago. La «Tato» se había llevado la taza de café con leche, dándosela en un platillo a «Bijou», la perrita fox-terrier. Dos horas después, el animalillo se retorció desesperadamente; murió. Y cuando la «Tato» dio la noticia a su ama, se miraron ambas en silencio, sin atreverse a formular sospecha, ni buscar causa atenuante. La vieja sirvienta, que amaba a Gabriela como hija, con ese afecto de esclavas de la antigua servidumbre de grandes familias chilenas, estaba desesperada; la sobrecogía una zozobra invencible. La joven, profundamente conmovida, le pidió por la memoria de su padre, por el nombre de sus hijos, que no dijera nada, sucediese lo que sucediese. Es que el concepto del honor de la familia suele producir, en Santiago, los efectos más extraordinarios; el padre llegaría hasta callar un crimen en que se encontrara comprometido su nombre, sacrificando a ese aun los sentimientos más naturales y más humanos. El padre de sus hijos no podía ser criminal..., ni parecerlo.

Sobrecogida, luego, por terror creciente, y por amor no sospechado a la existencia, que era, sin embargo, infierno; arrastrada por el instinto humano de conservación, Gabriela quiso volver a Santiago. Se sentía protegida en medio de la familia, en el bullicio, en el hormiguero del movimiento mundano. Y paseaba, en sociedad, por salones, carreras, bailes y teatros, la agonía de su drama íntimo, de sus temores ya casi convertidos en certidumbre, pero inconfesables.

- VI -

Ángel se dirigió al Club, en la tarde, como de costumbre. Halló un grupo de socios, en la puerta, comentando las noticias del día, unos, viendo pasar la gente, otros. El patio, con sus palmeras, sus plantas siempre verdes y sus estatuas de bronce obscuro, le causaba sensación de agrado. Saludó, al pasar, a Bamberg que comentaba las cotizaciones de Bolsa puestas en el tablero, y se detuvo, un momento, junto a un grupo de sportmen que discutían las condiciones de la yegua Flirt, de fina sangre, nacida en el país, hija de padre y madre importados. De ordinario, el joven hacía unos saludos desganados, a medias, que le suscitaban malas voluntades, pero de algún tiempo a esta parte, desplegaba ostensible amabilidad con la gente, esforzándose en prodigar saludos y sonrisas, que le resultaban un tanto forzadas -obedecía instintivamente al sistema de disimulación que se había impuesto; quería prepararse buena atmósfera.

Con paso largo y desmadejado penetró a la cantina, toda inundada de luz eléctrica que caía a plomo sobre los grupos de bebedores, sentados junto a mesitas barnizadas de claro. Hiciéronle señas, desde una, para que se acercara; acababan de mandar pedir los dados al «Tirano», tipo de clubman, bajo de estatura, hundido de hombros, vividor, buen compañero. Era, en la materia, autoridad. Desde que se había desterrado ese juego, por orden del Directorio, andaba con una colección de dados en el bolsillo del chaleco. Le miraban como juez, y sus fallos eran inapelables, ya se tratara de casos difíciles de «Poker», o de «Chicago» -«No vale, señor, es caso de empate... Tampoco vale, porque el que tiene los dados en mano, comienza en el empate...» Sus reglas formaban un código, y se le miraba como inapelable.

Rodaron los dados, pidiéronse copas y Ángel, frente a un «whisky and soda», metió su cuchara en la conversación. El «Senador» Peñalver atacaba el matrimonio. «Es una institución absurda y anticuada, decía, propia de la Edad Media, pero incomprensible en la sociedad contemporánea, y de la cual se reirán vuestros nietos... Hoy día, el hombre que haga semejante disparate, sólo puede tener disculpa si su mujer le lleva un millón de dote... Como dijo Nuestro Señor Jesucristo: 'No sólo de pan vive el hombre...'»

Celebraron todos esta nueva interpretación de las Sagradas Escrituras.

-«Su cálculo significa unos quinientos mil por barba», agregó Javier Aguirre. «Eso es poco... Es casi nada con el cambio a nueve. Yo subo la dote a dos millones...»

-«¡Otra te pego!», dijo a su turno Leopoldo Ruiz. «No es nada lo del ojo... Dos millones... Con esos querer cualquiera niña le dirá a uno: 'Adiós, que me voy llorando y te dejo...'»

«Pues yo sólo me casaré cuando se arregle matrimonio por tiempo limitado, como los nuevos medidores de la compañía de gas», observó Polo Sánchez bebiéndose un cocktail.

«¡'Senador' date a preso...», gritó Leopoldo Ruiz, golpeando el hombro de Peñalver... «Más fácil que casarse es ir a tomar frutillas a Renca...»

Aludía Ruiz al cuento, de todos conocido, de cierta joven que se había fugado de la casa paterna en compañía de un dependiente de tienda. Sorprendida en Renca, por la justicia, contestó que se había ido a ese lugar, junto con su raptor, «a comer frutillas» que tanto abundan por esos parajes y son sabrosas.

Julio Menéndez arrojó sapos y culebras en contra del matrimonio. «Casi todos los que él conocía estaban mal avenidos; marido y mujer andaban como el perro y el gato. Era todo hipocresía y disimulación; los que se arañan dentro, al lado de afuera de la puerta se besaban casi, para que la gente les viera. Todo era engaño, farsa y mentira...» Citó luego casos, sacó nombres a relucir...

Ángel escuchaba en silencio, poniéndose rojo como tomate, la vena de la frente se le hinchaba, mientras Menéndez continuaba su plancha, sin darse cuenta, con gran aplomo. Pero Heredia, que se contenía a duras penas, dio una gran voz, interrumpiéndole groseramente: «Eso es una estupidez», dijo, y movía los brazos violentamente, metiéndole al otro los dedos por los ojos. «Es una mentira... ¿De dónde saca Ud. que todos los matrimonios andan tan mal avenidos?... ¿De dónde?... ¿Por qué no han de ser las mujeres virtuosas y los hombres honrados? Estoy hasta aquí... de mentiras y de calumnias; vivimos perpetuamente desacreditándonos y amargándonos la vida, devorándonos unos a otros como los caníbales... Esto ya no se puede tolerar...»; y al pronunciar estas últimas palabras dio un gran golpe en la mesa con el puño. Su voz había subido el diapasón, sin que él mismo lo notara, y en las mesas vecinas se había formado gran silencio. Julio Menéndez, pálido como un mantel, se puso de pie, oyéndose con sonido lúgubre el arrastrar de la silla por el piso. Los corazones palpitaban, la escena iba a concluir a botellazos. Los amigos intervinieron, hablando todos a un tiempo. Estaban estupefactos de la salida de Ángel sin venir a cuento y de aquella explosión formidable y súbita. Diéronle explicaciones, si nadie quería ofenderle. Luego todo se tranquilizó, destapándose «un frasco de Champaña»...

En los pasillos se hablaba ya de duelo, contándose historias de desafíos; se recordaba uno que cuatro años antes estuvo a punto de costar la vida a un general. Momentos después comenzaba el gran match de billa, en el salón central de billares, y nadie se acordaba ya de lo ocurrido.

Ángel Heredia, con el cuello del gabán alzado se retiraba a su casa cuando vio salir al Doctor Pascual Ortiz, a quien se acercó, saludándole amablemente. Seguían el mismo camino, calle Huérfanos abajo. ¿Por qué no se irían juntos? Era Ortiz joven pobre y bastante inteligente. Su lucha por la vida había sido extremadamente ruda. Amigo, en otro tiempo, de Ito García, de Antonio Fernández, y del grupo de jóvenes elegantes de la generación anterior, aun cuando no había figurado en la misma sociedad, la conocía a fondo, por las facilidades especiales que la profesión procura a ciertos médicos; vislumbraba el mundo de miserias, de rivalidades, de envidias, de odios, de ambiciones, de vanidades, de pobreza dorada, de lujo de oropel. Más de una vez, tomándole por cobrador, le negaban la presencia del enfermo a quien iba a visitar, o bien tenía que dejar dinero para medicinas en casas al parecer acomodadas. Tal conocimiento de la vida lo puso misántropo. No dejó de extrañarle, siendo agudo y observador como era, la amabilidad desusada de Heredia. Aceptó, no obstante, con la debida cortesía, las obsequiosidades y la compañía de

Ángel que le alargaba un cigarro puro; prendieron y echaron a andar por la calle de Huérfanos abajo. Ángel hablaba exageradamente de su amor por los animales, en especial por caballos y perros; el doctor, que no entendía gran cosa de sport, asentía amablemente con la cabeza, experimentando cierta sensación no razonada de vanidad en tratar de estas materias, de las cuales se había burlado tantas veces y que ahora se le presentaban, por una asociación de ideas, con todo el prestigio del gran tono, de vida ociosa y elegante. Heredia, con el puño de plata de su bastón en alto, el sombrero echado atrás, y el tono convencido, hablaba de su pasión por una perrita fox-terrier que le habían regalado, y era tal su mala estrella que, según le acababan de asegurar, estaba loca. Por eso, con pena profunda, resuelto a matarla, había cogido su revólver, pero no había tenido coraje para ultimarla. - «Quisiera hacerla morir de un modo humanitario, sin dolores, ni sufrimientos... ¿No existe algún veneno que destruya en esa forma?...» El doctor reflexionaba. El arsénico era brutal, así como el fósforo... Una inyección de cocaína sería eficaz, en regular dosis. El cianuro de potasa era, también, un veneno extraordinariamente activo, y tenía la peculiaridad de no dejar huellas en las vísceras. Pasados unos pocos días desaparecía enteramente. La atropina y la digitalina eran lo mejor. Y luego se puso a disertar sobre los nuevos y terribles tóxicos descubiertos por los químicos últimamente. Ahora se sabía, de fijo, la composición del célebre veneno de los Borgia, incoloro e insaboro como el agua, que no dejaba rastro ni huellas y que consumía lentamente a una persona, disecándola, momificándola, destruyéndola como una enfermedad desconocida.

Heredia le escuchaba con vivísima atención, sin perder palabra. Un velo transparente de neblina se arrastraba por las calles envolviendo los focos de luz eléctrica en nimbos pálidos como de luz de luna. Las aceras se habían humedecido, tomando color negruzco, y en la calle silenciosa resonaban la voz del doctor y el sonido de sus tacos. De repente se detuvo, y en son de broma, dijo, con su voz cavernosa, a Heredia: «Pero hombre, ¿qué piensa Ud. matar alguna persona?» Éste soltó una carcajada sonora y le estrechó las manos efusivamente. Acababan de llegar a la esquina de San Martín.

- VII -

La comida anunciada, desde hacía una quincena, en casa de Marta Liniers de García, debía figurar entre los acontecimientos del pequeño gran mundo santiaguino. «Paco», su marido, tenía fama de gastrónomo eminente, de eximio catador de vinos, y de autor sin rival de minutas de banquete. Inútil para las cosas serias de la vida, incapaz de comprender esos problemas ardientes de la sociedad moderna, había gastado su fortuna en comer, en Londres, donde había residido muchos años, en compañía de damas de nombre y de fortuna considerable o de sus hijos, quienes le hacían el alto honor de pedirle prestado un dinero que jamás le devolvían. En cambio, a Paco se le llenaba la boca nombrando con unción casi mística a Lady Avendale o a la Marquesa de Dunmore. Era loco por el sport, y había pagado cincuenta libras esterlinas, en remate, por la huasca del famoso jockey Max Oliphant. Así derrochó cerca de un millón de pesos, casándose, en seguida, con Marta, a quien deslumbraban las corbatas, los chalecos, las levitas y hasta el lenguaje de su marido que en cinco minutos metía en la conversación los nombres de un par de lores, de dos

millonarios y hasta el de don Mariano y el Presidente, concluyendo la enumeración con los pedigrees de los últimos ganadores en las carreras. Pero en materia culinaria, su autoridad era inapelable. Como detalle de importancia capital, decían en el Club, que los mozos servirían la comida de librea violeta y de calzón corto y zapato con hebilla. Se comentaba, con viveza, el nombre y calidad de los invitados, los trajes que llevarían las señoras; extrañábase que se hubiera invitado a fulano y no a mengano. Circulaban cuentecillos, chismes de toda especie; referíase que Paco García andaba preguntando a la gente, en el Club, si había visto a Pepe Belmar, con quien debía tratar un asunto culinario, sin darse cuenta de cómo se murmuraban historias, dándole por amante de su mujer. Pero Paco no podía resolver ningún detalle sin consultarlo. Por su parte, Belmar le había ofrecido regalarle todas las orquídeas de la mesa. «¡Qué diablos! Con algo había de contribuir...», exclamaba Javier Aguirre.

-«El matrimonio, amigo mío, le contestó Peñalver, según ha dicho alguien que no recuerdo, es una cruz..., y tan pesada, que para llevarla se necesitan dos..., y a veces tres. Ahí tiene Ud. la razón de por qué yo no me he casado a la edad de treinta y pico...»

-«De sesenta...»

-«No; de dos veces treinta...»

El día de la comida fue acontecimiento memorable. Estaba la escalera adornada de plantas, de sicas, bambúes y palmas; el pasamanos cubierto de enredaderas de copihues que destacaban sus delicadas flores encarnadas, de brillo de cera, sobre el fondo verde y reluciente de sus hojas... Paco García andaba en la gloria, ocupado hasta en los más ínfimos detalles de etiqueta, en la cual ponía todo su amor propio. Nadie le igualaba en materia de minutas, como decía Ruiz, o de menú, como llamaba Magda. Poseía ciertas recetas especiales, como la de una sopa de ostras y tortuga en leche, un postre de plátanos asados y pasados por miel, y había hecho viaje a Lima para comer, en compañía de su tío José Francisco, la «sopa teológica» cuyo secreto conservan, desde hace un siglo, las descendientes de cocineras de Virreyes. Esto, sobre todo, entusiasmaba a Paco: el comerse lo que había paladeado, un siglo antes, el jefe supremo de las colonias españolas. Y como suspiraba, recordando las marquesas y condesas en cuya compañía había comido en el Carlton y el Savoy de Londres y en los grandes Restaurants de Picadilly; esos platos inolvidables constituían el orgullo de su vida. Tal emoción, para él, sólo era comparable con la que le había producido la entrevista con su Santidad el Papa León XIII, quien le había concedido el honor insigne de audiencia especial, en compañía de la colonia chilena. Paco, por su fortuna y su elevada posición, recibió el encargo de hablar en nombre de todos, pues en Chile, para las representaciones colectivas, se prefiere a los hombres adinerados sobre los inteligentes. Mas en la presencia augusta del Jefe de la Iglesia, delgado, fino, vestido de blanco, imponente, el joven García perdió los estribos, comenzando su speech de esta manera... «Santo Padre: Yo viaggio con quattro domesticci e cinque bambini...» Al pronunciar tales palabras se le agotó la inspiración, y el discurso se hizo clásico. Esto no obstante, Paco mantuvo, a la vuelta, su prestigio de hombre de tono. Ahora se encontraba tan ocupado como en días de procesión, cuando estaban a punto de salir las andas de la Iglesia. Iba y venía, como ardilla; examinaba las libreas de los sirvientes, con todos sus botones y zapatos; el arreglo de flores en la mesa, sobre la fina tela

de seda y encajes llamada chemin de table; probaba personalmente el «punch a la romaine» y los vinos; levantaba esta flor, enderezaba aquella vela en su candelabro Luis XV, arreglaba tal cuadro. Y por uno de esos detalles cómicos de la vida santiaguina, al cochero francés le había transformado en «maitre d'hotel» echándole al cuello una cadena plateada.

A pesar de eso, el conjunto resultaba verdaderamente elegante y de gusto, el arreglo de flores bien hecho, todo sobrio, el servicio silencioso y preciso, los lacayos en su puesto, el vestuario con sus números y servidores listos, despojaba de sus abrigos a los invitados. A cada instante resonaba el estrépito de tronco súbitamente detenido, de portezuela que se cierra de golpe, acompañado del destello luminoso de los faroles niquelados; y cruzaban rápidamente las señoras envueltas en pieles, mostrando los encajes de las enaguas al recoger la falda para subir la escalera. Marta, elegantísima, vestida de terciopelo violeta bordado de plata, recibía de pie, en el vestíbulo, en compañía de Paco García, con los bigotes cortados a lo Roosevelt, y un cuello tan alto y tan tieso que estaba a punto de estrangularlo, pero, con esto, y gran posesión de sí mismo, él se tenía por un Conde d'Orsay.

En casa de Sandoval se alistaban para la comida. Gabriela recibió los últimos toques. El peluquero compuso pequeños detalles, alzando crespos, desprendiendo ondas, y se colocó a distancia, mientras la modista arreglaba prendidos de lazos en el escote. La joven estaba elegantísima con su traje de seda lila que ceñía, como estuche, sus formas llenas, la morbidez de sus caderas, las turgencias de su seno, la línea esbelta de su talle. Las mangas eran cortas y terminaban en ondas de encajes que caían sobre el larguísimo guante blanco, terso y fresco. Su mano, larga y delgada, recogía la falda del vestido, con lo cual se diseñaba, nítida, su pierna escultural. Era la belleza opulenta y cálida de una flor de conservatorio, de color blanco mate y de tez azulada en su transparencia enfermiza y exangüe.

Pepa Alvareda la contemplaba con admiración: «Estás adorable, mi linda; pareces una diosa... Todos los hombres deberían adorarte de rodillas...» Manuelita Vásquez se acercó, besándola y abrazándola: «Eres ideal...»

-«¡Cuidado con despeinarla!», gritó Magda que esperaba ya lista, contra su costumbre. También asistía a la comida de Marta. Las amigas y primas las ayudaban en los últimos arreglos. Sacaron de su estuche el collar de perlas, de gran valor, colocándolo suavemente sobre la garganta de Gabriela; pusieronle, prendida en el pelo, a un lado, la pequeña corona Condal, de perlas con brillantes, hereditaria en la familia; cubrieronla con capa de capucha de encajes, y se dio la señal de partida.

Ángel, en compañía de Sanders y de Javier Aguirre, esperaba en el saloncito, fumando cigarrillos Maryland y charlando sobre el asunto del día, la caída del Ministerio. El reloj señalaba las ocho. Al ver a las señoras, todos se pusieron en movimiento. El joven divisó una carta en el piso del vestíbulo, y se agachó para recogerla: «Espérame en el coche, que te alcanzo», dijo a Gabriela, y se detuvo un segundo.

La carta estaba escrita a máquina y era anónima: «Abre bien los ojos, Ángel, le decía, y mira. ¿Que te has puesto demente o ciego? Tu mujer te engaña. Está enamorada de

Leopoldo Ruiz. Ayer, a las seis, se vieron en el Cerro Santa Lucía; el lunes, a las cuatro, en la Quinta Normal. En el teatro, se sientan juntos y conversan la noche entera... Sólo tú ignoras lo que sabe todo Santiago. Una amiga.» El primer impulso del joven fue arrugar la infame misiva, arrojarla sobre el piso de mármol, y patearla; pero en seguida la recogió, la desarrugó y la introdujo en el bolsillo del frac. Gabriela esperaba en el cupé. Ángel abrió la portezuela, cerrola violentamente, y el carruaje partió con la suavidad de las ruedas enllantadas y el trote regular de los caballos hackneys.

-«¿Qué tienes?», preguntó con timidez Gabriela.

Reinó, entre ambos, silencio pesado. Ella presentía algo ignorado y angustioso; la oprimió la congoja de la terrible situación ya diseñada entre ambos y agravada, pero llegada ya a la crisis. Y esto hacía latir su corazón con el desorden loco de los grandes miedos, y helarse las gotas de sudor en su frente, mientras, por una extraña ley fisiológica, su pulso se debilitaba.

-«¿Estuviste el lunes en el Santa Lucía?», preguntó secamente Ángel.

-«Sí...»

-«¿Y por qué no me habías dicho nada?»

Gabriela calló.

-«¿Estuviste sola?»

-«No, con Magda».

-«¿Y nadie más?»

-«Allá se juntaron con nosotras... César Elduayen y Leopoldo Ruiz». Gabriela se había estremecido y su voz se perturbaba visiblemente. Era que desaprobaba aquellas citas dadas por Magda, ignorándolo ella. Ahora sentía la complicidad de tales citas, y la conciencia de su responsabilidad, que en este momento se le aparecía clara, llenábala de inesperada turbación.

-«¿Estuviste el lunes en la Quinta Normal?... ¿Con quiénes?...», preguntó Ángel con esa voz blanca, incolora, que infunde tanto terror a las mujeres.

-«Sí...», contestó Gabriela, sintiendo que la voz se anudaba en su garganta... «Con los mismos». Perdía la cabeza, estaba confundida, y a pesar de ser inocente, se sentía culpable por la forma y el tono en que se desarrollaba el cruel interrogatorio de su marido. Luego quiso dar explicaciones, mas él se las cortó con gesto autoritario, sin murmurar palabra, de modo brutal. Ángel experimentaba súbito ardor en la cara, pues la sangre se le subía a la cabeza; sentíase dominado por una cólera irreflexiva, con deseos de romper los cristales, de golpearla, de ejecutar actos de irrazonada destrucción. No eran celos; había conservado el fondo de conciencia de sí mismo, y bien veía que ya no la amaba. Pero sentía renacer,

dentro de sí, vanidad desmedida; era todo el orgullo de raza de los Heredia, impetuoso y altanero, como en los tiempos en que sus abuelos vistieron coraza para luchar en contra de moros españoles y de los indios araucanos; era el sentimiento de sorpresa indignada al ver su nombre, junto con el de su mujer, puesto en la picota del escándalo, arrojado a los cuatro vientos, en vergonzosa revoltura con otros nombres conocidos de él, y salpicados de lodo y de ridículo. No se paraba a considerar si Gabriela era o no era culpable; bastábale con que la gente lo creyera, y con que ella, por ligerezas de conducta, diera motivo a infames habladurías. Le había entregado su nombre para que lo mantuviera sin sombra de sospecha, como la mujer de César; no le había dado un nombre cualquiera, sino uno de los más conocidos de Santiago, de pura sangre azul por sus cuatro costados. Y ella lo dejaba caer en el lodazal, exponiéndolo a esos anónimos, a las murmuraciones de vividores y de mujeres que disimulan o creen ocultar sus faltas propalando las ajenas... Y cerrando los ojos parecía ver a Carmen Velarde o a Pilar García, sonriendo para mostrar los dientes menudos y bajando el tono para contar, con risita melosa y a media voz, la historia de las citas de Gabriela Sandoval, y cómo las virtudes más estiradas tienen fragilidades y caídas...

El carruaje se detuvo un instante, en la calle de San Martín, ante un tranvía eléctrico al cual se le había cortado la corriente. La súbita detención le hizo saltar, de tal manera se habían excitado sus nervios.

¿Y si en realidad Gabriela fuese culpable? ¿Acaso no existía, entre ellos, sentimientos insoportables y latentes de odio, corrientes de hostilidad muda, reveladas, en todo, en tanto que las leyes, la religión y la sociedad les obligaban a mantenerse pública, legal y socialmente unidos en aquel infierno? ¿No era acaso lo humano, lo natural y lógico, lo fatal que ella buscara por instinto el amor en otro? ¿Acaso no estaba mirando en todas partes el funcionamiento seguro y fijo de las leyes de la especie, de afinidades y de repulsiones, de oscuros instintos sexuales que obraban tan seguramente como el imán sobre el hierro? Esas desconocidas atracciones de carne y de sangre y de nervios se ejercían a pesar de tenaces y desesperadas resistencias morales de algunos, de sublevaciones íntimas de ideal, de protestas, de sentimiento arraigado por la adulación, y así venía el naufragio de sólidas virtudes que de repente desfallecían y se entregaban. Al llegar a este punto, Ángel tuvo, en la imaginación, la visión precisa y brutal, la visión física de la traición de Gabriela, y le produjo tal impresión de repugnancia y de protesta indignada que dobló la caña del bastón hasta romperla. El ruido seco de la madera quebrada le hizo volver en sí...

El coche se había detenido cerca de la puerta de Marta y ocupó el puesto que dejaba un americano. La gran mampara de calle se encontraba con ambas hojas abiertas de par en par. Habíase extendido una alfombra, a través de la acera, hasta el pie de los carruajes. La escalera, brillantemente iluminada y el vestíbulo cubierto de plantas junto a las cuales esperaban, rectos e inmóviles, lacayos de calzón corto, ofrecían perspectiva de verdura y de alegría un tanto estrepitosa. Ángel descendió primero del carruaje, extendió su mano sobre la cual se apoyó ligeramente la manecita enguantada de blanco de Gabriela, y le ofreció el brazo con las maneras elegantes y sueltas de marido de buen tono, discretamente cariñoso en público. Subieron lentamente, sin apuro, dando tiempo a que se disipara el ligero castañeteo de los dientes de la joven que reaccionaba poderosamente para dominar sus emociones.

-«Así me gusta la gente...: amorosa y tierna como un par de pichones», dijo una voz de barítono gastado, a sus espaldas -«y no como esos matrimonios del día que parecen perros y gatos que se arañan...»

La joven, al volverse, vio la cabeza blanca de su tío don Pablo Sandoval, muy afeitado, correcto y elegante.

-«¿Cómo está, tío?... ¿Tanto bueno por acá?...»

Y subieron juntos, charlando animadamente los tres, como si nada hubiera sucedido. Don Pablo Sandoval, como las personas que se sienten felices y rebosan dicha, aun al través de contrariedades y pobreza, todo lo veía de color de rosa, y se reprochaba interiormente el haber pensado mal de Ángel y de su matrimonio. Le encontraba especialmente simpático ese día; su terquedad era cosa de buen tono. «No me den esos hombres almibarados, decía para su interior, ni esos todo miel por fuera: los prefiero secos y sinceros como Ángel, hombres de veras, capaces de dar de trompones y de balazos, pero también de alargar la mano a los amigos». Y pensó, con este motivo, en que bien podría pedirle su fianza más tarde para un negocio entre manos, con lo cual redobló su amabilidad con la pareja.

Marta, en lo alto de la escalera, recibió a Gabriela con un brazo; la encontraba pálida, pero muy hermosa, era Venus. Sí, estaba un tanto enferma, y hasta se había sentido mal en el camino, pero había venido porque no quería dejar hueco en su mesa. Las voces bien timbradas y agradables de las jóvenes se perdieron en el corredor, mientras se dirigían a la pieza de señoras. Ángel entregó su abrigo, en cambio de su número, al sirviente, y penetró al saloncillo en donde fumaban los hombres cigarrillos egipcios en medio de animada charla. Del fondo de las otras salas llegaban acordes de la Polonesa de Chopin. Una atmósfera tibia, de conservatorio, saturada de ámbar, producía una sensación que dilatava los nervios con algo agradable e indefinido de confianza, de lujo y de refinamiento, de bienestar que provocaba la charla.

Leopoldo se adelantó hacía ella con la faz sonriente; sus dientes albos relucían por el contraste con su barba negra y cuidada, en punta, y sus ojos verdes reflejaban ese contento desbordado del bienestar en la vida, la salud exuberante de existencia campestre. Experimentaba la misma emoción particular cada vez que se encontraba con Gabriela. Ésta le recibió secamente, impresionada y vibrante con la escena del carruaje, y cuando la ofreció el brazo para entrar al salón, se negó con un gesto, sin palabras, ni explicaciones. Leopoldo Ruiz estaba herido; la expresión de su fisonomía cambió al instante, poniéndose intensamente pálida y se inclinó con los ojos bajos y los dientes apretados, golpeándose contra el marco de la puerta para darle paso. Ángel, detrás de ella, observaba todo eso, y cuando Leopoldo se acercó a él, sólo recibió dos dedos alargados con indiferencia desdeñosa: era que en todo cuanto ahora observaba creía ver síntomas que confirmaban la verdad del denuncia anónimo. Su alma, atormentada por la vanidad herida, sentía esa forma especial de los celos que consiste en la ira del dueño y señor, en la cólera del propietario que ve sus heredades invadidas por un intruso; los instintos de la especie y del sexo estaban demasiado latentes en su naturaleza poderosa para no dar un sobresalto de animal herido. Y mientras, en lo íntimo, en lo más delicado de su ser, surgía Nelly como en apoteosis -bella,

radiante de fascinaciones, enamorada, enloquecida de él, elegantísima, añadiendo las frivolidades y refinamientos del mundo al despertar de ignoradas sensaciones-, experimentaba la fuerza del contraste con esta nueva situación, inesperada del todo, que le llevaba al despeñadero del desprestigio en el lodazal en que se hundía Gabriela. Porque Gabriela, a sus ojos, se comprometía más y más; ya leía en su alma las vacilaciones de amores inconfesables, y tomaba nota de la honda emoción de Leopoldo Ruiz, y esa emoción había sido, en realidad, tan intensa, que el pobre, poco avezado a las artes mundanas del disimulo, revelaba, al desnudo, cuanto se desbordaba de tribulaciones en su ser.

La orquesta tocaba el preludio del vals *Quand l'amour meurt*, de Granger. La dueña de casa se acercó a cada caballero, dándole una tarjeta con el nombre de la señora a quien debía dar el brazo para llevarla al comedor. El «Senador» llegaba el último, pedía disculpas, y para excusarse refería que se había atrasado con motivo de un duelo concertado entre dos Congresales, e interrumpido por la policía en el momento en que los adversarios llegaban al terreno.

Peñalver, apoyado en la chimenea de mármol rosa, refería los detalles del escándalo parlamentario, insinuaba delante de las señoras, en términos de salón, unos insultos muy soeces que se habían cruzado. Su fisonomía expresiva de fauno, de larga barba nazarena, blanqueada a patacones, y su gran nariz, emergían al lado de un florerito de plata cincelada en el cual se alzaban los tallos elegantes y las hojas de cera violeta pálida de unas orquídeas. El «Senador» embellecía el incidente, poniendo en boca de los personajes insultos feroces que él expresaba por medio de perífrasis cultas que hicieron reír a los asistentes. Un círculo de señoras le había rodeado, pero él continuaba refiriéndolo todo, sin omitir detalle ni concepto, en forma irreprochable de corrección mundana. Una viuda, vestida de terciopelo morado, le ponía los «impertinentes», aplicándose los vidrios de largo mango de carey a sus ojos ligeramente fruncidos: «Picaronazo..., y qué bien cuenta sus barbaridades...» -«Señora, no hay más que taparse los oídos cuando yo hablo...» -«Y la cara cuando Ud. mira...», añadió ella.

Un sirviente, abriendo ambas hojas de la puerta, pronunciaba, en francés, las palabras sacramentales: «Madame, le diner est servi...» Los caballeros buscaban a las señoras a quienes debían acompañar. Leopoldo Ruiz leía en la suya, que acababan de darle, el nombre de Gabriela Sandoval de Heredia, escrito con hermosa letra inglesa. Y se pusieron en movimiento al través de la ancha galería vidriada, entre plantas de helechos de Juan Fernández, cuyas grandes hojas parecían encajes iluminados con luz eléctrica. Era un rumor de finas pisadas de mujer rozando con sus tacones el parquet, de sedas que crujían, de voces cristalinas, de leves risas contenidas detrás del abanico, de voces graves de hombre y los ladridos del perrillo japonés de Marta que llevaba un sirviente al interior.

Después del rumor de sillas arrastradas por el parquet, y de buscar sus asientos, sentáronse todos. Comían las ostras, mientras los mozos servían el Jerez, en medio del silencio general de los invitados. La cosa comenzaba un tanto fría, pues los fraques violetas y el calzón corto de la servidumbre, desusados en las costumbres santiaguinas, causaban, en algunos, cierta sensación molesta de estiramiento. Javier Aguirre encontraba aquello como de comedia, pero no lo decía. La orquesta comenzaba un pizzicato: Emilio Sanders se

inclinó al oído de su compañera. Había oído, esa misma música, en matrimonio, hacía quince días, y en misa de entierro hacía ocho: lo que va de ayer a hoy... Junto con los compases cadenciosos de la orquesta, oíase rumor de ostras que caían en los platos, sobre los cuales brillaban los tenedorcillos de tres dientes, y el «maitre d'hotel» servía personalmente un «Chateau Iquem de 1874». Abel Rosales, sentado a la derecha de Olga Sánchez, lucía su calva aristocrática, su fino perfil un tanto enjuto, y entornando los ojos se inclinaba al oído de Marta Liniers, sonriente y amable, como quien se prepara a decir una galantería: -«Exquisito el Iquem, exquisito..., capaz de resucitar un muerto...», le dijo entornando los ojos. «Este Paco García, su marido, es mucho 'peine'... Ahora nadie sabe preparar un 'menú', sólo él se las vale...» Y agregó Rosales, con gesto de displicencia aristocrática: «Es que todo anda tan perdido, hijita...»

En toda otra circunstancia, Gabriela se hubiera sonreído al escuchar la fraseología tan personal de Rosales, mas no se encontraba para bromas. Sentía sobre sí los ojos de su marido, quemantes y escrutadores, clavados en ella. Era una especie de magnetismo el que se desprendía de su mirada perturbadora, produciéndole indecible malestar íntimo y hasta una especie de mareo físico próximo al vértigo. Y en su extraña turbación, sin darse cuenta de lo que hacía, se volvió a su compañero de mesa, a Leopoldo Ruiz, diciéndole con enervamiento, en voz baja: «Hábleme, por Dios, de cualquier cosa, más tarde le diré por qué lo pido...» El joven se sintió sobrecogido de estupor, hasta llegó a creer, en un principio, que Gabriela se hallara enajenada; mas luego, siguiendo la dirección de sus ojos, encontrose con la mirada de Ángel, y adivinó, instintivamente, uno de esos dramas íntimos que pocas veces se dejan ver al descubierto. Al sentarse a la mesa estaba profundamente herido con la actitud que tanto Ángel como Gabriela tomaron para saludarle; su alma había sufrido profunda herida de vanidad y su delicadeza íntima, ajamiento rudo. Ahora comprendía, lo penetraba todo de una ojeada. Esa honda compasión que había removido sus entrañas, en el año último, cuando supo, en sus detalles, el drama íntimo de Gabriela, renacía, y de su corazón iban cayendo las cenizas encubridoras del cariño inconfesado, de la ternura profunda, del amor sin esperanza que tiembla hasta con su propio nombre, que de todo se asusta. Obedeció la orden de Gabriela, sin vacilar, ni discutir, y se puso a decirle, en voz alta, una serie de vulgaridades insustanciales. Habló del tiempo, de las cosechas, del mal que hacían las heladas a las viñas, y de los humazos hasta el día de Todos los Santos; de caballos hackneys e Yorkshire; de pulmonías, de corrientes de aire y de braseros, de una receta infalible para curar dolores de cabeza, del encarecimiento de los artículos de consumo... Y cuando callaba, notaba en la actitud nerviosa de Gabriela y en el aparente interés con que ella la escuchaba, como una orden de seguir, de hablar siempre, y obedecía. ¡Cosa extraña!, para tratar ese cúmulo de asuntos baladíes, vulgares, o ínfimos, tomaba tono cariñoso, palpitante, casi emocionado, humilde, y empleaba notas de barítono que conmovían a Gabriela, en su insignificancia, como si hubieran sido suspiros de amor. En realidad, la mirada perseguidora de Ángel, le hacía perder la cabeza, en un vértigo, la llevaba a lo ilógico, a la contradicción de su actitud moral. La indignación producida en ella, dentro del coche, al oír de boca de su marido la infame calumnia que asociaba su nombre al de Ruiz, había tomado tal forma, que al verle, a la entrada del salón, no pudo contener un movimiento nervioso de repulsión que no era sino forma de la protesta de su alma, y había estado con él extremadamente dura y terca. Mas al ver el efecto producido en aquel infeliz, inocente de toda culpa, irresponsable de la calumnia, había sentido remordimientos. La mano del destino les colocaba nuevamente el uno al lado del otro, y

había reaccionado, queriendo, con delicadeza, borrar la impresión de ofensa injusta. Los ojos de su marido la perseguían, la acosaban, se clavaban sobre su alma, se cebaban en su honra, parecían repetirle esa acusación; y para evitar esa obsesión insoportable había pedido a su compañero que le conversara, y precisamente a Leopoldo, al supuesto amante. Había, en eso, toda la falta de lógica, la inconsecuencia horrible que suele existir, en ciertos momentos, en la conducta humana, sujeta a perturbaciones y a nerviosidades que mueven a ejecutar cosas enteramente ajenas al carácter y a la situación o al temperamento.

La animación de los convidados era general. La orquesta tocaba la Geisha, y el «sommelier» servía el «Mouton-Rotschild» tibio, en su cesta de mimbre, como en los restaurants parisienses. Los rostros de los hombres aparecían congestionados, se hablaba un poco más fuerte y la alegría discreta, de buen tono, sin carcajadas estrepitosas se mantenía al nivel de la casa.

En los extremos de la mesa había dos hermosísimos candelabros antiguos, de plata, que representaban niños desnudos en vendimia; rojas flores de copihue colgaban de sus ramas, con entonaciones de carne, de sangre y de cera. Y bastaban esas hermosísimas piezas para dar aire de dignidad antigua, pedigree, a esas fisonomías de bellezas jóvenes y frágiles vestidas de seda clara, y a las caras exangües, ligeramente coloreadas por los vinos, de algunos vividores.

Las miradas de Gabriela iban de los candelabros a las flores, se paseaban por los artesonados del techo, por las tapicerías d'Atibisson de las murallas que representaban una escena de caza, en fondo verde, por las pecheras y corbatas blancas de los invitados, por los brillantes y perlas de las señoras -y no veían sino manchas semi-coloridas y confusas, desleídas en la angustia de su alma bajo la sugestión perseguidora de las miradas de su marido. Eran ojos negros, de siniestro destello, que le parecía preñado de acusaciones y de cargos que la atormentaban y la acosaban -y en la línea espesa de su bigote negro y de sus labios apretados sentía la decisión de las resoluciones crueles e inapelables.

El mozo, en ese instante, pasaba otro guiso; la joven se sirvió maquinalmente y se puso a comer, sin saber lo que hacía, mientras, a su lado, Leopoldo le hablaba sin cesar, sin que ella le escuchara, a pesar de que le miraba sonriendo. Abel Rosales, frente a ella, con gesto suelto del índice expresaba el refinado sabor del «suprême de volaille» que sólo sabía apreciar su amigo don Justo Donoso.

Ángel conversaba con Marta Liniers y tocaban un punto delicado, por casualidad. Tratábase de los amores ocultos de la vida santiaguina; el joven sostenía la tesis de la discreción mundana y Marta, acaso llevada del espíritu de contradicción, o arrastrada por la paradoja, se puso a referirle casos de damas altamente colocadas y modelos de matronas, de seriedad clásica y consagrada, que habían tenido sus aventuras de marca mayor, ignoradas del mundo y sobre todo de sus maridos. Mientras a unas desgraciadas se las aplasta por cualquier cosa, a otras pecadoras, decía ella, se las deja presentarse triunfantes en los salones, respetadas de todos, aplaudidas por su virtud que no es sino un vicio ignorado. Y sobre semejante peligroso tema encajaba multitud de cosas, detalles y anécdotas que Ángel escuchaba con ansiedad malsana, aplicándolas a su propia situación, viendo alusiones clarísimas a su caso, tal como lo señalaba el anónimo, dando por sentado, en su interior,

que todo el mundo lo conocía. Y era tal el estado de su alma, que, junto con recibir la sensación aguda de herida en cada palabra de Marta, quería prolongar voluntariamente su propio suplicio, apretar la cadena que le estrangulaba clavándole sus púas, y anhelaba saber más, sufrir más con aquello. La mirada de sus ojos negros se clavaba en Gabriela, y la perseguía, sintiendo que ella quería escaparse. Luego veía el prolongado diálogo a media voz, el incesante hablar de Leopoldo, y sentía, en él, esa sumisión absoluta del que se ha entregado y deja de ser persona para ser un siervo de amor. Aun la actitud de su mujer, escuchándole con los ojos bajos, le parecía signo evidente de complicidad. ¿Y qué decir de la palpitación del ala de su nariz y del leve, casi imperceptible, temblor de su barba? Para él, que la conocía tanto, eran señales evidentes, innegables, de emoción poderosa, del sentimiento de amor compartido, de pasión vencedora que ya se revela y arroja la máscara en presencia del mundo, en uno de esos movimientos irresistibles. Y mientras escuchaba a Marta, con actitud política, sus nervios, en tensión ya horrible, parecían vibrar todos a un tiempo, y sus ideas tomaban fijeza espantosa, presentándole, en la imaginación, lo que había comenzado de mera sospecha, y sobresalto del anónimo, convertido ahora en hecho consumado. Le parecía evidente que Leopoldo y su mujer se amaban, que eran cómplices en uno de esos dramas ocultos de que hablaba Marta, y lo veía todo con precisión brutal. Hasta sentía y daba como hechos y aplicados a su caso los detalles de otras aventuras galantes y vulgares: el coche de alquiler, la casita de mala muerte y peor catadura... En su excitación nerviosa creía hasta escuchar el rumor de bajos de seda y broches de corsé que crujen. El verla tan soberbiamente hermosa -el sentir, en Gabriela, esa misma expresión de soberana belleza que le había dado Nelly- llegó a producirle sensación intolerable y quemante de angustia, pues las asociaciones involuntarias de ideas despertaban en el fondo oscuro del hombre la sensación exclusivista del dominio, confundiendo, en ese instante, en uno sólo, el recuerdo sensual del amor pasado con la tiranía del amor presente.

Ángel comenzaba a sentir el zumbido de los oídos y la mirada turbia. El vino francés, tan delicado que lo bebemos sin sentir, aumentaba su exaltación nerviosa y el doloroso don de visión imaginativa que le dominaba en ciertos instantes. Veía el amor, asociado a la idea de la muerte, como dos ideas que se completaban mutuamente en el curso natural de las cosas y ya el valor de la vida humana -de la suya y de la ajena- iba disminuyendo insensiblemente, a su vista, hasta el punto de borrarse. El instinto de la destrucción, necesario e inevitable como solución impuesta por la vida. Extraordinaria ansiedad se apoderaba de Ángel, pensando en que con eso quedaría libre y en que le amaba Nelly - estaba completamente seguro de tenerla cogida, sugestionada, entera y absolutamente suya.

La orquesta ejecutaba el Cake Walk. Un sirviente le pasó una tarjeta y vio, en el extremo opuesto de la mesa, que Félix Alvareda les invitaba, a él y a Gabriela, a beber champagne; ambos aceptaron y sonrieron, inclinándose, vaciando, a medias, el contenido.

Mientras tomaban el café, en el hall, y fumaban los cigarros puros, Javier Aguirre pronunció unas cuantas palabras al oído de Ángel. Su mujer acababa de sentir fatiga en el salón azul, donde conversaban las señoras. Javier se mostraba muy inquieto, de algún tiempo acá notaba en su prima un mal semblante, de color a veces cetrino, otras de palidez transparente. Y como el joven andaba siempre de broma, esto de oírle en serio y con tal ternura, llamó la atención de Ángel.

Gabriela, cuando él llegó, se encontraba recostada en el sofá, intensamente pálida, con círculos azulados en torno de los ojos, y manchas cárdenas en los pómulos. No había perdido el conocimiento, mas, según dijo a Marta, experimentaba en la cabeza una sensación como si fuese a volar, y no sentía los pies, de tal manera se encontraban helados. Pepita Alvareda se los envolvió con un chal, mientras Olga Sánchez le pasaba un pomo minúsculo, de sales inglesas, lindo frasquito de cristal de roca y tapa de plata -lo que produjo extraña impresión en Ángel, mostrándole como la vanidad mundana encuentra fórmulas hasta para esos instantes críticos. Leopoldo, de pie junto a la puerta, se encontraba desconcertado entre la corriente de las diversas emociones que le agitaban y la actitud que le correspondía. Muy pálido, hacía esfuerzos para ocultar su emoción profunda; había comprendido, en la comida, la actitud de Ángel, atribuyéndola a celos furiosos, y esto le había llenado de goce íntimo de vanidad satisfecha -si Ángel tenía celos de Gabriela y si a él le recibía con tan marcada hostilidad era porque había sentido en ella el amor latente, el amor oculto y no confesado. Y luego, con cuán honda emoción le había dicho la joven: «Por Dios, Leopoldo, hábleme, hábleme, necesito que me hable...» Era, sin duda, porque así ella sentía físicamente su apoyo moral. Y eso de que el débil busque instintivamente el apoyo del fuerte, en la vida sentimental, ¿qué cosa es sino la corriente del amor que pasa? Y al pensar así, un celeste goce le inundaba el alma devorada de amor no satisfecho. Había sufrido tanto con la desesperación de romperse la cabeza contra los muros de piedra de la inalcanzable, unas veces, nadando, otras, por un mar sin orillas... Y ahora que su corazón palpitaba hasta romperse, dando ya no solamente como posibles, sino como realizados, sus más delirantes ensueños, una angustia le sobrecogía -comenzaba a darse cuenta de que en Gabriela existía junto con la perfección opulenta de la belleza física, el ideal moral que no era posible tocar sin destruirlo. Y luego, durante la comida, en las miradas del marido que pisoteaban, ofendían y apuñalaban a la joven, él veía su corazón manando sangre y se sentía unido estrechamente a ella, comulgando en el dolor de ella, haciéndolo común, con el supremo y ardiente goce de los cristianos en el circo, al sentir el diente de las fieras hincado en sus carnes para libertar y unir sus almas.

Ahora miraba mecánicamente, y vio la entrada de Ángel al salón azul, y cómo se inclinaba respetuoso y tierno, con delicadezas inesperadas, ante Gabriela, conservando el gesto altivo y algo seco, habitual en él, pero templado por algo tan hondamente humano y dolorido que a todos impuso respeto. Leopoldo no sabía qué pensar; veía en Ángel otro hombre, enteramente distinto del que había contemplado casi dos horas -y todo lo que acaba de pasar desaparecía de su conciencia como la imagen se borraba en el espejo, sustituida por otra. Ángel, personalmente, fue a buscar las sales a que su mujer estaba acostumbrada, y las cápsulas de fenálgina que Gabriela llevaba siempre en el cupé. Preparó el vaso con gotas de agua de «Carmelitas», y lo pasó a su mujer con el gesto comedido y la mirada «buena» que ella tanto le agradecía. A Gabriela, que le observaba sin mirarle, parecióle que se había equivocado al ver en las miradas de su marido, durante la comida, intenciones que no tenían y reaccionó, súbitamente. Luego sentía un homenaje tan delicado en la manera como su marido le ponía la capa, daba la mantilla, le envolvía el cuello en su boa de pieles, le rectificaba un pliegue, le pasaba los guantes; en la actitud, en las líneas, en el silencio, en la mirada, en lo aterciopelado de la voluntad -que la sonrisa mundana acudió súbita y suelta a su boca de mujer: «Me siento mejor, pero me voy, hijita, para no turbar la fiesta», dijo a Marta, dándole un beso en las mejillas. Se despidió, y al llegar a Leopoldo le pasó unos dedos que sintió helados y flojos. Era que en la reacción de su espíritu lo sentía

odioso, cargando a su cuenta lo pasado. Él vio que todas sus ilusiones se desplomaban, y experimentó la sensación física de que las luces girasen junto con los muebles.

Luego sintió la voz de Paco García en sus oídos: «Tu café se ha enfriado... ¿Otra taza...? ¿Un «Monterrey»?»

Cuando la esbelta y hermosa figura de Ángel Heredia se dibujó en la puerta, envuelto en abrigo de cuello de nutria, puestos los guantes blancos y con la pechera muy alba destacada entre las pieles, ojos intensamente negros, el bigote levantado, la boca fina, la barba imperiosa y varonil, la línea de las cejas casi unida y vigorosamente delineada, experimentaron las mujeres esa especial sensación de la belleza masculina. Y admiraron, luego, la pareja que formaba con Gabriela, de cuerpo mórbido y elevada estatura, de físico tan bien armonizado, al parecer, con el suyo, como si en ambos se completaran las líneas de dos tipos bellos y raros.

- VIII -

Mientras el cupé rodaba suavemente sobre sus llantas de goma, conduciéndoles a su casa, reinaba entre ambos silencio, pero Gabriela ya no se sentía sola. Había desaparecido de su alma esa horrible sensación del interrogatorio de Ángel, al marchar a la comida, y se había borrado, también, la persecución de su mirada perturbadora, quedando eso en su alma, a manera de bruma flotante. Ahora, con mayor frialdad de análisis, sentía regocijo íntimo, inesperada felicidad en los celos que, a su entender, comenzaban a devorar a su marido. Y era que, con el criterio corriente en el mundo, tenía para sí, como artículo de fe mundana, que los celos eran síntoma de amor, y creía que, con esto, el amor de Ángel hacía ella renacía. Turbación extraña y voluptuosa, ansia de amor y de muerte la sacudió todo el cuerpo en lento escalofrío. Y cuando Ángel, en la sombra del cupé, sin mirarla, cogió su larga y fina mano, Gabriela experimentó el estremecimiento de la sugestión y sintió que sus dientes castañeteaban, uno contra el otro, sin que le fuera dable retirarla, notando ya su voluntad desfallecida: quería resistir, pero inútilmente, la invasión inesperada de otra voluntad.

Ángel quiso combatir en esa ocasión el horrible pensamiento que le había en otras asaltado. Su fisonomía tuvo, en la sombra, la contracción nerviosa de un amargo disgusto. «Vamos, ¿soy capaz de eso?», se dijo a sí mismo. Y cayó en abstracción profunda, mientras sentía correr por sus venas como un plomo líquido. En la comida no había probado bocado alguno, bebiendo en cambio de todos los vinos abundantemente. Al principio, había rechazado esa idea con horror, pero poco a poco se había familiarizado con ella, y desde hacía una quincena ya la admitía como posible y hasta se complacía en observarla, sin pensar en que la idea lleva, en sí, el germen de la acción. Era, sin duda, algo espantoso, pero quedaría libre, y este sentimiento de libertad se unía al de otro amor satisfecho en toda su plenitud sensual, y sentía entre sus brazos a Nelly, olía su perfume, enlazaba su cuello nervioso y delgado, besaba sus labios ardientes. La idea era infame y seductora, a la vez, pero la parte de infamia se desvanecía, casi, en el secreto, puesto que nadie lo sabría,

tomadas de antemano precauciones. De algún tiempo a esta parte, su agitación nerviosa iba en aumento, y no digería bien. Y en el desvelo del insomnio, su conciencia resistía. En el anónimo, y en su acusación infame, se esforzaba en hallar pruebas, convicciones que le justificara ante sí mismo, desesperándose de sentir las caer y aplastarse con el desvanecimiento de la voluntad de Gabriela que ahora sentía suya. Luego el carruaje se detuvo en la puerta de Sandoval y Ángel notó que el corazón le desfallecía y que un temblor agitaba sus nervios. El lacayo abrió la portezuela; Ángel dio su mano a Gabriela, y al ofrecerle el brazo sintió en ella presión ligera, casi imperceptible. Al cruzar por el parquet de las galerías vidriadas notó extrañamente la uniformidad rítmica de sus pasos que resonaban, como uno sólo, en el silencio de la noche. El corazón le palpitaba tan fuerte que lo sentía latir, como el péndulo de un reloj.

Así penetraron al peinador de Gabriela. Allí, una lámpara, encendida a medias, reflejaba sus luces sobre el gran ropero de tres cuerpos, de lunas biseladas. Los estores, cayendo tras las cortinas de fondo malva, encerraban discretamente la pieza en tono suavemente voluptuoso, acentuado por el perfume de Royal-Begonia. Hasta el riquísimo Cristo de marfil, colgado en la pared tapizada en seda de listas, tenía sabor mundano. La joven se detuvo en el centro de la pieza y se quitó su capa, arrojándola sobre una silla, con lo cual quedó en su traje de comida, de gran escote. Sobre su fino y alto cuello se destacaban dos hileras de perlas con el brillo suave y mate de un oriente purísimo, en competencia con su cutis de palidez nacarada y transparente.

Ángel, al verla en ese instante, a través de un velo de sensualismo, sintió surgir la duda del anónimo, y recordó la actitud que tenía con Leopoldo Ruiz, durante la comida. La encontraba ahora, de repente, como transformada, y tan hermosa, que creyó ver en ella la irradiación de felicidad de los amores culpables. ¿Por qué se había embellecido de improviso? Y era que en su casto hogar, Ángel aplicaba la lógica perversa de sus resabios mundanos. Y de nuevo cruzó por su cerebro el pensamiento criminal, pero esta vez en forma definitiva, irresistible, enteramente resuelta. Sintió el peso de la fatalidad, dominante en la naturaleza entera, como si acabara de concentrarse en él, y le empujara a la acción.

-«Ángel, ¿por qué no me haces una inyección de morfina?... Tengo una jaqueca horrible...», le dijo Gabriela.

Ángel se estremeció. Ya en otras ocasiones le había aplicado el calmante. Ahora, sin decir palabra, cogió el estuche: -«La aguja está mala... Espérame». Y se encaminó rápidamente a su escritorio. Debía atravesar el dormitorio de los niños, y de la vieja «Tato» que los cuidaba. El corazón le latía horriblemente y todos los rumores nocturnos se le presentaban aumentados. Estaba tan nervioso que tuvo gran dificultad en poner la llave en el cajón del escritorio, de donde sacó la jeringa y un frasco pequeño de «digitalina», con el cual la llenó. Acababa de recobrar su sangre fría, por lo cual, efectuada la operación, se trepó sobre una silla y ocultó el veneno en la parte superior del estante. Mas, al volver, sintió nuevamente que crujía el entablado y esto le produjo unas gotas de sudor helado en la frente. Se detuvo, entonces, sintiendo que las piernas le flaqueaban hasta el punto de buscar apoyo en un mueble, a tientas. Vaciló, en su propósito, por un segundo. Acaso sería mejor irse y abandonar eso para otra vez. Mas reaccionó luego, notando que su voluntad se cristalizaba. Y era lo más curioso que mientras más pensaba en «eso» lo encontraba más

absurdo. Siguió, sin embargo, adelante, en las puntas de los pies, notando cómo eran cada vez más violentas las palpitations de su corazón, con lo cual coincidía el vacío quemante en su estómago y aflojamiento de todo su organismo y de sus nervios. Al llegar a la pieza, instintivamente, se agarró de la cortina, que tembló toda entera, de arriba abajo. Allí estaba su mujer, tendida sobre un largo canapé de «moquette» con flocaduras que tocaban al suelo. Tenía la joven las caderas ceñidas por el traje, con las formas llenas y mórbidas de una estatua de Niobe; las líneas de su talle eran esbeltas, el seno turgente se movía en suave palpitation. Ángel se detuvo a contemplarla, bajo la media luz, con la mano izquierda, en la cual ocultaba la jeringa de inyecciones, echada a la espalda. Su cabellera, de un oro rojizo, oscura, redondeada en la frente con el peinado de moda, en una onda, como de ala que cae, parecía de metal bruñido, con suavidades aterciopeladas por las cuales resbalaban los reflejos. Y sus ojos, cerrados a medias, con expresión de insoportable sufrimiento físico, parecían agrandados por unas ojeras cárdenas que le invadían el rostro en forma tan semejante a la que dejan las voluptuosidades infinitas que Ángel contuvo un grito. La veía, en su imaginación, físicamente en brazos de otro; la veía acudir a la cita y desvanecerse en un beso, y el anónimo infame tomaba las evidencias de un proceso juzgado. Ya no vaciló, acercándose a ella con paso lento, al cual se esforzaba en dar su naturalidad ordinaria, sintiendo, sin embargo, que ya era otra cosa.

-«Cuánto has tardado, amigo mío...», le dijo ella.

Ángel no contestó, sentándose a los pies del canapé. Estaba acostumbrada Gabriela a que le pusieran sus inyecciones un poco más arriba de la rodilla, en la pierna. Su marido levantó el vestido con delicadeza, sintiendo, con el crujir de las faldas, una sensación desagradable. Las piernas delgadas y fuertes, cubiertas con media de seda, quedaron en descubierto, así como los pies calzados con zapatillas de baile, tan finas que calzaban sus pies como guantes. Ángel se estremeció; eran exactamente del modelo usado por Nelly, y le pareció, por un instante, que la obsesión del recuerdo amoroso iba a perturbarles.

Sentándose en el extremo del canapé, cogió la pierna de Gabriela, colocándola sobre su propia rodilla, y corrió un poco el calzón de batista con velos de encajes y cintas, buscando el punto acostumbrado. Allí hundió la aguja suavemente. Gabriela dio un grito nervioso, y Ángel apretó la jeringa con fuerza, pero no alcanzó a vaciarla por completo, pues la joven dio un grito horrible y estridente, que resonó por toda la casa -una de esas voces inolvidables que se graban en la memoria por toda la vida. Su marido se llenó de terror, cubriendo su rostro mortal palidez; la mandíbula inferior le temblaba. Había creído que la acción de la digitalina con atropina en fuerte dosis, sería instantánea, pasando, sin sentirlo, del sueño a la muerte, y veía la aguja quebrada, la jeringa medio llena y a Gabriela de pie, de un salto. Entonces, violentamente, la cogió del talle. Mas ella, con ver su rostro, comprendió lo que había pasado, arrojando instintivamente otro grito: «¡Miserable!... ¡Dios mío!, me muero...» Sentía por todo su cuerpo un fuego líquido... Eso no era morfina...

En ese instante aparecieron en el marco de la puerta, una en pos de otra, las figuritas de niños, de Irene y de Pepe, con las camisitas largas de dormir y los pies descalzos, los ojos saltados de las órbitas, y en pos de ellos la «Tato», la vieja sirvienta, nieta de esclavos servidores de la familia de padres a hijos. Sus ojos chispeaban debajo de su tupida cabellera, negra a pesar de los años. Era muy inteligente y lo había comprendido todo, antes

del primer golpe de vista, al escuchar el grito. Pero Gabriela, junto con ver a los niños, se sintió dominada por angustia inmensa -su corazón de madre se desbordó. -«Ha sido un accidente... Tato...», le dijo... «Me equivoqué de frasco en las inyecciones... y me muero...»

A la vieja sirvienta se le rodaron las lágrimas por su hosca y fea cara arrugada, de leona. Comprendía que su ama quería salvar el nombre sus hijos a toda costa y mentía. Al mismo tiempo, viéndola en pie, no perdió la sangre fría y se fue al teléfono, a llamar médicos, al Doctor Boildieu, a Pascual Ortiz, a Morán, a cualquiera que estuviese en el Club de la Unión, y a Olga Sánchez o a Marta Liniers, en cuya casa debía encontrarse Magda.

- IX -

Gabriela Sandoval se moría... Estaba muerta. La noticia comenzó a circular en el gran salón de billares del Club. Julio Menéndez, mientras hacía una billa, dijo a sus amigos que acababa de saberlo de fuente segura. Resonaba el golpe seco de las bolas, cuando alzó el taco y refirió lo que acababan de contarle, junto con el llamado al Doctor Ortiz a casa de las Sandoval. «¡Pobre Gabriela!», exclamó, buscando salida para su bola que acababa de encerrarse en lo que llaman los jugadores un «pillullo». -«¿Vamos a la casa?» -«Espérate un momento... En cuanto concluyamos la mesa... Ya sólo me faltan cuatro».

En ese mismo instante, en los pasillos de la ópera, se daban unos a otros la noticia los muchachos de frac y de corbata blanca. Acababa de caer el telón del tercer acto de Africana, cantada por Julian Biel. Javier Aguirre cruzaba por el foyer, entonando entre dientes el ¡Oh! Paradiso... Rafael Oyanguren le detuvo para transmitirle el terrible rumor. Gabriela Sandoval había muerto, de un ataque al corazón, decían unos, envenenada casualmente afirmaban los otros, pues se había bebido un remedio equivocado. Javier, su primo, que la amaba de veras, se demudó, poniéndose tan pálido como el estuco de las columnas, sintiendo que las piernas le flaqueaban. En ese instante bajaban por la grande escala del segundo orden de palcos las hermanas de Ángel Heredia, que acababan de recibir la noticia; en pos de ellas desfilaron todas las familias emparentadas con los Heredia o los Sandoval. Manuelita Vásquez iba llorando a gritos, con el pañuelo en el rostro y la mantilla anudada al cuello. Al principiar el cuarto acto de la ópera, la sala se encontraba semi-vacía. Todos iban a casa de Sandoval; la sociedad entera se encontraba sobrecogida por el horror de la catástrofe inesperada. Los unos, los íntimos, tenían tal ansiedad, que necesitaban irse en busca de noticias, inmediatamente; los otros, los más, experimentaban un goce de vanidad satisfecha en pisar esos lujosos salones que, por espacio de largos años, habían distribuido las ejecutorias de nobleza y de buen tono en la sociedad de Santiago; a muchos agujoneaba la curiosidad.

El patio de la familia Sandoval presentaba un aspecto raro, con los corredores llenos de gente: de frac y de corbata blanca los hombres, muchas de las señoras y niñas de traje claro y escotadas, con las capuchas levantadas y las capas blancas orladas en pieles o en encajes, tal como acababan de salir de la ópera. Diríase una noche de baile, a no ser porque había escasa luz y se hablaba a media voz. En el salón rojo, Pepa Alvareda, con su hermoso traje

azul bordado de plata y de gran escote, sobre el cual había anudado su mantilla, colgando el abrigo casi desprendido de los hombros, recibía las visitas, como persona de la familia, y daba explicaciones, entrecortadas con sollozos. ¡Quién lo hubiera creído! Acababan de encontrarse juntas en la comida de Marta Liniers. «Gabriela estaba hermosísima... Nunca la había visto tan bien... Parecía diosa, con su elevada estatura y sus cabellos de rubio de Venecia... Su sonrisa era tan atrayente... Se había presentado elegantísima y formaba con Ángel una pareja admirable. Si la hubieran visto con el abrigo de pieles ya puesto y la doble vuelta del collar de perlas: parecía la reina Alejandra en los dibujos de Hellen. Antes de salir de casa de Marta había tenido grave desmayo. Dicen que los ataques al corazón suelen venir así. Y al llegar a casa, equivocó el frasco, envenenándose. Cuando llegó el médico ya era tarde, sólo vino a constatar la muerte...»

Las señoras hablaban en voz baja, compadecían a los niños, suspiraban, y muchas de ellas lloraban también. Manuelita andaba con los ojos hinchados y enrojecidos de tanta lágrima. El saloncito estaba lleno de hombres, de maridos que esperaban a sus mujeres y hermanos a sus hermanas. Algún advenedizo, que llegaba a la casa por primera vez, examinaba con curiosidad el célebre retrato pintado por Goya. En el rincón del escritorio, en la pieza vecina, estaba sentado Ángel, de frac todavía, y con el cuello del gabán levantado: sentíase en extremo inquieto. Unas veces se paseaba, otras se sentaba, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Emilio Sanders, con su voz de cobre algo ronca, hacía comentarios y hablaba sin cesar. Aguirre lloraba en un rincón. De repente se puso de pie, y pasando por las piezas interiores, se encaminó al dormitorio de Gabriela. El cadáver había sido tendido sobre su catre de pinturas de «Vernis-Martin». La cama se encontraba entreabierta y con la camisa de dormir ya desdoblada, a la cabecera, cuando pusieron el cuerpo encima. Gabriela parecía dormida, con expresión cansada y un leve pliegue amargo en el ángulo del labio. Su rostro tenía la transparencia de la cera y su nariz, algo tosca, se había como afinado con la muerte. El rojo de sus labios, sobre la palidez intensa de su rostro, semejava una mancha de sangre. Nunca le había parecido su prima tan soberanamente hermosa como en el triunfo de la muerte... Mas, al verla vestida de gran parada, con bordados de plata y con encajes de punto de Alancon, tuvo, sin saber cómo, la impresión de un maniquí... Hasta su calzado le pareció demasiado perfecto y su largo guante blanco demasiado fresco y nuevo...

En el rincón, detrás de un biombo, se había sentado Leopoldo Ruiz en una silla de paja, que desentonaba con el lujo refinado de aquellas habitaciones. ¿Cómo había ido a parar allí aquel humilde mueble de sirvienta? Llevado acaso por la vieja «Tato», para acompañar a su hijita. Ruiz ocultaba su rostro entre las manos, y tenía los ojos cerrados. Javier Aguirre, que con instinto de hombre de mundo le adivinaba, tuvo impulsos de compasión, y se le acercó, mas luego volvió atrás, cerrando la puerta que crujió tras de él. La pieza quedó sola, en gran silencio. Ardían numerosas velas en dos grandes candelabros de plaqué, colocados en mesitas de laca, junto al cadáver. Las flores, en grandes vasos, desprendían fuertes perfumes muy acres.

Leopoldo se acercó al cadáver, puso entre sus manos el crucifijo de marfil colgado a la cabecera, y lo contempló con angustia amorosa. Luego dio un paso y la besó en la frente con reverencia y con temor apasionado -como si su alma se pusiera de rodillas... Era el primer beso. Y le pareció que se esparcía por la pieza el perfume tenue, casi imperceptible, de violetas olvidadas en un vaso...

- X -

Había pasado Ángel varios días probando uno que otro bocado, sin apetito, y las noches de claro en claro, escuchando el lento rodar de las horas por los relojes de la ciudad. Estaba excesivamente nervioso e inquieto, en continuos paseos por el escritorio, en el cual vivía encerrado el día entero, revolviendo en su imaginación hasta los detalles más triviales de la noche horrible. Aún creía ver, pasadas las diez de la mañana, a través de la gran mampara que dividía los grandes salones, el grupo de mujeres de manto, llorando todas, en medio de Pepita Heredia que soltaba el trapo a cada momento. Estaba vestida de baile, en pleno día, y había echado sobre sus espaldas un chal gris, cogido no se sabía dónde. Manuelita Vásquez conservaba su capa de teatro, pues había pasado también la noche en pie. El sol, penetrando por las ventanas del jardín, caía violento sobre los trajes de fiesta nocturna de las señoras, el frac y la corbata blanca de Emilio Sanders y de Javier Aguirre, dándoles un aire deshecho y marchito, poniendo en relieve las ojeras y las arrugas de los rostros, como si saliesen de una bacanal. Pepita, que se daba su mano de gato, aparecía con la tez morena y un tanto aceitunada, y Manuela, con ondas caídas del postizo, mostraba al descubierto un manojo de canas. Sus ojos, hinchados y enrojecidos, los ángulos de la boca semi-caídos, la sinceridad espontánea de la angustia abrumadora de la tragedia, se revelaba en sus rostros y en sus gestos que ya no obedecían a la comedia mundana.

Ángel recordaba con amargura la necesidad despertada imperiosamente en él de contemplar el cadáver de su víctima y de ver la impresión que esto habría de producir en los que estaban velando el cuerpo. Por eso había estado rondando la pieza en donde había sucedido «eso». Allí, al pie del ropero de tres cuerpos, tendida sobre la alfombra, pasó toda la noche Magda. Había penetrado como un rayo, teatralmente y a grandes zancadas, a la pieza en donde estaba el cadáver de Gabriela, abrazándose de él, alzando el cuerpo inerte y desmadejado entre sus brazos que nadie hubiera creído dotados de tamaño fuerza. Pero entre Sanders y Pepa Alvareda la separaron, arrastrándola a la otra pieza. Allí se había echado al suelo, aullando como bestia herida, derramando torrentes de lágrimas, llamando, sin cesar, a Gabriela, en todos tonos, como si pudiera oírla, sin resignarse a la catástrofe. Allí, también, permanecía tendida, con el peinado deshecho, la cabeza oculta en el brazo. Y como en el desorden de la caída su vestido se había enredado, quedaban al descubierto sus largas y finas piernas, apretadas en medias de seda y sus zapatillas de charol, exhibidas a la vista de todos los pasantes. Pepita, pudorosamente, se las cubrió con su capa de teatro, cogiendo, al pasar, un pañuelo de rebozo que echó sobre sus propios hombros.

A pesar de que se juzgaba seguro y a cubierto de toda sospecha, con las declaraciones de Gabriela, antes de morir, sobre la casualidad del accidente. Ángel no podía apartar de sí el sobresalto que le tenía dominado. El corazón parecía saltársele del pecho cuando se acercaba a «esa» pieza, y no podía dejar de hacerlo, como si una fuerza imantada le arrastrara. Él, que de ordinario miraba a los hombres con desdén, saludándoles apenas, se sorprendía ahora, contemplándoles en las niñas de los ojos, clavando las pupilas como para llegar hasta el fondo de las almas y descubrirse lo que realmente pensaban respecto de él, y

hasta mendigando una señal de conmiseración o de simpatía. Y eso lo hacía respecto de seres a quienes siempre había tenido en menos. Dos detalles le habían causado alarma profunda: el «señor Correa», al salir de la pieza de Gabriela, había pasado envolviendo la mano en su manteo, sin duda para no saludarle. El Doctor Pascual Ortiz, en cambio, le había mirado fijamente, pronunciando unas palabras, no recordaba cuáles, tal perturbación le produjeron, pero heladas para esos momentos.

¡Qué par de días tan horribles aquellos que precedieron al entierro! La conducción del cadáver al Sagrario, en la noche; la ceremonia fúnebre del día siguiente, que había presidido en persona por un esfuerzo de voluntad, y para alejar toda sospecha de «la maledicencia»; el templo todo enlutado y cubierto de crisantemos blancos y rodeado de palmeras y de sicas; el par de helechos de Juan Fernández que alargaban sus grandes hojas de filigrana verde, como encajes, sobre la cabeza y los pies del féretro; la luz pajiza, en pleno día, de los cirios, sobre grandes candelabros tapizados de crisantemos; la voz doliente de un tenor que cantaba en el coro con acompañamiento de orquesta y a media luz -todo revivía en su imaginación. El corazón le daba golpes recios, y tuvo impresión fuerte al ver a tres sacerdotes, revestidos de ornamentos fúnebres, bendiciendo el cadáver, entorno del cual dieron vuelta, el uno en pos del otro, arrojando agua bendita, y cantando letanías. Se abrió, de repente, la puerta del templo, y aparecieron, entre jirones de neblina de fría mañana, los árboles de la Plaza de Armas, los mirtos, los talles delgados de palmeras. Ángel sintió, sólo entonces, la sensación absoluta del vacío dejado por Gabriela. El calor, la falta de alimentos, el estado nervioso, le causaron fatiga. Y mientras la tierra le faltaba, y se le helaban las extremidades y la cabeza, experimentó cierto sentimiento de alivio, pensando en que su desmayo contribuiría a alejar toda sospecha de «eso». Paco Velarde le llevó a la casa y partió el acompañamiento, presidido por el coche en el cual iban don Pablo Sandoval y Emilio Sanders.

Esos días transcurrieron en medio de excitación nerviosa creciente. Ángel no probaba, casi, bocado, ni acertaba, tampoco, a conciliar el sueño, pues caía continuamente en una especie de sopor en el cual no acertaba a definir si se hallaba dormido o despierto, caracterizado por una sensación desagradable de la boca. Al mismo tiempo le era imposible apartar de sí aquel olor de almendras, propio del cianuro mezclado a la digitalina. Y cómo acudían pavorosas las asociaciones de ideas, con esto, trayéndole visiones de muerte, cuerpos rígidos y fríos, miembros inanimados.

Los amigos íntimos le hicieron compañía durante la primera semana, mas esto aumentaba las angustias y las zozobras de su alma. Le fue preciso repetir, una y otra vez, la historia de la muerte de Gabriela, y cómo ésta le había pedido le hiciera una inyección, para su terrible jaqueca, pasándole un frasco de digitalina. Al repetir la historia, experimentaba cada vez la misma angustia del temor de contradecirse. Por fin, cuando le interrogaban nuevamente, cerraba los ojos y movía la mano, como apartando lejos de sí todo recuerdo. ¡Y cómo evitaba el encontrarse con las demás personas de la familia! Las conocía tanto, que leía, en el fondo de sus almas, la parte de comedia. No podía penetrar al saloncito de Magda, lleno de amigas, sin observar cómo ésta se consolaba de su desgracia con cierto placer que hallaba en aparentarla.

Luego comenzó largas caminatas por los alrededores de Santiago, a la Avenida Pedro Valdivia, a Nuñoa, al viejo barrio de la Recoleta, en el cual han conservado las casas todo su aspecto del siglo XVIII, con grandes solanas y balcones corridos. Y siempre le perseguía la misma inexplicable inquietud nerviosa, el descontento de la vida, el hastío, el temor a la compañía de los hombres y el horror de sí mismo. ¿Qué les daba a sus amigos por tocarle siempre esos puntos en que él hubiese querido guardar silencio? ¿Por qué Julio Menéndez había cogido un retrato de Nelly, puesto junto a la chimenea, y lo había pasado a los demás, diciéndoles: «¡Vaya con el capricho de Ángel! ¿A quién se le ocurre hacer reproducir, en Estados Unidos, el retrato de Gabriela?...»? Y los demás lo habían examinado atentamente, declarando que ese era, sin cuestión, el mejor retrato de la joven que acababa de morir, sólo que la nariz era más fina y el cuerpo más delgado.

Sorprendido por esa uniformidad de pareceres, Ángel se había contentado con mirarlos hasta el fondo del alma, y sonreír con su sonrisa enigmática, diciendo, lentamente: «Esa... es otra persona».

Y se echaba a vagar por calles apartadas, notando, con temor, que ya no era dueño de mandar en sus propias ideas, como si hubiera flaqueado el dominio de su voluntad sobre su imaginación. Mientras andaba a pie por la calle de Lillo, en el barrio de Recoleta, se puso a pensar, involuntariamente, en una conversación que acababa de tener con el doctor Ortiz. Parecía que éste sospechaba el crimen y le hacía preguntas capciosas, procurando envolverle. Grave turbación se adueñaba de su alma, mientras la voluntad le mantenía dueño de su cuerpo. Semejantes esfuerzos no se realizan sin una contracción de todo el ser, manifestada por la tensión de la máscara inmóvil, la veladura de la mirada, la voz incolora. Y ahora, en la angustia de su imaginación desbordada, andando solo por una callejuela, había sentido reproducirse la escena, agravada con tal acuidad en la pregunta y en las actitudes de Ortiz, que Ángel ya no fue dueño de sí mismo y exclamó, en voz alta: «¡Cállese!, ¡cállese!... Esto es horrible... Soy inocente...»

Y sólo entonces, sorprendido por sus propios gritos, y por un sentimiento desesperado, se vio solo, en plena calle de Lillo, mientras dos personas, al parecer decentes, se paraban a mirarlo. Esto le produjo gran confusión y volvió a la casa.

Allí, sobre la mesa de su escritorio, encontró un paquete de cartas recién traídas por el correo. Eran, en su mayoría, tarjetas de pésame y dos o tres comunicaciones de negocios. Pero una, entre todas, llamó su atención, reconociendo la letra grande y redonda de Nelly.

Ángel se detuvo, apoyándose en la mesa, tan grande era su agitación y de tal manera el corazón le palpitaba. Luego, sintiendo la necesidad de leer aquella carta a solas, y sin que nadie le turbara, se puso el sombrero y cogió un tranvía eléctrico en la esquina de Compañía y San Martín, en busca de sitio apartado. Cinco minutos después se encontraba en el Parque Forestal, junto al pequeño castillo de finos torreones. De allí pasó a la terraza de estilo italiano, con balaustradas grises, a cuyo pie ondula un estanque. A su espalda se alzaba una palmera de tronco rugoso y ramas que se abrían en forma de abanico. Más allá del río canalizado, los edificios chatos de los galpones de la Vega se dilataban, entre el bullir de carretones y de vendedores que partían, sus negocios ya hechos. De codos en la balaustrada, el joven veía destacarse, a lo lejos, la masa del Santa Lucía, cubierta de

árboles, de tono verde oscuro, que envolvían el cerro dominando la ciudad como una fortaleza fantástica. Su mirada vagaba de unos edificios viejos y carcomidos, restos atrasados de la Colonia, a los chalets agrupados al terminar de la avenida, con sus líneas pintorescas de estilo americano y suizo, hasta sumirse en las hondonadas de árboles del parque. Y lentamente bajó de la colina. Elevada palmera surgía en la ciudad, entre edificios lejanos, sobre cielo anaranjado, y más lejos, las torres de Santo Domingo, grandes y fuertes. Bruscamente dobló por el puente rústico, de madera, que comenzaba a desvencijarse. Ahora marchaba en dirección a la cordillera de los Andes, imponente y cubierta de nieve, muy alba, con ligeros toques de rosa. Los árboles de la gran avenida, a su izquierda, despojados de hojas por el invierno, aparecían esqueletados y de color café, con sus grandes ramas tristes y desnudas, extendidas lamentablemente, enmarañadas como telas de araña. Hacía su poco de frío, en el banco solitario elegido entre bosquetes de pinos y de arbustos de hoja permanente, desde los cuales sólo se divisaba una faja de cielo gris perla. El alma de Ángel no era insensible a la naturaleza, comprendiéndola más en el fragor de las tempestades que en el ritmo dulce de su reposo. Ahora, sin embargo, sentía, a su contacto, esa calma relativa, dominadora de las voces interiores, con la cual podía entregarse, todo entero, a su lectura. Allí, sobre un banco rústico, sacó la carta de Nelly, se detuvo a palparla, como si de esa envoltura frágil se desprendiese algo vivo, y rompió el sobre, sintiendo que de los pliegos se desprendía ese mismo perfume de ella, ese mismo que continuaba flotando en la atmósfera cuando ella pasaba, y leyó...

«Se ha demorado mucho en llegarme la última de sus cartas que vienen, casi siempre, puntualmente. Como siempre, a la sola vista de su letra me he sentido feliz, experimentando el mismo sacudimiento nervioso de horas inolvidables, al simple roce de su mano.»

«Ahora me siento desgraciada, profundamente desgraciada, amigo mío, y en mi pena, entra Ud. por mucho, involuntariamente. Mi pobre madre, que tanto me quería, ha muerto. Ud. y yo tenemos la culpa, y esto pesa sobre mi conciencia con peso que me abrume. Es preciso que se lo diga todo, todo, todo. Después de su partida hemos viajado constantemente. Mi madre ha conocido en Roma, en París, en Alemania, caballeros y diplomáticos chilenos a quienes ha interrogado sobre Ud. ¿Sabe lo que han dicho? Que usted era casado en Chile y que tenía hijos, mujer y familia. Y tuvimos explicaciones completas, definitivas, con mi madre. Yo le contesté que ya lo calculaba. ¿Cómo explicar sus tristezas, sus desesperaciones súbitas, el alejarse de mí en las horas inolvidables en que sentíamos nuestro amor completo? Yo no podía ignorar, amigo mío, que Ud. era casado, pero tampoco me era posible apartar de mí el sabor de aquellos besos, cuando me sentí caer, desfallecida, en sus brazos. ¿Será posible que olvide aquellas horas en que me sentí creada para Ud. como Ud. lo ha sido para mí? Podrán separarnos el espacio, el tiempo, la vida, pero yo lo llevaré siempre en mi corazón, adherido a mi alma. Será Ud. casado, acaso un criminal, un indigno, lo más horrible, lo más monstruoso para el mundo, y así, yo lo adoraré y seré suya con todas las fuerzas de mi alma -y suya o de nadie.»

«Así se lo dije a mi madre que me escuchaba espantada, con sus ideas de puritana, y sin comprender los derechos supremos del amor. Se enfermó; estaba desesperada. Entonces comenzó entre ambas una lucha sorda. Quiso llevarme al mundo, para imponerme el olvido y buscarme novio, como se hace de ordinario con todas las muchachas. Acepté. Fui a las

fiestas de Niza y de Montecarlo: me presentaron, en la Embajada Americana de Roma, un colección de Príncipes y Condes; asistí a las fiestas de la Duquesa de Uzés, en París, a las de la Duquesa de Malborough, en Londres, y a otras, siempre recibida como parienta de los Gould y de los Astor... ¿Y qué sacó mi madre? Que le rechazara todos sus pretendientes, uno por uno, con una sola palabra, siempre repetida... Heredia... Heredia... Heredia... -«¿Pero bien sabes que es imposible?» -«Pues... nadie...»

«Mi madre ha muerto de un ataque, amigo mío, ¡y yo tengo la culpa!, y también Ud... Pero le he dado mi corazón y se lo guardaré hasta la hora de la muerte. Me encuentro profundamente abatida, junto a mi pobre padre que no levanta cabeza y que me adora. Sin eso, quién sabe lo que hiciera».

«Véngase, si es verdad que Ud. me quiere como lo decía -y yo sentí, con mi instinto femenino, que Ud. era profundamente sincero. Véngase, abandónelo todo por mí. Aquí, en las tierras de Ohio, nadie le conoce; podrá mudarse de nombre y las leyes dan facilidades para que hagamos un hogar. Los bosques y la naturaleza, los ríos inmensos, la vida sana del campo, el cariño sin límites de una mujer que sólo piensa en Ud., le darán esa parte de felicidad a la cual todos aspiramos en el mundo y el olvido para el resto. Venga. ¿O será posible que Ud. se olvide de su Nelly? Eso, no lo creo; Ud. nunca podrá olvidarse de mí...»

Cuando Ángel leía su carta por décima vez, la tarde caía, dilatándose la sombra por entre los árboles del parque. Los focos eléctricos brillaban, a trechos, con luz pálida de luna, y las mariposas iban a chocar contra ellos. La faja gris perla del cielo parecía ya mancha de tinta. Una emoción involuntaria pasaba de la naturaleza a su alma, envuelta en ardores de fiebre y sacudida por tantas emociones imprevistas. A todo se hubiera esperado, menos a lo que en esa carta leía, y sin embargo, el fondo de su alma permanecía oscuro. La muerte le protegía decididamente, y sin embargo, su alma continuaba sumida en sombra. La muerte de Gabriela había pasado como un accidente, a pesar de que algunos sabían la verdad; el sobresalto que esto le causaba, y por lo cual andaba con su frasquito de digitalina en el bolsillo, para el caso de una orden de prisión o de una autopsia, ya no tenía razón de ser. Hasta la fatiga de la joven en casa de la señora Liniers de Vidal en la noche de su muerte le había servido. No quedaban huellas, ni datos positivos en su contra. Y junto con esto, venía el ardiente llamado de esa mujer que le enardecía como un tóxico. Todo se inclinaba a su favor; debería sentir esa delicia nueva y perversa de la felicidad en el crimen -y sin embargo, como en la naturaleza, la sombra continuaba flotando en su alma.

Volvió meditabundo y paso a paso a la calle de la Compañía, encerrándose con llave en el escritorio, pues no tenía deseos de comer. La agitación de sus nervios había crecido con la lectura de la carta, sintiéndose dominado por verdadera fiebre. Una vez en su escritorio, encendió un cigarro, y destapó una botella de whisky, sirviéndose vaso tras vaso. La cabeza le ardía; los pies, helados; y su imaginación se había desatado en vuelo poderoso. Sacó la cajita dentro de la cual guardaba sus reliquias: un guante blanco de Nelly, un trozo de encaje arrancado de su vestido, el pañuelito que sólo conservaba un dejo vago del perfume primitivo, de ese perfume que se desprendía fresco y palpitante de su carta. ¡Y cómo la evocaba sugestionándose a sí mismo con aquellos recuerdos, resucitándola en la imaginación, desprendiéndola de su retrato con el cuerpo alto y delgado, la cabellera sedosa, los ojos soñadores, la nariz fina de alas palpitantes y sonrosadas, los dientes

pequeños y de nácar que blanqueaban entre el rosa descolorido de sus labios, y el andar resuelto y ágil a un mismo tiempo, que daba el carácter a toda su persona! Cerrando los ojos sentía nuevamente la misma impresión de gracia melancólica, de vigor nervioso, de ternura y decisión a un mismo tiempo, y recordaba cómo, junto con verla, antes de cruzar con ella la primera palabra, ya se había sentido ligado a ella por unos lazos instintivos y secretos. Ahora sentía el revivir de todos sus sentimientos pasionales, del deseo de hacerla suya, de besarla, de confundir sus almas en una ebriedad amorosa en que perdiera la conciencia de su ser. A medida que la noche transcurría, en la fiebre de ensueños, sintió Ángel ese terrible malestar de insomnio: su cabeza había trabajado en exceso. Ahora contaba las horas, dadas por todos los relojes de la ciudad. Y deseaba, con impaciencia irritada, que transcurriese el tiempo, casi eterno, en que había de llegar el nuevo día. Ya tenía formada su resolución de partir a la América del Norte; ya sentía, en lo íntimo, la impaciencia de sus caricias y el ansia de un amor insaciable, ardiente, sin fondo visible, como los mares, como los cielos.

El desvelo irritante le incitó a beber un poco de alcohol, pasando así, entre desvaríos amorosos y modorra pesada, el resto de la noche. Por fin sintió, en el patio, unos cantos de pájaros, y vio filtrarse por las juntas del postigo entreabierto unos rayos de luz del alba, pálidos y entumecidos, que fueron a reflejarse en la luna del espejo. Entonces, sin darse cuenta de la causa, ya sea por el exceso de la tensión nerviosa, ya por la falta de alimentos durante los últimos días, ya por la obra del alcohol sobre un temperamento que padecía de lesión hereditaria, sufrió el fenómeno de alucinación. Veía la luz reflejada en los espejos, los muebles claramente dibujados, y tenía conciencia de hallarse despierto. Mas, al mismo tiempo, notó que la cortina del fondo se movía, dibujándose, en el hueco, los perfiles de una imagen de mujer. Era Nelly. Llevaba puesta su larga capa Trianón, saliéndole guedejas de cabellos rubios de la capucha. Nunca la había sentido más hermosa. Y avanzó hacia él, con paso rígido, algo duro y pesado.

Ángel se sentó en su lecho, hincando las uñas en su propio brazo, hasta rasguñarse haciendo brotar la sangre. Era evidente que no dormía. Esa mujer, su Nelly, avanzó lentamente, sentándose a los pies de su propio catre. El joven extendió los brazos, con expresión enloquecida de amor y deseo. Ella, sin contestarle, sin pronunciar palabra, dejó caer su capa. Vio Ángel entonces que el rostro de la niña tenía la transparencia de la cera y que parecía la resurrección de algo muerto, pues sus ojos carecían de expresión. No era Nelly, era Gabriela, de gran escote, como en la noche fatal de la comida.

Y luego vio que la imagen, horriblemente exacta, de su mujer ya muerta, alzaba lentamente su falda, mostrándole su fina pierna cubierta por media de seda negra, recogía el encaje del calzón, y le señalaba, con el dedo, el punto en donde había clavado la aguja. Y la sensación era tan real y precisa, que hasta vio la luz reflejada en la punta de su zapatilla de baile. Ángel dio un grito y perdió el conocimiento. ¿Cuántas horas pasó sin sentido? Jamás lo supo. Caía ya la tarde cuando, arrastrándose, abrió la ventana de par en par. Estaba desesperado. Comprendía que la imagen de la muerta, que esa alucinación maldita de aquel fantasma que no lograba separar de sí, volvería de nuevo a perseguirle cuando tuviera a Nelly en sus brazos. Se creaba en su espíritu la certidumbre de que el parecido, entre ambas, la identidad que había despertado, por dos veces, el amor en su corazón, volvería, de nuevo, a traerle ese horrible recuerdo de la muerta en brazos de la viva. Y sus besos

tendrían perpetuamente un sabor a crimen, y sus abrazos frío de muerte, y en sus éxtasis amorosos un súbito hielo de cadáver. Su imaginación tendría que asociar fatalmente a las dos mujeres en todos los trances de la vida. Ese amor, con aspecto de cadáver, le causaba escalofríos, era la existencia imposible, el suicidio a corto plazo...

Un rayo de sol poniente vino a iluminar el viejo crucifijo de cobre, transmitido de padres a hijos entre los Heredia. Ángel, que se había golpeado la cabeza contra la muralla, mesándose los cabellos y arañándose tiras de los brazos, clavó su vista en el Cristo y sintió, en su angustia, la necesidad de apoyo moral que le salvara en el completo naufragio de su vida. Fue, como si se produjera, de súbito, en su interior, un desgarramiento inesperado.

Comprendía, en ese instante, por primera vez, y con claridad que le deslumbraba hasta cegarle, toda la honda verdad del símbolo cristiano -vio en el Cristo la redención por el dolor, y en el dolor la fuente necesaria, inevitable de la vida, su base amplia y fuerte de eternidad y de paz. Y este símbolo llegó aparecerle tan grande, que no cabía en lo humano, y era necesario ascender hasta él, por escala de tribulaciones y amarguras, de padecimientos infinitos, macerándose a golpes, chorreando la sangre de las carnes entreabiertas, acongojada el alma en las traiciones, en los desengaños, en humillaciones de vanidad, en decepciones de amor, inclinándose hasta besar el polvo pisoteado de las multitudes.

Sintió el ansia de vivir en la verdad junto con el horror y el vacío de las fofas vanidades de este mundo. Y la verdad debía comenzar con decir muy alto: «Yo soy criminal». Primero debía proclamarla ante la justicia humana, y después ante el tribunal de Dios. Mas sentía, junto con el ansia de la verdad, que las fuerzas de su naturaleza flaca no alcanzaban hasta ella. Se puso de rodillas delante del viejo crucifijo, buscando amparo en su corona de espinas y en la madera carcomida de su cruz, y sintió en su alma el eco de las primeras enseñadas en la infancia por su santa madre, en la Imitación: «Vanidad es buscar riquezas percederas y esperar en ellas. También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la carne y desear cosa por donde te sea necesario ser gravemente punido. Vanidad es desear larga vida... Vanidad es amar lo que tan presto pasa...»

«El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos: mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento del corazón y pesadumbre de conciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta y la alegre tarde hace triste mañana...»

«El que me sigue no anda en tinieblas, más tendrá lumbre de vida».

.....

¿La encontraría esa alma culpable y noble, débil y criminal? Cerrada ya la noche, los suspiros de agonía, ¿lograrían sacarla de la sombra?

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**